

*El libro es fuerza, es valor, es alimento; antorcha del pensamiento y manantial del amor.***Rubén Darío.**

Este libro va dedicado a todas las personas que cada día están a mi lado y ayudándome a conseguir que mi sueño se haga realidad. En especial a mi hijo y mi marido.

Prólogo

Gracias a una especie de venganza estoy escribiendo estas palabras. ¿Qué quiero decir? Muy fácil, hace muy poquito le pedí a mi compañera y amiga Marta de Diego que escribiera el prólogo de una de mis novelas, y ayer llegó su represalia, esta vez era ella la que me proponía escribir su prólogo de *Sentencia de pasión*, una novela que leí hace muy poco y... Ahora os cuento más de ella (sonrisa malévola)

¿Por dónde comienzo? Pues la mejor opción va a ser improvisar, pensar en la historia que he leído (soy una privilegiada, si así me siento, y os dejo que me tengáis un poco de envidia, ¡pero de la buena eh!) y dejarme llevar por la impresión que me ha transmitido esta.

Primero quiero dar las gracias a Marta por su amistad, por estar siempre dispuesta a ayudar en todo lo que puede y por ser tan noble. Espero que juntas celebremos muchos de los éxitos que consigamos durante años.

Si he de agradecer algo a esta aventura literaria, como yo la llamo, es haber conocido a personas como tú, que sin dudarlo regalan su amistad desde un principio sin pensar en nada, y por ello he tenido una conexión muy especial contigo, y pasamos horas y horas de charlas y risas, a través de cualquier medio posible.

Y me dejo de alabanzas que no quiero ser repetitiva e incluso pesada, voy al grano que para ello estoy, para que estéis deseando terminar de leer este rollo y comenzar la novela.

Muchos habréis leído la anterior historia El Secreto de Emma, y conocéis la pluma de esta maravillosa escritora, tiene un toque de humor en cada una de sus palabras, que sin duda consigue arrancar carcajadas al lector, y sin duda en esta ocasión no va a defraudar. Pero no olvidemos el erotismo que consigue transmitir al lector con pocas palabras, sin duda en *Sentencia* se ha superado a sí misma y ha conseguido sorprenderme.

Es una historia adictiva, no puedes dejar de leer desde el momento que te adentras en ella, necesitas saber más, saber que ocurrirá y vuestras mentes comenzaran a pensar posibilidades de lo que sucederá, pero no hallaréis la respuesta, Marta os dejará boquiabiertos.

Laura la protagonista de esta historia, es única, especial, y llegarás a conectar con ella rápidamente. Reirás mucho con la protagonista, no quiero desvelar cuándo, porque prefiero que lo descubráis vosotros mismos, pero tengo marcada en mi mente una imagen de una escena, que aún consigue que ría al recordarla. Sin duda el peso de Laura será muy importante para el desarrollo de la historia.

Y Brendam... este hombre seguro de sí mismo comienza con paso firme y seguro, sabiendo lo que quiere en su vida. Pero topa con la horma de su zapato, Laura es igual que él y por ello el magnetismo que ambos sienten desde el minuto cero, será destructivo, ¿o no? Creo que lo mejor es que vosotros mismos comencéis a leer y nos deis vuestra opinión.

Para terminar espero que os atrape tanto como lo hizo conmigo, y desear que tenga el éxito que esta historia merece. Ya no os molesto más pasar de página y disfrutar.

Iris T. Hernández.

Capítulo 1

– ¡Joder! – se despertó sobresaltado por una pesadilla. – ¿Se puede saber dónde narices estoy? – Dijo en voz alta. Miró a un lado y al otro. No reconocía la habitación. La cama no era la suya. Miró a su derecha y vio toda su ropa tirada por el suelo. Después miró a su izquierda, pero no había nadie. Pero sí que logró reconocer lo que era un sujetador negro enredado entre las sabanas. Enarcó la ceja al sacarlo de la pequeña enredadera que habían formado las telas. Era negro, de encaje y de un tamaño bastante considerable. No lograba acordarse de lo que había pasado esa noche. Estaba claro que se había pasado bebiendo. De repente, escuchó cómo se abría un grifo, como si alguien estuviese a punto de meterse en la ducha. Solo esperaba que la persona que estaba en ese baño le aclarase que es lo que había pasado.

Dos semanas antes...

– ¡Ciao Antonella! Un piacere haberte conocido. – Se despedía Brendam de su última víctima femenina. – La semana que viene, si puedo, te llamo. Y si te apetece quedamos de nuevo. – La bellísima Antonella se giró, le guiñó un ojo para acto seguido lanzarle un beso. El cual Brendam cogió en el aire con la mano y se lo puso en el corazón. Haciendo honor a su magnífica galantería. De esta manera la italiana se fue feliz y saciada, después de haber pasado una magnífica noche de sexo.

Brendam cerró la puerta y se fue directo al baño. Necesitaba una ducha. En dos horas debía presentarse en los juzgados. Así que tenía tiempo de darse un agua y desayunar. El sexo siempre le abría el apetito. Además, él era de los que podían comer de todo y no engordaban. Se plantó frente al espejo, se mojó la barba de dos días que le invadía parte del rostro y se echó el gel de afeitarse. Tenía un buen pulso, por lo que terminó de repasarse los bordes sin ningún rasguño. Se metió en la bañera dispuesto a refrescarse. Cuando el agua comenzó a caer por su cuerpo, notó como se iba relajando. Resbalaba por su ancha espalda, recorriendo cada uno de sus músculos. Llegando al inicio de unos maravillosos glúteos redondeados, duros, para seguir descendiendo por unas fuertes piernas.

Nunca había necesitado hacer ejercicio. La genética familiar le había dotado con un buen cuerpo. Pero a él, aun así, le gustaba cuidarse. Iba siempre que le era posible al gimnasio, aunque con las calorías que gastaba por las noches en la cama, bien podría serle suficiente. Cuando terminó la ducha, salió y se enrolló la toalla en la cintura. Cogió otra y se secó el pelo. Descalzo se dirigió hacia su dormitorio para vestirse. *Umm traje oscuro, camisa blanca y corbata... la negra también. Todo un clásico.* Se dijo así mismo en voz alta. Hoy se sentía optimista, el juicio era complicado, pero estaba seguro de que lo ganaría.

Una vez vestido, cogió su maletín, en el cual llevaba su portátil y varias carpetas de los casos en los que trabajaba. Metió dentro, cartera, llaves, teléfono y salió de su apartamento. Cuando llegó al portal se encaminó hacia la parada de metro que tenía al lado de su casa. Aunque tenía vehículo propio, le gustaba mucho sociabilizar con la gente que cogía el metro. Y si además de esta forma se ahorraba algún que otro atasco y de paso conocía alguna belleza, eso que ganaba. Después de quince minutos de trayecto, llegó a su destino. Nada más salir de la boca del metro, estaba su bar preferido para desayunar. El Índigo, así se llamaba ese pequeño local, que hace un par de años abrió su mejor amigo.

El sitio era pequeño, pero acogedor. Tenía la planta de abajo decorada en un estilo vintage, con mesas de todas las formas, ninguna era igual, ya fuera forma o

color, todas eran distintas. Lo mismo ocurría con las sillas, podías encontrarte tanto butacones, como sillas de madera de mil y una formas distintas. Las paredes eran totalmente blancas. Estaban decoradas con marcos dorados, pero sin cuadros en su interior. Algunos enmarcaban algún utensilio de cocina, o una taza de café pegada a la pared. Todo estaba muy bien organizado. Justo al lado de la entrada había unas escaleritas que subían al piso de arriba donde tenía más mesas y sillas para que sus clientes pudiesen desayunar y leer el periódico tranquilamente o algún libro, ya que allí disponían de una estantería repleta de libros. Cierto era que sus precios no tenían comparación a los de otras cafeterías y si a eso le añades un servicio excelente y una comida exquisita, triunfo asegurado.

– ¡Que pasa Izan! – Saludó Brendam a su amigo.

– ¡Ey tío! ¿Te pongo lo de siempre?

– Si, por favor. Vengo hambriento.

– Otra noche para tu larga lista de conquistas, ¿me equivoco?

– No Izan, no lo haces. – a Brendan se le escapó una sonrisilla. – Tendrías que haberla visto tío. Morena, pelo liso, largo. Unas tetas impresionantes y en la cama era una tigresa. Tienes que salir conmigo algún día y veras que mujeres.

– ¡Tío! Que yo estoy intentado que Vanessa me tome en serio.

– ¡Oh sí! ¡Perdone usted! Que el gran ligón del instituto está enamorado y quiere que lo cacen bien cazado.

– ¡Oye! Menos pitorreo. Para tu información ya he logrado que me dé una oportunidad. Y esta noche me la llevo a cenar.

– ¿Quieres condones? ¡Ah no! Que esta noche es la primera cita y no podrás metérsela. – Se burló de su amigo, quien lo miró con cara de asesino.

– ¿He de recordarte que tenemos treinta y dos años? Que ya no somos críos. ¿Qué me he enamorado? Si, cierto. ¿Qué problema hay? Ya te llegara a ti.

– ¡Quita, quita! A mi déjame disfrutar del sexo sin ataduras. Yo paso del amor. Seré tu padrino de bodas cuando te cases, pero solo para tirarme a la o a las damas de honor. – Se rieron los dos a carcajada limpia, mientras Izan le servía sus tostadas y café a Brendam.

– Eres tremendo, algún día llegará la mujer que te coja de las pelotas y no te suelte.

– Macho si ese día llega, que te digo yo que no llegara, te aseguro que durante una semana vendré a tu bar a trabajar. – Los dos siguieron hablando ya de otros asuntos mientras desayunaba. Terminado el desayuno, le pagó y se despidió.

Se encauzó hacia los juzgados, en media hora tenía un juicio. Iba a ser un día duro. Pero estaba seguro, se sentía pletórico, lo cual para él era muy buena señal. Ya que cuando se sentía de esa manera, siempre ganaba sus casos. Nada más entrar se encontró con su cliente, el Sr. Ramírez.

– Buenos días Sr. Ramírez, ¿Cómo se encuentra?

– Muy nervioso Brendam. ¿Crees que irá bien?

– ¡Claro que si hombre! Usted déjeme a mí, que se lo que me hago.

– Está bien. – dijo el hombre con tono abatido. – Lo único que quiero es que salga todo bien. No quiero ir a la cárcel por un fraude que yo no he cometido. –Brendam sintió lastima por el Sr. Ramírez. Era el asesor económico de una empresa, en la que el dueño desviaba dinero a una cuenta en suiza. Y el Sr. Ramírez, sin saber que eran exactamente los documentos que estaba firmando, acabó metiéndose en el problema más grande de su vida. Acusado de fraude y robo a la empresa en la que trabajaba. Podían caerle varios años de cárcel y este buen hombre no merecía eso. Brendam había pasado horas sin dormir estudiando la forma de librar a su cliente de semejante tortura. Y por fin lo había logrado. Su cliente no lo sabía y su demandante tampoco. Pero una noche conoció a una de las amantes del jefe del Sr. Ramírez, que

por venganza le había pasado las pruebas que necesitaba para liberar a su cliente y meter en la cárcel a quien realmente era culpable.

Entraron en la gran sala, donde había un gran público, el jurado, el fiscal, la abogada del demandante y el Sr. Barrios. Persona desagradable a la vista y encima capaz de meter a alguien inocente entre rejas para salvar su trasero. El juicio fue más largo de lo esperado. Tras varias horas de hablar, escuchar, exponer pruebas e interrogar a varias personas, Brendam sacó su arma secreta. Dejando a todos atónitos. La parte de la acusación intentó que las pruebas que aportaba la defensa, no se tuvieran en cuenta por estar fuera del plazo. Pero la jueza se mostró muy interesada en los documentos que Brendam portaba entre sus manos. Tras echarles un vistazo se los pasó al fiscal. Después de que los documentos desfilaran por varias manos el jurado se retiró a deliberar. En ese pequeño descanso salieron todos para poder estirar las piernas, tomar algo y que les diera el aire. Tenían una hora de descanso.

– No creas que te vas a salir con la tuya Brendam. – Le dijo la abogada de la acusación. Se plantó frente a ella, la miró de arriba abajo, devorándola con la mirada. Vanessa, que así se llamaba la abogada, ya había pasado por sus manos un par de veces.

– Cielo... sabes perfectamente que ante esas pruebas no tenéis nada que hacer. El Sr. Barrios irá a la cárcel y el Sr. Ramírez a casita y con una gran indemnización. La necesaria como para que no necesite trabajar más.

– Eres un cretino. ¿Se puede saber cómo has conseguido toda esa documentación?

– ¡A ti te lo voy a decir! Nena, recuerda que en estos momentos eres mi contrincante. No puedo revelarte mis fuentes. – Le guiñó un ojo, provocando en ella una irritación más que notable.

– ¡Maldita la hora en la que me metí en tu cama! – maldijo Vanessa.

– Las horas nena, las horas. Por si no lo recuerdas, han sido más de una la ocasiones en las que te he dado... bueno nos hemos dado placer. Para qué negarlo nena, eres buena en la cama y me pones a tono. – le dijo mientras se iba acercando a ella lentamente, comiéndosela con la mirada. Brendam se acercó a su oído y le susurró. – De hecho, ahora mismo te metería en un despacho, te subiría esa falda, te sentaría encima de un escritorio y me metería entre tus piernas. ¿Sabes para que Vanessa? Para follarte, como solo tú quieres que te folle.

– ¡Ahhh! – jadeó ella.

– Ahora mismo estas caliente, húmeda. Estas deseando que te haga lo que te acabo de describir. – Vanessa estaba sofocada y él no hacía más que provocarla. Pero Brendam no se equivocó, le cogió de la corbata y tiró de él para que le siguiera.

Llegaron al despacho de un juez que estaba de vacaciones. Se colaron en él y comenzaron a besarse. Brendam era un gran amante, era atento con las mujeres, al igual que le gustaba que fueran atentas con él. Tal y como le había relatado, le subió la falda, no le sorprendió encontrarse con unas medias ligero. Vanessa era un mujer muy sexy y sensual. Que ella fuera así, le facilitaba las cosas a la hora de mantener relaciones de este tipo. Aquí te pillo, aquí te mato. La sentó encima del escritorio y le separó las piernas. Se colocó en medio, bajo la bragueta de su pantalón para liberar lo que Vanessa, desde hace un rato, tanto ansiaba. Era grande, grueso, poderoso. El pene de Brendam siempre dejaba satisfecha a las mujeres que lo albergaban en su interior. Se puso un preservativo y de una sola embestida la penetró. Vanessa echó la cabeza hacia atrás de satisfacción. Sentirle dentro era magnífico. Brendam salía y entraba de golpe, con un ritmo frenético. Eran estocadas fuertes, podía sentirlo entero dentro de ella. – Vamos nena... quiero sentir como te deshaces. – Vanessa tras oír esas palabras empezó a contraerse más. Podía notar como estrangulaba su pene. Él

estaba a punto, pero no se dejaría ir hasta notar que ella quedaba satisfecha. Aumentó el ritmo y con una mano estimulo el clítoris de Vanessa, para poder facilitarle el orgasmo. Y lo consiguió. Ella enloqueció al notar estocadas fuertes combinadas con movimientos circulares de la mano de Brendam sobre su clítoris. De repente ella se tensó, contrajo su vagina. Acto que provocó que él se corriera a la vez que ella. Los dos convulsionaron, arquearon espaldas y se deshicieron de placer.

El día a Brendam, no podía haberle ido mejor. Comenzó despidiendo a una guapa italiana, después de haber pasado una estupenda noche de sexo. En el juzgado había tenido un gran juicio. Gracias a su baza, había conseguido hacer justicia. Además había pegado un polvo rápido, pero muy agradable, a la guapa abogada a la que le había ganado el juicio. No podía pedir más.

Capítulo 2

Después del largo juicio vivido, Brendam se desplazó hasta su bufete para comunicar a sus superiores como había ido todo y darle a su secretaria todos los datos para archivar el caso. Otro triunfo para su currículum. Entró en el bufete donde trabajaba y saludó a la Sra. Márquez, la recepcionista. – Buenas tardes. – ella lo miró y le sonrió. La Sra. Márquez era como una madre para Brendam. Desde que llegó al bufete, siempre le había cuidado. Él la apreciaba mucho, aunque de vez en cuando se llevaba algún rapapolvo de su parte.

– Brendam, ¿Qué tal te ha ido el juicio? – se giró al escuchar la voz de su jefe.

– Hola Don Tomás, ha ido estupendamente. Ha sido duro, pero lo he conseguido. – le guiñó el ojo.

– Sabía que al final lo lograrías. No sé cómo lo haces canalla, pero siempre te sales con la tuya. ¿Se puede saber cómo conseguiste esas pruebas? – Brendam se carcajeó.

– Si usted supiera señor...

– Pues cuenta, cuenta. Te invito a un café en mi despacho y me das detalles. – Le palmeó la espalda y los dos desaparecieron de la recepción. Una vez dentro se sentaron y la secretaria les trajo los cafés que le habían solicitado.

– Bueno Brendam, cuéntame.

– Don Tomás, no es nada del otro mundo. El otro día salí a tomar unas copas y conocí a una chica. Que casualmente era una amante despechada del Sr. Barrios. Se emborrachó y comenzó a contarme todo lo que sabía. Al final la convencí para que me facilitara toda la información y de paso así ella se encargó de ejecutar su venganza. No hay más Don Tomás, eso es todo.

– Creo que eres el mayor cabrón con suerte, que hay en todos los juzgados del mundo. Desde luego estas cosas solo te pasan a ti.

– ¡Gracias por lo de cabrón jefe! – le dijo riéndose. Don Tomás era un buen hombre y siempre lo había recibido con los brazos abiertos.

– Mañana viene la Srta. Méndez. ¿Sabes de quien te hablo? – Brendam se quedó pensativo. Había oído hablar de ella, pero aún no había llegado a encontrársela. Ni en los juzgados, ni en ningún juicio. Le picaba la curiosidad de cómo sería la famosa abogada de la que todo el mundo hablaba. Sabía que era alta, media un metro setenta. Morena de pelo largo, con mirada penetrante. Todo el que se enfrentaba a ella, salía escaldado de los juicios. Al tiempo que salía impactado de ver a esa mujer. Tenía ganas de mirar esos ojos, que según dicen, son tan intensos.

– Si Don Tomás, algo he oído de ella, pero jamás he tenido el placer de encontrármela.

– Pues mañana tendrás tu oportunidad. Pero te lo advierto, es un hueso duro de roer. Si todo sale bien, espero poder ficharla para nuestro bufete.

–Tranquilo jefe, confíe en mí. Todo saldrá bien.

– Muy bien, mañana quiero que cuando acabes la reunión con ella, vengas a verme y me cuentes. – Se levantaron los dos a la vez y chocaron sus manos.

Brendam se dirigió a su despacho, necesitaba repasar un par de documentos. Al día siguiente le esperaba la primera toma de contacto con la Srta. Méndez y quería tener todo bien preparado. Se sentó en su butaca, descolgó el teléfono y le pidió a la Sra. Márquez un café bien cargado. Quería estar despejado. Mientras esperaba el encargo, se puso a revisar el correo electrónico. Encontró uno de una persona a la que no conocía... aún.

Para: Brendam Lowell

De:Laura Méndez
Asunto:Reunión caso Harper.

Buenas tardes Señor Lowell,

Me pongo en contacto con usted, para recordarle, que mañana a las 10 a.m. me reuniré con usted para que tratemos el caso Harper. Estoy segura que al colaborar juntos, ganaremos el juicio. Ni falta hace que le diga que este caso, es mi carta de presentación en su bufete. Si Don Tomás le ha dado a usted el caso, es porque de verdad cree que podremos hacer un gran equipo. Mañana nos vemos en el bufete, no se olvide por favor, a las 10 a.m.

*Un Saludo.
Laura Méndez.*

Brendam se quedó impresionado. No esperaba encontrar ese mail en la bandeja de entrada. Aunque esa impresión fue buena. Parecía que la que escribía era una mujer insegura y ahí estaba el para salvar a cualquier damisela insegura que se cruzara en su camino.

Para:Laura Méndez
De:Brendam Lowell
Asunto:Rw: Reunión caso Harper.

Buenas tardes Señorita Méndez,

No se preocupe, Don Tomás la tiene muy bien valorada, por lo que su carta de presentación para empezar a formar parte de este bufete, no se verá empañada en el caso de que el juicio no nos vaya como esperamos. Por otro lado, sí, Don Tomás me escogió a mí, está seguro que entre los dos podremos ganar el juicio. Y la verdad, por lo que yo sé de usted y sé de mí mismo, realmente creo que todo esto saldrá a pedir de boca. No se preocupe que mañana me tendrá a las 10 a.m. en punto en la sala de reuniones.

Reciba un cordial saludo y hasta mañana.

Brendam Lowell.

Le dio a enviar y se reclino sobre su butaca, al tiempo que la Sra. Márquez hacía su aparición en el despacho. Con el ratón se puso a abrir varias carpetas hasta que encontró la del caso que iba a compartir con la Srta. Méndez. Se puso a estudiarlo y solo cuándo le sonó el móvil, se dio cuenta de que llevaba tres horas estudiándolo.

– ¿Si? – respondió vagamente.

– Hola príncipe... ¿vas a salir esta noche?

– ¡Ey niño! Pues ni me había fijado en la hora que era. ¿Qué planes hay?

– A las diez en el Mogambo, cañas pinchos y lo que se tercie.

– ¡Ok! A las diez no vemos entonces. – colgó el teléfono, guardó todos los informes y apagó el ordenador. Se puso la americana y salió de su despacho, despidiéndose de la gente que quedaba por el bufete. *Miró el reloj. Las ocho y media,* se dijo para sí mismo. Calculó lo que tardaría en llegar a casa para arreglarse y sopesó si merecía la pena coger un taxi o volver en el metro. Finalmente se decidió por el metro.

Llegó a su domicilio y nada más cerrar la puerta se fue desnudando de camino a la ducha. Una vez entro al baño, abrió el grifo de agua caliente y cuando la tuvo a la

temperatura deseada se metió. Mientras le caía el agua caliente por la espalda y se relajaba, iba rememorando el día que había tenido. Pero solo una cosa se le había quedado clavada en su mente, la Srta. Méndez. Estaba intrigado por conocerla, quería saber si eran ciertos los rumores que le habían llegado sobre ella. Después de todo, por el email que había recibido, le parecía muy insegura. A pesar de que la gente que se había topado con ella, aseguraban todo lo contrario. Decían que era perspicaz, fuerte y segura de sí misma. Pero quizás era solo en apariencia. Bien, pronto lo averiguaría, mañana se vería con ella y compartiría a partir de ese momento varias horas junto a esa gran incógnita que era la Srta. Laura Méndez.

Cuando salió de la ducha, se puso unos vaqueros rasgados por las rodillas y una camisa negra de estilo casual. Cogió el móvil, las llaves y la cartera. Salió de casa y se marchó dirección al Mogambo, para encontrarse con sus amigos. La noche se presentaba bien y cuando se juntaba con los mismos personajes que le acompañan desde que tenía quince años, aquello podía convertirse en toda una fiesta. Esta vez sí que cogió un taxi. Cuando llegó al lugar de encuentro, vio a sus amigos que se iban agrupando en la puerta.

– ¡Que pasa campeones! – saludó Brendam a sus amigos.

– ¡Mirar todos! Ahí viene el abogado ligón que no deja títere con cabeza. – Dijo su amigo Jaime, provocando la risa de Diego, Javi y la de él mismo.

– Lo que os pasa a vosotros es que sois unos calzonazos. Os habéis dejado cazar muy pronto.

– ¡Ya te llegara el día chaval! Y entonces sabrás lo que es bueno. – le dijo Javi.

– ¡Ah no! A mí no hay hembra que me cace. Yo las capturo, las devoro y después a otra cosa mariposa.

– Sí, eso lo dices ahora. Tiempo al tiempo. Ya verás.

– Bueno ¿entramos o qué? Me apetece un buen zumo de cebada fresquito. – Dijo Brendam en tono más serio. Estaba cansado de que le hablaran del día en que una mujer lo cazaría. Él tenía claro que le gustaba disfrutar de la vida tal cual y para él así estaba bien. No quería ni ataduras ni complicaciones.

Entraron al bar. Era de un estilo rustico, con barriles de vino que se utilizaban de mesa. De cada uno de ellos salía un surtidor de cerveza, para que cada cliente se sirviese tantas como le apeteciese. Alrededor de cada barril había cuatro taburetes altos, para poder sentarse. Los chicos decidieron sentarse en ese tipo de mesa, aunque en el fondo del salón, había mesitas con sus respectivas sillas. Les encantaba el hecho de servirse ellos mismos las cervezas. Pidieron para picar un surtido de embutido ibérico, con un poco de pan.

Transcurrido un tiempo, apareció un grupo de chicas. Hubo una en concreto que hizo a Brendam girarse. Era morena, de pelo largo, ondulado. Escote generoso, pero no en exceso. Iba vestida con unos vaqueros rasgados como Brendam. Una camiseta holgada de color rojo, de esas que enseñan un hombro. Y con botas de tacón de aguja. Él solo se la imaginaba en ropa interior, con liguero y esas botas puestas. Se empalmó al instante. En ese momento la desconocida se giró y se lo quedó mirando. Su pene amenazaba con salir reventando las costuras de su prisión, después de ver esa mirada penetrante.

– ¿Habéis visto que pedazo de tías acaban de entrar? – Dijo Diego

– A cual más buena... – respondió Jaime

– ¡Tío! Espabila, cierra la boca, que te van a entrar moscas. – le dijo Javi a Brendam. – ¿Qué te pasa? ¿La morena te ha dejado sin palabras?

– ¡Joder! Si se me ha empalmado cuando me ha mirado. – le dijo Brendam en voz baja, para que sus otros amigos no se cachondearan de él. – Te juro, que ha sido girarse, mirarme a los ojos y esto... – se señaló el pene con la mano. – ha recobrado la vida solo. Bueno solo no, he de reconocer que me la he imaginado en ropa interior,

liguero y con esas botas puestas.

– ¡Joder macho! Como no va a cobrar vida eso con esos pensamientos. Casi me empalmo yo. – los dos se echaron a reír.

Pasaron un par de horas a base de risas, cañas y más ibéricos. Al mismo tiempo iba intercambiando miraditas con la morena. Quien cada vez que se cruzaban sus ojos, le sonreía. En una de estas, Brendam se levantó para ir a los servicios. Cuando estaba llegando, se abrió la puerta de mujeres y salió la chica morena. – ¡Cuidado! – gritó él, pero ya era tarde, La chica no vio el escalón y perdió el equilibrio. Por suerte para ella, Brendam reaccionó y la cogió justo a tiempo, evitando que cayera al suelo. La tenía sujeta por la cintura y ella había apoyado las manos en sus hombros. Cuando la ayudó a incorporarse, ella se acercó a su boca y lo besó. Fue un beso, corto, pero muy caliente. Notó como su lengua salió al encuentro de la suya. Cuando se encontraron estalló el calor entre los dos. Llevaban toda la noche buscándose con la mirada y ahora estaban juntos. De repente se retiró, lo miró a los ojos y le dio las gracias. Entonces desapareció de su vista, dejando a Brendam ahí plantado.

A la mañana siguiente, después de pasar la noche de cañas y tapeo con sus amigos, se levantó sin problema. Solo había dormido cuatro horas, pero los chicos quedaban una vez por semana. Era su vía de escape, sobre todo para los que estaban emparejados. Que eran todos menos Brendam. Lo único que no conseguía era sacarse de la cabeza a la morena, que además le había dado un pequeño, pero dulce beso. No solo eso sino que había sentido algo. No estaba seguro de lo que era, pero esa sensación le asustó. Esa morena consiguió descolocarlo. Decidió no pensar demasiado en ello, total ¿qué posibilidades había de volver a verla?

Salió de casa y llegó al bufete antes de la hora prevista. Así que se paró a tomar un café junto a sus compañeros, en una de las salas que tenían en la oficina. Estaban todos de parloteo cuando se hizo el silencio. Brendam se giró para ver el porqué de ese mutismo inesperado. Cuando alzó la vista, la vio venir. Estaba seguro, esa mujer era Laura Méndez. Tacones de aguja negros, falda de tubo por la rodillas, camisa blanca entallada y con los botones debidamente abrochados, excepto un par, dando lugar a la sensualidad que de ella manaba. Fue subiendo la vista, poco a poco, deleitándose de su cuerpo. Curvas peligrosas se entreveían por la ropa. Cuando llegó a su cara, vio que era morena, llevaba el pelo recogido en una cola de caballo muy elegante. Cruzaron las miradas y entonces...

Capítulo 3

Eran las seis de la mañana. Laura estaba en la cama, dando vueltas y vueltas, apenas había dormido un par de horas. Estaba nerviosa, no solo por la reunión que tenía dentro de cuatro horas. También lo estaba porque esa noche se había encontrado con un hombre, cuanto menos interesante. Para colmo casi se descalabra saliendo del lavabo, situación que no sucedió gracias a él, que la cogió antes de darse de bruces contra el suelo. Y ella... ¿de qué manera lo compensó? No se le ocurrió otra cosa que besarle, no podía darle un simple, pero significativo “Gracias” no, ella tuvo que besarlo y después de haberlo besado, añadir el gracias. *¿Por qué lo hice?*, se preguntaba una y otra vez.

Decidió levantarse de la cama, total para dar vueltas y calentarse la cabeza, lo mejor era poner en marcha las piernas e ir arreglándose. Al fin y acabo, era un chico con el que se encontró de casualidad. La cosa no iría a más, puesto que era imposible que se volviesen a encontrar. Pegó un brinco de la cama y se dirigió a su cuarto de baño. Por el camino, fue deshaciéndose de la poca ropa que llevaba, comenzó quitándose la camiseta de tirantes con un estampado de Hello Kitty y la lanzó sobre su cama. Detrás le siguió el culote a juego. Una vez desnuda se plantó frente al espejo y se miró en él. Estaba nerviosa, hoy era el primer día en el nuevo bufete, no era novata, pero el caso que le habían adjudicado, era su prueba para poder impresionar al jefe y a sus futuros compañeros, entre ellos a ese tal Brendam Lowell. No lo había visto en su vida, ni siquiera se había cruzado con él en los juzgados, pero sí que había oído, que en rara ocasión perdía un caso. Que siempre en el último momento sacaba un as de la manga y le daba la vuelta a la situación. Todos pensaban que era un tío con mucha suerte y no solo eso, sino que también se cuchicheaba de sus hazañas con las mujeres. Por lo visto, era un ligón, de esos que, si quiere cada noche, puede tener la cama caliente. Lo cual a ella le parecía más que razonable, ella era de las que opinaban que si estas soltera y sin compromisos, ¿por qué no disfrutar del sexo con gente que te atraiga?

Tú puedes. Se dijo así misma, con una gran sonrisa en el rostro. Se apartó del lavabo y se acercó hasta la ducha, donde abrió el grifo de agua caliente y observó como el espejo se empañaba a causa del vaho. Cuando tuvo el agua a la temperatura deseada se metió en el interior de la bañera. Cerró la mampara, metió la cabeza bajo el chorro de agua caliente y cerró los ojos dejándose llevar por su mente. El agua descendía por su cuerpo, arrastrando tras de sí todas sus preocupaciones y su nerviosismo. Se sentía relajada, calmada y notaba como las fuerzas retomaban su cuerpo, lo inundaban de optimismo para afrontar el día que le esperaba. Cogió el gel de ducha y recubrió la esponja de él, para acto seguido deslizarla a través de todo su cuerpo. Una vez enjabonada dejó la esponja, se lavó el pelo. Cuando estaba terminando de aclararse le sonó el teléfono. *¿Quién demonios será a estas horas de la mañana?* se preguntó así misma. Como pudo se enroscó una toalla al cuerpo y corrió a cogerlo. Número oculto, odiaba coger el teléfono a los números oculto, pero ¿y si era algo importante?

– ¿Si?

– ¡Hola nena! por fin te localizo. – ¡Joder! era Pablo.

– Hola... ¿se puede saber qué haces llamando a estas horas? – Pablo se carcajeó al otro lado de la línea.

– Pues mira, me he levantado juguetón esta mañana y he dicho, voy a llamar a Laura. – puso los ojos en blanco. Lo que quería Pablo era meterse en su cama.

– Lástima que no estés por aquí. Quizás, solo quizás, te dejaría pasar a casa.
– Pues abre la puerta.
– ¿Cómo? ¿Estás aquí?
– ¿Me abres o qué? – Laura alucinada, se dirigió hacia la puerta, miró por la mirilla y ahí estaba Pablo. Todo un portento de hombre, alto, pelo rubio ceniza, con los ojos de un color grisáceo y de espalda ancha, músculos marcados... en definitiva un cuerpo bien esculpido.

Quitó el pestillo de la puerta y abrió lentamente, mientras iba asomando la cabeza con una pequeña sonrisa en los labios.

– Buenos días, preciosa. – le susurró.

– Buenos días buen caballero, espero que se haya dignado en traer el desayuno.

– El desayuno te lo voy a dar yo ahora mismo. –Ya no hubo más palabras, Pablo de abalanzó sobre ella, que ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Acabó dando un traspie, lo que provocó que ambos acabaran en el suelo. Estaba claro que de ahí no se iban a mover, así que Laura se quitó la toalla y se quedó desnuda debajo de Pablo, provocándole una erección casi dolorosa. Las curvas de esa mujer lo volvían loco. Pablo se incorporó y cerró la puerta del piso. Se giró hacia ella y con voz autoritaria le dijo, – No te muevas de ahí, ahora vuelvo. – y desapareció dejando a Laura tirada en el suelo cumpliendo su orden.

No tardó mucho en volver y lo hizo con unos cuantos juguetes. Ya había estado varias veces en su casa, por lo que sabía perfectamente donde tenía todos sus artilugios de placer. Pudo observar que había cogido el antifaz, eso la excitó aún más.
– No dispongo de mucho tiempo Pablo, tengo que ir a trabajar. – le dijo en tono suplicante.

– No te preocupes, estarás lista justo a tiempo. – se acercó a ella y le posó la mano en la vagina. – ¡Vaya! veo que mi gatita está más que preparada. – le dijo en tono de burla. – Incorpórate y colócate a cuatro patas. – Laura no dudó ni un segundo y obedeció. Pablo se situó detrás de ella y se desnudó por completo. Después a su lado para poder colocarle el antifaz para que ella no pudiese ver nada. Laura jadeó. Sentir como le tapaban la visión y el imaginar lo que podía pasar, la estaba volviendo loca. Cada vez estaba más húmeda, se moría por que la penetrase. De repente notó calor en su espalda, en distintas zonas a la vez. – ¡¡PLAS!! – se escuchó de pronto. Y notó en su nalga izquierda un picor y calor que le resultaron agradables.

– Más – suplicó ella.

Al escucharla suplicar de esa forma, Pablo se excitó y comenzó una tanda de azotes con el flogguer que había cogido de la habitación de Laura. Era una buena herramienta, estaba hecha de cuero con un mango del que salían varias tiras, para poder abarcar todo su trasero. Al tiempo que le iba azotando, le fue derramando por la espalda la vela que, previamente a los azotes, había encendido.

No podía más, cada azote la estaba matando de placer, cada gota de cera que sentía en su columna, le provocaba una excitación, que hacía que su vagina chorreara sin parar. Los azotes y el calor de la cera cesaron, podía sentir los movimientos de Pablo a su espalda. La anticipación por lo que podía venir en esos instantes le tenía la mente a mil por hora, imaginando miles de situaciones. – ¡Ah! – chilló de repente. – ¿Qué me estás haciendo? Está muy frío. – se quejó Laura.

– Nena... deja de moverte. Simplemente te estoy lubricando. – Y al tiempo que terminó de darle la explicación, notó una fuerte presión en su ano.

– ¡Ah! – jadeó al sentir la presión y las fuertes embestidas que Pablo le acometía. Con cada penetración, Pablo le iba pellizcando al mismo tiempo los pezones, que los tenía duros y erectos. – Voy a correrme, necesito correrme. – Logró decir

Laura, entre jadeos.

– ¿Sí? ¿Quieres correrte? – le dijo Pablo, con tono de voz perverso. – Nena, si quieres correrte, ya sabes lo que tienes que decir. – entonces Pablo le recogió todo el pelo como si fuera a hacerle una coleta y se lo enrolló en su mano derecha. Tiró de la melena hacia atrás y consiguió que Laura se arqueara un poco más, para así poder profundizar más y tener el control de la situación.

– Pablo por favor... no puedo más, quiero correrme. – Suplicó. Entonces la mano izquierda de Pablo fue a parar al clítoris de Laura y comenzó a estimularlo, al tiempo que las embestidas se volvían más agresivas y fuertes. Pudo notar como a Laura se le entrecortaba la respiración, el orgasmo era inminente. Y así fue. Comenzó a convulsionar, a chillar y a estremecerse de puro placer. Pablo al verla tan excitada, no pudo más y el orgasmo acudió a él. Jadeando los dos, siguieron sin despegarse. Pablo agarrado a su cintura y ella en la misma posición de a cuatro patas que había adoptado.

– Has incumplido una norma, ¿lo sabías? – le dijo Pablo mientras salía de ella.

– ¿A sí? Yo creo que tú tampoco has hecho tu papel como debías. – le contestó dándole un pequeño beso en los labios. Pablo entrecerró los ojos.

– Vale, lo reconozco. Que suplicaras de esa manera por correrte, me ha derretido el corazón de amo y me ha hecho flaquear ante ti. No se volverá a repetir, lo prometo.

– Muy bien amo, ahora si no le importa tengo que volver a ducharme, o no llegaré al trabajo. – Y así, como el que no quiere la cosa, Laura desapareció en su habitación y volvió a la ducha. Ahora se sentía mucho más relajada. Una buena sesión de sexo, destensaba a cualquiera.

Llegaba justa al trabajo, odiaba ir corriendo a los sitios. Ella era una mujer muy puntual, incluso prefería llegar antes y esperar tomando un café, que tener que ir a pasos de gigante por la calle. Pero esta vez iba con la hora pegada al trasero, su sesión de sexo matutino la había retrasado mucho, aunque tenía que reconocer que había conseguido relajar los nervios.

Se plantó en la puerta principal de bufete y se quedó clavada delante. Miró su atuendo detenidamente, decidió que iba perfecta con lo que había escogido. *¡Vamos Laura! ¡Entra ahí y déjalos estupefactos! ¡Tú puedes!* Se dijo así misma en voz baja. Cogió aire y abrió las puertas que le llevaban hacia su nuevo empleo.

Al entrar vio a una mujer detrás de una centralita, debía de ser la recepcionista. Se acercó hasta ella. – Buenos días, mi nombre es Laura Méndez. Vengo a ver a Don Tomás González.

– Bienvenida señorita Méndez, la estaba esperando. Mi nombre es María Márquez.

– Encantada señora Márquez. – las dos mujeres se dieron la mano a modo de saludo.

– Si espera un momento, avisaré al señor González de que ya ha llegado. – La señora Márquez descolgó el teléfono y marcó la extensión correspondiente. Fue una conversación corta, ya que al minuto más o menos ya le estaba indicando a que planta debía subir. Así lo hizo, se dirigió con paso decidido al ascensor y montó en él. Dos pisos más arriba se abrieron las puertas, vio un gran pasillo ancho, el que se veían varias puertas. *Deben de ser los despachos de los abogados*, pensó para sí misma. Al fondo del pasillo se veían varias personas agrupadas en corrillo y echando unas risas. Comenzó a caminar hacia ellos, los nervios la estaban consumiendo por dentro. Como se descuidase iba a caer de bruces contra el suelo.

Notó como a medida que se acercaba a ellos, las risas iban disminuyendo y poco a poco, uno a uno todos los integrantes se iban girando para mirarla. El ruido de

sus tacones al caminar les había alertado de su presencia. Pudo comprobar que todo lo que había allí eran hombres. Ni una sola mujer en todo el bufete. Como cabía esperar, sus miradas no le pasaron desapercibidas. Había quien la miraba con cara de pocos amigos, otros le sonreían a modo de bienvenida, pero hubo uno, solo uno que le hizo una buena radiografía. Comenzó mirándole las piernas, lentamente fue deslizándose su mirada a través de todo su cuerpo. Laura nunca se había sentido como en ese momento. Era como si la estuviesen desnudando con la mirada. La piel se le puso de gallina y los pezones de punta. ¿Que tenía ese hombre en la mirada que la excitaba tanto? A medida que se iba acercando, fue fijándose en que era un hombre en apariencia atractivo y de repente se dio cuenta de algo. *¡No me lo puedo creer!* Pensó para sí misma.

Capítulo 4

Brendam estaba atónito, no daba crédito a lo que sus ojos estaban contemplando. La mujer que tenía delante, era la misma que anoche le besó a modo de agradecimiento. ¿Pero qué hacía ella ahí? ¿Realmente la abogada con la que iba a trabajar era ella?

– Buenos días, mi nombre es Laura Méndez. – Se presentó ante todos sus compañeros. Alguno de ellos se acercó hasta ella para darle la bienvenida. Otros movieron la cabeza, pero ni se acercaron. Y ahí estaba él, el hombre al que jamás pensó que volvería a ver. Un hombre que para solo haberle visto una vez, la ponía más que nerviosa. La excitaba mucho. Vio que se levantaba de la silla en la que estaba sentado y se iba acercando a ella lentamente. Era un hombre alto, moreno, con ojos verdes y con una musculatura más que considerable, que a pesar del traje, se dejaba entrever.

– Buenos días señorita Méndez. – le cogió de la mano y se la llevó lentamente a sus labios. – Bienvenida al bufete, mi nombre es Brendam Lowell. – y los posó sobre su mano, como un buen caballero. Detalle que a Laura no le pasó desapercibido. Ese hombre tenía pinta de galán y seductor. – Acompáñeme, iremos a la sala de juntas. Ahí estaremos más cómodos, y fuera de la vista de curiosos. – a Laura se le escapó una sonrisilla, sonido que encandiló a Brendam.

–Por favor, llámame por mi nombre. – Brendam sonrió.

–Está bien Laura, pero solo si tú me llamas por el mío.

–Trato hecho. – le dijo extendiéndole la mano para sellar el trato. Mano que Brendam no dudó en estrechar. Quería sentir de nuevo el roce de su piel.

–Muy bien, ¿si eres tan amable de acompañarme? Es por aquí.

Laura se colocó a su lado y lo fue siguiendo por el pasillo que los llevaba hasta la sala de juntas, no sin ser observados por todos los hombres que paseaban por allí. De repente se sonrojó, le vinieron a la mente las imágenes de la noche anterior. De su torpe caída y de cómo él la había cogido entre sus brazos para evitar que se diera de morros contra el suelo. Como no, la imagen que se le quedó grabada, fue sin duda alguna, la que le hizo estremecer, pero de placer. La imagen de ella besándole. Aún no entendía muy bien el porqué, pero el caso era, que el hombre al que creía que no volvería a ver, resultaba ser, el mismo que iba a trabajar con ella codo con codo. Eso significaba muchas horas juntos y su imaginación ya comenzaba a jugarle malas pasadas.

Lo imaginó sentado en una silla, atado de pies y manos. Con los ojos vendados y con su pene erecto, esperando a ser recibido primero por su boca, para después empalarse en él y cabalgarlo hasta llegar al éxtasis que producían los orgasmos. – Brendam. – él se giró.

–Dime.

–Necesito visitar los servicios, ¿me podrías indicar por donde se va?

–Claro, mira ¿ves esa puerta de allí? – Laura afirmó con la cabeza. – Pues esa no es. – la pequeña gracia de Brendam, se ganó una pequeña mirada de reproche por parte de ella. – Perdona... era solo una pequeña broma. Mira es justo aquella puerta.

–Gracias, enseguida vuelvo. – Y se marchó a paso ligero hacia el lavabo.

Una vez dentro, se puso a rebuscar en su bolso. Cuando por fin encontró lo que buscaba, se encerró en el baño, se levantó la falda y apartó el tanga. Acto seguido puso en marcha el pequeño vibrador que siempre le acompañaba. Era su fiel aliado, sobre todo en momentos como este, en los que su mente se ponía a trabajar e imaginaba situaciones que la excitaban de sobremanera. Con la mano con la que no sujetaba a su amiguito, se separó los labios vaginales y colocó el pequeño vibrador en el centro de su deseo. Estaba húmeda, muy húmeda, no necesitaba ningún tipo de lubricación extra. El pequeño aparato de deslizaba sin problema por encima de su

clítoris. Empezó a ejercer presión sobre él y a moverlo en pequeños círculos a un ritmo más que considerable. Necesitaba desfogarse. De nuevo las imágenes de él, atado a una silla de pies y manos con una venda en los ojos, acudieron a su mente. Comenzó a gemir, necesitaba más. Así que cogió y se introdujo dos dedos en su vagina y comenzó a moverlos a ritmo del consolador. El orgasmo estaba cerca, lo notaba. Y así fue, presionó un poco más con el vibrador y un calor le recorrió la espalda y le atravesó todo el cuerpo, provocándole convulsiones y espasmos como nunca antes había experimentado. Una vez satisfecha, se arregló la ropa, se miró en el espejo para comprobar que todo estaba correcto y limpió a su fiel amigo para volver a meterlo en su bolso. Ya por fin lista, salió de los servicios y se sorprendió al ver a Brendam esperándola junto a la puerta. Llevaba algo escondido en la espalda, pero no conseguía ver lo que era. –Bienvenida al bufete compañera – le dijo mientras se sacaba de la espalda una rosa, de color rojo pasión. Laura no sabía que decir. Estaba atónita ante semejante gesto.

–Gracias, no tengo palabras. Qué bonito detalle por tu parte.

–La verdad, es que esperaba un gracias como el que me diste anoche. – ella lo miró boquiabierta. ¡Vaya con Brendam! No se andaba con chiquitas. Pero Laura no se achantaba ante semejante provocación.

–Quien sabe, quizás te sorprenda y te desnude en la sala de juntas, para después subirme a la mesa, abirme de piernas y dejar que me folles. – Y con semejante provocación, que lo dejó helado, se acercó hasta él y le besó en la mejilla. Brendam se quedó paralizado, no supo reaccionar. Nunca, ninguna mujer había sido tan descarada con él. Eso le excitaba, hasta límites insospechados. Esta mujer le iba a traer más de un quebradero de cabeza, de eso estaba más que seguro. Solo reaccionó cuando escuchó su dulce voz, apremiándolo para poder reunirse con Don Tomás.

Una vez dentro de la sala, Brendam no podía dejar de mirar la mesa e imaginarse a Laura encima de ella, abierta para él, dispuesta a recibirlo. Su erección empezó a preocuparle. Como no dejara de pensar en eso, iba a tener un grandísimo problema. Necesitaba alivio, así que sacó el móvil, tecleó un *whatsaap* y no tardó en recibir respuesta. Después de la reunión con Don Tomás y Laura, una preciosa rubia lo esperaría en su despacho, para ir a comer. Después le pegaría un buen polvo y así le desaparecería la maldita tensión sexual que sentía dentro de él.

Don Tomás apareció de repente por la puerta, dando un pequeño susto a los presentes. Algo que le hizo gracia. Miró a la preciosa Laura, su nuevo fichaje, del que estaba seguro iba a sacar grandes beneficios. Después miró a su chico, el mejor abogado que tenía en el bufete. – Buenos días señorita Méndez, sea usted bienvenida.

–Gracias señor, es un placer. – contestó un poco cohibida. Aquel hombre le imponía. Era alto, de pelo canoso y con unos ojos azules como el cielo.

–Espero que Brendam le haya tratado con caballerosidad. – Dijo Don Tomás, clavando la mirada en él.

– ¡Por supuesto Don Tomás! ¿Acaso lo dudaba?, ya sabe usted que yo soy todo un galán.

–Precisamente por eso mismo lo digo muchacho. Espero que la hayas recibido como se merece.

–Señor, me ha recibido estupendamente, se ha portado muy bien conmigo. – dijo la aludida.

– ¿Lo ve don Tomás?

–Está bien, pero Brendam te lo advierto. – Dijo en tono ya más serio. – Esta señorita es tu protegida. No quiero que la dejes sola, si necesita ayuda se la concedes. Si necesita ir a algún lado la llevas. Lo que sea. ¿Lo entiendes?

–Sí señor ¿también la acompaño al baño si le hace falta?

– ¡Ehhh! ¡Que estoy aquí! Por si no os habíais dado cuenta. No necesito niñera,

gracias. – los dos aludidos se giraron a mirarla. – No me miréis así, habláis de mí como si no estuviera y como si fuese una niña desamparada. Y ni una cosa ni la otra. Estoy aquí presente, se hablar y decidir por mí misma y si necesito algo tengo una boca muy hermosa para pedirlo. – Brendam se quedó boquiabierto por segunda vez ante esa mujer y Don Tomás no pudo más que echarse a reír como un loco.

–Ya sabía yo que había hecho un buen fichaje con esta muchacha. Brendam, más vale que te andes con ojo, esta mujer es de armas tomar y los tiene muy bien puestos. –Él lo miró con una pequeña sonrisilla en la comisura de sus labios.

–No hace falta que lo jure, tendré que ir con mil ojos cuando esté cerca de ella.

–Bueno, ¡ya!, sigo estando delante.

–Si tranquila mujer, es solo que me gusta tu carácter. – le dijo Don Tomás a Laura.

–Gracias señor.

–Bueno chicos, os dejo tranquilos para que podáis hablar sobre el caso. Cualquier cosa que necesitéis, ya sabéis donde encontrarme. Otra cosa es que os atienda. – dijo guiñándole un ojo a Laura.

Una vez solos, los dos abogados se pusieron manos a la obra. En dos semanas tenían el juicio y este caso era uno de los más importantes que había recibido el bufete, iba a tener mucha repercusión. Lo que quería decir, que si lo ganaban, aparte de una buena minuta para sus bolsillos, aumentarían la categoría del bufete y muchos peces gordos acudirían a sus servicios. Eran las dos y media de la tarde y el estómago de Laura comenzó a protestar.

–Me muero de hambre. – dijo reclinándose sobre el respaldo de la silla. – Pero aún nos queda mucho por delante. ¿Te apetece que pidamos una pizza y nos la comemos aquí? – Brendam miró el móvil para ver la hora.

– ¡Joder! Son las dos y media. – gritó de repente. Ella lo miró con curiosidad. Vio cómo se ponía de nuevo la americana y se dirigía a la puerta.

– ¿A dónde vas? Nos queda mucho trabajo por delante.

–Lo sé, pero yo la comida no la perdono, además había quedado. Volveré en un rato. –Y se marchó.

Laura se quedó mirando la puerta, alucinada de que su recién estrenado compañero, se hubiera marchado dejándola ahí sola con toda esa cantidad de papeles que revisar. *Como si ella no tuviera hambre*, pensó. Estuvo un buen rato más ojeando los informes que tenía frente a ella, hasta que sus tripas empezaron a rugir de hambre. Así que decidió encargarse una pizza. Sacó el teléfono y marcó el número de su pizzería habitual. Media hora más tarde tenía una gran pizza sobre la mesa, dos latas de coca cola zero y un succulento postre esperándole.

Se quitó los zapatos, se deshizo la coleta y se puso cómoda. Comenzó a comer, la pizza estaba deliciosa. Masa ni fina ni gruesa, jugosa.

Cuando había devorado casi tres cuartas partes de la comida, echó un vistazo al postre, la estaba llamando a gritos. Era una deliciosa porción de tarta de tres chocolates con base de galleta. Pensó en que si seguía con la pizza se quedaría tan llena que no podría hincarle el diente a la tarta, así que empujó el cartón donde venía la masa redonda y cogió el envase con su porción de dulce y delicioso chocolate. Se le estaba haciendo la boca agua con solo pensar hincarle el diente. Quitó la tapa y el olor impregnó sus fosas nasales. *¡Ummm!* gimió. Cogió el tenedor de plástico, partió con él el primer bocado y se lo llevó a la boca. *¡Madre mía! ¡Esto es pecado!* Dijo mientras gemía a la vez.

Brendam entró en el bufete a toda prisa, ya habían pasado tres horas desde que se marchó a comer. Lo que se dice comer no comió mucho, más bien lo que hizo es

picar algo rápidamente, para después ir al encuentro de Ana. La rubia explosiva con la que había quedado. Tuvo prácticamente que huir de la sala de juntas y recurrir a la rubia, porque si llega a permanecer todo el día con Laura, solo dios sabría lo que podría haber sucedido. Su nueva compañera despertaba en él sus instintos más primitivos. Lo único que deseaba era cogerla, subirla la falda y penetrarla una y otra vez. Incansablemente. Su mente y su corazón le aconsejaban que se alejase cuanto antes de ella, pero su instinto animal, no se lo permitía.

Cuándo se acercó a la puerta de la sala de juntas, escuchó algo que lo desconcertó. Lentamente fue abriendo la puerta y asomó por ella su cabeza. La imagen que vio a continuación, no podía ser más sensual. Ahí estaba Laura, descalza, totalmente estirada en la silla y con las piernas encima de la mesa. Unas piernas largas, cubiertas por unas medias de color negro. Con la mirada fija en sus extremidades, las fue recorriendo lentamente hasta llegar a la altura de su falda, que se había subido un poco y dejaba ver que esas medias, eran unas medias liguero. Miles de imágenes pasaron por su cabeza, se la imaginó desnuda, solo con las medias y unos buenos tacones. De repente el mismo sonido volvió a sonar.

Casi se le desencaja la mandíbula al ver que el sonido provenía de ella. Estaba gimiendo de puro placer. Entonces observo bien la mesa junto a la que ella estaba sentada y reconoció lo que era una caja de pizza. Después dirigió su mirada a ella y comprobó que en una mano tenía un envase de plástico y en la otra sostenía un cubierto del mismo material, que se llevaba a la boca. Con cada nuevo bocado, veía como ella cerraba los ojos, gemía y lo degustaba con pasión. Pero para él era un martirio, ya que cada nuevo pedacito de tarta en su boca suponía un nuevo gemido, y en el suponía un calambrazo en su entrepierna. – ¿Se puede saber qué haces escondido detrás de la puerta? – Brendam se sorprendió, era su compañero Marc.

– Em... no nada... Es que no quería asustarla entrando en trompa. – Mintió descabelladamente.

– ¡Ya claro! Y por eso llevas más de quince minutos con la cabeza metida en la puerta.– ¡Pillado! pensó en ese momento el abogado. – ¿Qué pasa? ¿Te impone la morena o qué? – le dijo Marc mientras le daba una palmadita y se alejaba de él a carcajada limpia. Pero en algo tenía razón su compañero, la mujer que estaba tras las puertas le imponía y mucho. No solo eso, lo volvía loco. No sabía cómo pero a esa mujer la haría suya tarde o temprano. Volvió a mirar a través de la puerta entreabierta y vio que Laura no se había percatado de nada, entonces hizo de tripas corazón y decidió que ya era hora de entrar en la sala.

Capítulo 5

Laura estaba tranquilamente, saboreando el último pedazo de su deliciosa tarta, cuando por el rabillo del ojo vio algo moverse, una sombra. La abogada de sobresaltó, casi se atraganta. Cuando se giró para ver quién era el intruso, poco más y se abalanza sobre él.

– ¿Se puede saber que cojones estás haciendo? – le preguntó al intruso.

– ¿A ti que te parece? ¡Pues volver a mi puesto de trabajo!

– ¡Joder Brendam! Casi me ahogo del susto.

– ¿Ahogarte? Pero si más bien parecía que te corrías del gusto, con esa tarta en tu boca. – Laura se puso colorada. – No te preocupes princesa, soy el único que se ha deleitado con ese maravilloso sonido.

– ¿Me has estado espionando? – *¡Mierda, me ha pillado!* Pensó en esos momentos el abogado.

– No tengo necesidad de hacerlo, se te escuchaba desde la puerta. – Mintió descabelladamente.

– ¿Cómo? ¿Que se me oía desde el otro lado de la puerta? Madre mía que vergüenza, cualquiera que haya pasado por delante... ¡a saber que se ha imaginado! – Brendam comenzó a reírse. – ¡Oye tú! ¡No te rías! mi primer día y ya se estarán imaginando vete tú a saber qué cosas.

– Puedes estar tranquila, solo se te escuchaba si te acercabas a la puerta. Por cierto, si gimes así con un pedazo de tarta... malo me pongo de imaginarte en la cama. – Laura se quedó boquiabierta.

– ¡Pero serás...! ¡Capullo! – cogió lo primero que pilló de la mesa y se lo lanzó. Con tanta puntería que le acertó de lleno en el ojo.

– ¡Ay! ¿Estás loca? – le gritó su compañero con la mano en el ojo. – ¿Pero cómo se te ocurre lanzarme un bolígrafo?

– ¡Eso te pasa por cachondearte de mí! – Laura no pudo más, verlo a él de esa guisa, con la mano tapándole el ojo a modo pirata, le provocó un ataque de risa. Tuvo que levantarse de la silla para poder respirar, no podía parar de reír. Sin embargo Brendam cada vez estaba más enfadado. No por el hecho del lanzamiento de bolígrafo, sino porque cada vez que ella se giraba a mirarlo, aún se reía más. Tampoco era para tanto, pensaba él.

– Bueno que, ¿nos ponemos a trabajar, o piensas reírte más tiempo? – Laura se tensó, le notó un tono de voz duro, enfadado. Y eso la excitó. Entonces sin querer hacerlo, pero sin poder resistirse, se acercó hasta él, lentamente.

– ¿Y qué pasa si no quiero dejar de reírme? – Lo cogió de la corbata para que la mirara directamente a los ojos. Brendam tragó saliva, esa mujer era muy sensual. Laura se acercó a su oído y le susurró. – ¿Me vas a azotar en el culete como a las niñas malas? Porque te aseguro que no aprenderé la lección, ya que es algo que me encanta. – Brendam abrió los ojos de par en par. Jamás hubiese esperado una incitación de ese calibre. El caso es que por su mente empezaron a pasar imágenes, muchas imágenes, a cual más tentadora. Tanto que su amiga íntima y personal se puso firme, sólo deseaba restregarse contra Laura. Entonces sucedió algo que lo dejó helado. La guapa abogada sacó su lengua a paseo y con la punta le rozó el lóbulo de la oreja. Lo tentó, lo excitó y lo volvió loco de deseo. La miró de reojo y vio como ella sonreía pícaramente. Ni corto ni perezoso, con una mano le rodeó la cintura y con la otra le agarró fuerte la nunca, con posesión. Entonces la besó, con ansia, fervor y deseo, pillando totalmente desprevenida a Laura. Ese beso, esa ansia por devorarla, el deseo que notó no solo en su boca, sino también en su entrepierna, la excitó. Su cuerpo respondía a las necesidades de su contrincante. Ambos se dejaron llevar por la situación. Se besaban con pasión, con lujuria. Las manos recorrían ambos cuerpos de

arriba abajo, sin dejar lugar sin explorar. Las manos de Brendam se pararon en el escote de Laura y sin pensarlo comenzó a desabrocharle la blusa. Ansiaba tener los pezones de ella en el interior de su boca, deseaba morderlos, lamerlos, ponerlos duros como una piedra. Al mismo tiempo, ella le iba desabrochando el cinturón, para poder tener acceso libre al miembro viril que le aguardaba con ansia por debajo de los pantalones. Cuando tuvo acceso libre, metió la mano dentro del bóxer y rodeó suavemente el pene de Brendam, quien se estremeció al notar el cálido tacto de ella. Laura comenzó a mover la mano de arriba abajo, lentamente. Mientras él liberaba sus pechos y los acunaba en sus manos. Mientras con una mano iba masajeando y estimulando uno de sus senos, con la otra comenzó a pellizcarle el pezón y dirigirlo hacia su boca.

– Muérdelo... – dijo Laura totalmente excitada. Brendam paró y la miró.

– No quiero hacerte daño.

– Tranquilo, mi umbral del dolor es muy alto, no me dolerá, al contrario me excitará más. – El abogado dudó, pero tras sopesarlo hizo lo que ella le pedía. Su recompensa fue notar como apretaba su pene y escucharla gemir como una diosa. No entendía como esa mujer podía provocarlo tanto. Iba a acabar volviéndolo loco. En ese momento Laura vio una sombra tras el cristal opaco que había junto a la puerta de la sala donde estaban. – ¡Para, viene alguien! – Se separaron de golpe, recompusieron sus ropas, tomaron asiento e hicieron ver que estaban trabajando. Poco después se abrió la puerta y aparecía Don Tomás.

– ¿Qué tal les va a mis chicos? – Los miró sonriendo.

– Bien Don Tomás, aquí estamos manos a la obra. – Contestó Brendam.

– Bien... así me gusta. Vais a formar un gran equipo, no tengo duda de ello. – los dos aludidos sonrieron. Si los hubiese pillado en pleno acto... – Bueno yo me voy a una reunión, y ya no volveré. Así que mañana me contáis si habéis avanzado algo en el caso.

– Hasta mañana Señor. – Se despidió Laura, mientras veía a su jefe desaparecer. Entonces se giró hacia Brendam. – Esto no puede volver a ocurrir. Somos compañeros, tenemos un caso importante entre manos y casi nos pillan. No quiero problemas.

– Está bien, lo entiendo. Pero eres tú la que ha empezado el juego con lo de los azotes. Por cierto... ¿te gustan los azotes?

– ¡Calla pedazo de idiota! a ti te lo voy a decir. – Brendam la miró. Desde que le había mencionado ese detalle, no había pensado en otra cosa que ponerla a cuatro patas y darle un par de azotes en el culo. Nunca lo había hecho con nadie, pero esa mujercita hacía que su imaginación fuese más allá de lo que nunca había ido. – ¡Ey! ¡Tenemos trabajo por hacer!

– Disculpa, me había distraído.

– Ya veo ya, pues céntrate, por favor. Necesito irme a casa pronto. – Pero lo que realmente necesitaba, era ir a algún sitio o quedar con alguien para poder desfogarse, después del calentón con Brendam.

Así lo hizo, cuando terminaron su jornada laboral. Laura se marchó rápidamente a un local que solía visitar frecuentemente. Se llamaba Shiba. Allí se reunía mucha gente para poder realizar sesiones de BdsM. Era un estilo de vida sexual que encantaba a Laura. Le hacía disfrutar del sexo y sentirse plena. De vez en cuando mantenía sexo común con algún amigo, al que el tema de azotar y las velas no le llamaban mucho la atención. Dentro del local tanto tomaba la postura de Ama como de sumisa. Según el día y las personas que hubiesen dentro. Al entrar, echó un vistazo rápido para ver si localizaba a alguien conocido. Allí estaba Marcos, un Amo al que ella conocía muy bien, y que le hacía pasar muy buenos momentos.

– Buenas tardes mi Señor. – Saludó muy cortésmente.

– Buenas tardes Laura. ¿Cómo tú por aquí? ¿Vienes a tener una sesión?
– Si mi Señor me lo permite y no está ocupado. Es lo que desearía.
– Ya sabes que tienes que hacer entonces. Sala número doce. En diez minutos iré y te quiero preparada.

– ¡Sí Señor! – respondió Laura, que inmediatamente se fue hacia la sala que le había dicho Marcos. Cuando llegó, se desnudó completamente. Cogió un antifaz y se aseguró de que todos los juguetes estaban en orden. Fue al servicio y se lavó sus partes íntimas. Una vez lista, regresó al centro de la estancia, la recorrió con la vista. En ella había una cama junto a una pared forrada de espejos. Al otro lado había una cruz enorme y una mesa de madera. Miró al techo y se veían varios ganchos y poleas. Se situó en medio de la habitación, se puso el antifaz y se colocó en posición de espera. De pie, con las piernas separadas y con los brazos cruzados por detrás de la espalda. Ya no le quedaba más que esperar a que Marcos apareciese por la habitación.

Estaba nerviosa, no solo eso, sino que también estaba muy excitada. Notaba como se le ponían los pezones duros y como la anticipación de más o menos saber lo que le iba a ocurrir, la iba humedeciendo. Tenía la respiración acelerada, estaba ansiosa. Y aún se aceleró más al escuchar que se abría la puerta y alguien entraba. Como llevaba el antifaz puesto, no podía ver nada, pero el oído se le agudizó lo suficiente como para interpretar que iba sucediendo. Escuchó el sonido de unas monedas y unas llaves. Supuso que Marcos había sacado lo que llevaba en los bolsillos y lo había dejado sobre una mesa. El silencio se hizo patente, Marcos conocía muy bien a Laura, sabía que ella estaría centrando su atención en todos los sonidos. Por lo que procuró no volver a hacer ruido mientras se desnudaba, para así excitarla más y cogerla desprevenida.

La abogada estaba muy excitada, no escuchaba ningún ruido, nada. Hasta que de repente le sobresaltó una voz a su lado. – Dame tu mano y sígueme. – Laura tenía plena confianza en él y obedeció al instante. Una vez le dio la mano, la guió por la habitación y la colocó frente a la cruz. Donde la ató de las muñecas con cuerdas e hizo que se incorporara hacia delante y abriese las piernas de par en par. Cuando la tenía ya colocada en la posición que él quería, pasó la mano por su vagina. – Así me gusta perra, que estés húmeda para mí. – El hecho de que la llamara perra no era ningún insulto para ella. Todo lo contrario, ella se sentía halagada y afortunada de que un Amo como Marcos, le permitiese serlo solo de vez en cuando. Una vez terminó de examinarla, se separó de ella y se alejó para poder empezar su sesión. Laura esperaba algún movimiento, pero seguía sin poder escuchar nada. Entonces un pequeño dolor le atravesó la espalda y se la recorrió hasta llegar a su clítoris. Fue un dolor agradable y placentero. Marcos le había pinzado los pezones, con unas pinzas que incluían una cadena para poder tirar de ellas.

– Ahhh – gimió Laura. Acto seguido sintió un latigazo en su vagina, después otro y otro. Así hasta que su Amo decidió que era bastante.

– Recuerda – le habló seriamente. – Rojo si quieres que pare definitivamente, amarillo si no puedes aguantar más, ¿entendido? – ella asintió. Y a raíz de ahí comenzó una intensa sesión en la que no faltaron azotes, velas derramándose por todo su cuerpo. Penetraciones fuertes, duras, a un ritmo que hacía que ella se volviese loca de placer. Estuvo más de tres horas en aquel local. Una vez terminó su sesión, se duchó, se despidió de Marcos y se marchó a su casa dispuesta a tirarse en la cama y no despertar hasta el día siguiente. Eso sí, había una cosa que tenía clara y era que desfogarse se había desfogado, pero seguía deseando sentir a Brendam entre sus piernas. Era una obsesión que estaba yendo demasiado lejos. Solo lo conocía de un encontronazo y empezar a trabajar con él y no podía sacárselo de la cabeza. Era algo surrealista. Por fin llegó a su casa, se puso el pijama y de metió en la cama decidida de

que la relación con Brendam iba a ser estrictamente laboral.

A la mañana siguiente Brendam se despertó obsesionado con la idea de hacer suya a Laura. Desde el encuentro frustrado en la sala de juntas, no había dejado de pensar en ella. Había conseguido excitarlo, como nunca nadie antes lo había hecho. El jueguito de darle en el culo, como a las niñas malas, lo puso enfermo. Se imaginó su culo, rojo a base de palmadas, y después se imaginó así mismo penetrándola. Rememorar esas imágenes lo estaba volviendo loco. Lo único que se le ocurría para poder aguantar era meterse en la ducha y dentro de ella aliviarse con un clásico, un cinco contra uno, dicho de otra forma, masturbarse. Se levantó de la cama y se dirigió hacia la ducha. Abrió el agua caliente y una vez en el interior comenzó a imaginarse a Laura de mil y una maneras, a cual más provocativa. Su pene se puso firme enseguida. Lo agarró con la mano derecha y comenzó a masajearlo de arriba abajo. Suavemente, pero firme. El placer le envolvió rápidamente y se dejó llevar por el momento. Por la punta comenzó a brotar un líquido blanquecino y espeso que salió disparado, provocando en Brendam un gemido que le nació desde el fondo de su pecho y recorrió su garganta hasta salir por su boca. Cuando terminó la ducha, lo hizo sintiéndose con fuerzas renovadas y totalmente relajado. Se veía con ánimo de afrontar el reto de estar junto a Laura sin tener la necesidad de abalanzarse sobre ella.

Al llegar al bufete, ella aún no había llegado. Sintió un gran alivio, que poco le duró. Vio como a sus compañeros se les desencajaba la mandíbula y prácticamente se les salían los ojos de las cuencas y eso solo podía querer decir una cosa.

–Buenos días Brendam. – escuchó su voz y los bellos se le pusieron de punta.

–Buenos días, preciosa. – *¡Seré gilipollas!* Pensó para sus adentros. Así no empezaba bien la mañana. – ¿Qué tal? ¿Lista para un nuevo día de trabajo duro?

–Por supuesto, ¡vamos a darle caña! – Laura con toda la frescura del mundo, pasó por su lado, le guiñó un ojo y se fue directa a la sala de juntas. Mientras Brendam se había quedado como una estatua, viendo los andares de la morena. Ahora entendía a la perfección las caras desencajadas de sus compañeros. No era para menos. Iba ataviada con un vestido ceñido, que le llegaba por encima de las rodillas, de color rojo pasión. Le quedaba perfecto, ya que resaltaba su silueta y permitía ver el movimiento de sus nalgas al caminar. Como no, como complemento llevaba esos maravillosos tacones negros que lo ponían cardíaco.

– ¡Psss! ¡Tío espabila! Si no quieres ir tu a trabajar con ella, ya voy yo. No me importaría compartir horas extra con ella, y... Trabajármela.

– ¡Cállate Alex! – respondió un enfadado Brendam. La idea de que otro hombre se acercase a ella, no le gustaba un pelo. Eso era algo que no le hacía la más mínima gracia, ya que él siempre había sido libre y jamás había sido celoso.

Laura estaba ya en la sala de juntas, organizando todos los dossiers y documentos que tenían relacionados con el caso, cuando llegó Brendam. Al entrar en el bufete no se había fijado bien, pero ese día desprendía un aura misteriosa, su mirada era distinta. Se había puesto un traje negro camisa incluida. La nota de color la proporcionaba su corbata que era de color púrpura. Estaba imponente. Esa mañana Laura se había levantado con el claro objetivo de quitárselo de la cabeza. Si para ello tenía que acudir a Shiba día sí, día también, no dudaría en hacerlo. Al menos allí se desfogaría de una manera u otra. Cuando Brendam se acercó hasta ella para dejar su maletín, una dulce fragancia se coló por sus fosas nasales, dejándola extasiada. – ¡Pero qué bien huele este hombre! –Pensó Laura. Se le debió notar en la cara porque Brendam la miraba con gesto divertido. – ¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara o qué?

– le replicó ella.

–Dímelo tú, que eres la que se ha quedado parada mirándome.

–No te miraba a ti, creído. Estaba pensando nada más.

–Vale, tomo nota de que esa es tu cara cuando piensas. – se carcajeó.

– ¿Qué tiene tanta gracia? – preguntó molesta.

–No, nada. Es solo que te has quedado con cara de boba.

– ¡Oye! De boba nada, simplemente concentrada. ¿Nos ponemos a trabajar? –

Dijo enfadada consigo misma, por no ser capaz de disimular, ni poner cara de póquer en según qué situaciones.

La mañana transcurrió sin más, se concentraron en los documentos que tenían sobre la mesa y se pusieron manos a la obra. Cuando llegó la hora de la comida, Brendam le propuso ir a comer a algún sitio. Laura lo rechazó, excusándose con que había quedado con una amiga para comer. Algo que no era cierto, pero o mentía para poder desconectar unas horas de él, o no sobreviviría al resto de la tarde. Estaba empezando a asustarse por no poder controlar su apetito sexual.

Pasado el mediodía, después de haber ido a comer al sitio más lejano que conocía, apareció de nuevo en el bufete, lo que se encontró hizo que se le revolvieran las tripas. Vio como Brendam se despedía de una rubia despampanante, con una gran sonrisa en la boca y una palmadita en el culo. Estaba claro que esos dos habían pasado un buen rato. No sabía muy bien por qué, pero ver esa escena le cabreó mucho, le dieron ganas de ir fusta en mano y arrearle un par de azotes en plan castigo. ¿Pero en qué diablos estaba pensando? Estaba claro que necesitaba desfogarse, esa tarde acudiría de nuevo a Shiba. A ver con quien se encontraba por allí.

Fueron pasando los días y la tensión sexual que había entre los dos, podía respirarse en el ambiente. Ninguno de ellos lo sabían, pero el resto de compañeros habían organizado una porra, a ver cuándo estallaría la bomba. Hasta Don Tomás había participado, le hacía mucha gracia ver como esos dos morían por devorarse el uno al otro, pero ninguno daba su brazo a torcer. Uno por la fama de Don Juan que tenía, porque por donde iba las mujeres caían rendidas a sus encantos. Y la otra con fama de devora hombres, que no dejaba con cabeza a ninguno. Los volvía locos y todos andaban detrás de ella.

Pasaron dos semanas, en las que habían estado trabajando codo con codo, se fueron conociendo y más o menos labrando una amistad. Un día antes del juicio que habían estado preparando, Brendam no pudo más y decidió seguir a Laura al salir de la oficina. Estaba harto de intentar invitarla a cenar, a comer y que ella le plantase cualquier excusa y claudicar. Para luego ver como comía sola en el restaurante más alejado del bufete y como todas las tardes corría como alma que le persigue el diablo, huyendo de él. Nunca le había pasado esto con nadie. Por norma general, cualquier mujer a la que se acercaba, se le tiraba a los brazos. Como mucho se le resistía un día, pero luego siempre caían a sus pies. Por lo que le costaba creer que Laura fuese así de esquiva con él. Había notado la tensión que durante semanas se cernía sobre ellos. Ambos se tenían ganas, pero por más que lo intentara, no había forma de acercarse a ella de una manera más íntima y fuera del recinto laboral.

Brendam sacó las llaves de su coche, lo abrió y se metió en él. Esperó a que Laura sacase el suyo del aparcamiento y la siguió. Tras un cuarto de hora observó como ella, metía el suyo en el parking privado de un local. Se fijó bien en el nombre, no le sonaba de nada. Así que tomo nota mentalmente para investigar sobre él más tarde. Pero algo en su interior le hizo aparcar en el primer hueco que vio. Se apeó del coche y se dirigió al local en cuestión.

Cuando llegó a la entrada se topó con un hombre, que más bien parecía un gorila de lo grande que era, de esos que con solo una mirada, consiguen que salgas

huyendo. Calvo, de unos dos metros y con unas espaldas de armario empotrado. – Buenas tardes caballero, ¿en qué puedo ayudarle? – Brendam lo miró y sin amilanarse le contestó.

– Verá soy nuevo en este local, no sé muy bien cómo puedo acceder a él. – El portero lo miró de arriba abajo, debió de causarle buena impresión ya que enseguida le explico cómo podía acceder a él. Pagó una entrada, con la cual le incluía una comisión y le dejó pasar.

Cuándo entró todo parecía normal, era un local de copas normal y corriente. Se acercó a la barra, pidió un *whisky* y se sentó en la barra a observar el ambiente, cuando algo captó su atención. Al fondo de la sala había como una especie de reservados con sofás tapizados en rojo. En ellos había sentados hombres ataviados con trajes de corbata como él, pero lo curioso era ver que sostenían unas correas de perro en la mano. Lo que vio al seguir la cadena lo dejó helado. Al final de esas correas, atadas a unos collares, lo que vio eran mujeres desnudas y en el suelo como si fueran perritas. Y precisamente eso eran, las mascotas de esos señores. No daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos. De repente vio que uno de esos hombres se ponía en pie y guiaba a la mujer, que iba a cuatro patas por un pasillo. Se fijó bien y vio que eran habitaciones numeradas. Imaginó entonces que la gente que acudía allí las alquilaba por ratos, para practicar a saber qué. Entonces la imagen de Laura le vino a la cabeza. ¿Sería ella también como esas mujeres? No entendía nada, la cabeza le iba a mil por hora. Fue entonces cuando la vio, estaba al final de otra barra que había enfrente. Estaba junto a otro hombre, que la miraba con adoración. Algo que le revolvió las tripas, pero que por desgracia no podía evitar.

Capítulo 6

Laura llegó a Shiba, se bajó del coche y se fue directa en busca de Marcos. Llevaba toda la semana quedando con él, para tener sesiones y así poder desfogarse sexualmente. Marcos estaba encantado, tener una sumisa como Laura a su disposición, era maravilloso. Lástima que ella solo lo quisiera para algunas ocasiones. Le encantaría tenerla como sumisa permanente y en exclusiva, pero ella de momento no se ataba a nadie. Algo inusual en su mundo, pero la respetaba. Al menos sabía que podía contar con ella en varias ocasiones, e incluso actuar los dos como Amos en algunas fiestas que a veces organizaba la comunidad en la que ellos se movían. Aunque había algo que le rondaba la cabeza desde varios días. Era un tema que quería abordar y no sabía muy bien cómo, ya que era inmiscuirse en la vida privada de Laura. Algo que ellos nunca hacían, a no ser que quedaran fuera de Shiba como amigos que eran. Pero estaba seguro de que algo ocurría, ya que ella solía acudir al local y en función de las personas que hubiese, adoptaba su rol de Ama o bien de sumisa. Pero esa semana, llevaba toda actuando como sumisa, pero solo con él. Incluso ya no era que se encontraran por casualidad, sino que las quedadas eran programadas previamente a través de una llamada telefónica. – Laura. – ella lo miró a los ojos.

– ¿Si Amo?

–Llevo días queriendo preguntarte algo.

–Dígame Señor, ¿Qué es lo que le gustaría saber? – Marcos se quedó embobado mirándola. No había mujer más entregada que ella. Tenía bien claro que debía hablarle siempre de usted cuando adoptaba el papel de sumisa.

–Laura, ¿Qué es lo que ha ocurrido para que lleves actuando toda la semana de esta manera?

–No entiendo Señor, ¿a qué se refiere?

–Laura... ¡Joder!, pues que llevas toda la semana organizando sesiones conmigo, no es que me moleste, al contrario. Estoy encantado, pero hay algo que no me cuadra, normalmente actúas de otra manera. – ella agachó la cabeza, Marcos le levantó la barbilla con el dorso de su mano. – Cielo, ¿Qué ocurre?

–No ocurre nada Amo.

–Te estoy hablando como Marcos, no como tu Amo. – le dijo seriamente.

–Marcos, no pasa nada. Simplemente que llevo una semana en la que me apetece desfogarme sexualmente, y si es contigo que ya te tengo tomada la medida, pues mejor.

– ¿Estás segura de que no ocurre nada más?

–De verdad, es que este caso en el que trabajo me trae de cabeza. Suerte que mañana tenemos ya el juicio y todo acabará. Así que no le des más vueltas y disfruta de mi todo lo que puedas Marquitos.

Él la miró con dulzura. Adoraba a esa pequeña cabra loca que tenía enfrente. Entonces se acercó a ella y la besó dulcemente en los labios. Fue un beso tierno, para hacerle saber que era su amiga, que él estaría ahí siempre. Después se acercó a su oreja y le susurró...–Vámonos a jugar gatita. – Laura sonrió y de la mano de su Amo, desaparecieron en una de las estancias, que previamente habían reservado para ellos.

Brendam que llevaba largo rato observándolos, no pudo evitar ver como la otra se fundía en un beso con ese hombre y después se encaminaban hacia uno de los reservados. Dudaba entre sí acercarse y espiar o largarse de allí y olvidarse

completamente del tema. Pero no podía, esa mujer lo había hipnotizado, idiotizado. No hacía más que pensar en ella, no tenía otra imagen en mente, que no fuera Laura follando en un reservado con otro hombre que no era él. Eso le estaba machacando por dentro. Pidió otro whisky. No sabía qué hacer, dudaba. Entonces se le acercó una mujer, bastante sexy. Vestía completamente de negro y lucía un corte de pelo, al estilo chico, de color rubio platino. –Hola. – le saludó. Él, le correspondió con un movimiento de cabeza. – ¿Eres nuevo por aquí verdad?

–Sí.

– ¿Y tienes sumisa? – Brendam se la quedó mirando fijamente.

– ¿Qué si tengo que? – No entendía lo que le estaba preguntando la rubia.

– ¿Qué si tienes sumisa? Bueno, ¿Qué si eres Amo?

–Sí, Amo del universo y de mi perro, ¡no te jode! – la rubia lo miró con cara de asesina, una mirada que lo acojonó.

– ¡Oye majo! Si has venido aquí a ver si encuentras a una puta para calentar tu cama esta noche, has venido al sitio equivocado.

– ¿Perdona? Yo no he venido a buscar a ninguna “puta” o “dama de compañía”
¿Te queda claro?

–Pero vamos a ver, ¿tú sabes dónde estás? ¿Qué es lo que se mueve por aquí?

–Yo solo sé que estoy en un bar de copas, solo eso. – la rubia se carcajeó.

–Vale, ahora ya sí que tengo claro que es la primera vez que vienes. Estas en un bar de ambiente Bdsm.

– ¿Bd qué?

–Bondage, dominación, sumisión, sado masoquismo. Bdsm. – Brendam la miraba con cara de no entender a qué se refería. – Vamos a ver morenazo, en este mundo nos movemos por la dom/sum. Aquí hay Amos y Amas, como sumisas y sumisos.

–Vale, vamos a ver, que esto es mucha información en un solo minuto. ¿Me quieres decir que aquí, algunas personas son dueños de otras?

–No son sus dueños, literalmente, bueno algunos sí. Son sus dueños en el sentido de que el sumiso o sumisa complacen sexualmente o con el arte de la dominación a su Amo o Ama. Hay quien viene esporádicamente a tener una sesión y hay quien fuera de aquí son parejas Bdsm. Es decir una relación dominante/sumisa o sumiso. En estos casos, el o la sumisa-sumiso está totalmente entregado a su Amo o Ama. No solo le entrega su cuerpo, sino que también le entrega su mente y alma.

– ¿Quieres decir que la sumisa se somete a todo lo que su Amo le ordena?

–Sí y no.

–Explícate por favor.

–Existen ciertos límites que un sumiso o sumisa, pactan previamente con sus dominantes, a los que no están dispuestos a llegar. Cada uno conoce sus limitaciones y se respetan mutuamente.

–Entiendo...

–Por ejemplo, ¿ves aquella pareja de allí al fondo? – Brendam dirigió la mirada hacia donde le indicaba la mujer. – Ella lleva un collar y una cadena. Va desnuda y gateando. Es la mascota de su amo. En este caso es su perra. Y no lo molesta exhibirse delante de todos los que aquí estamos. Y su Amo la muestra con orgullo y adoración.

–Pero, ¿eso no es humillante para ella?

–No, ella se siente orgullosa de ser lo que es. Si no ten por seguro que no lo haría. Te aconsejo, que si quieres empezar a involucrarte en este mundo, hables con Amos y te informes bien antes de meterte de lleno. Hay muchos pseudoamos por ahí que no saben de la misa la mitad. Ahora con tu permiso, me marchó. Ha sido un placer charlar contigo.

La mujer se marchó y desapareció de la vista de Brendam, que se había quedado confuso con todo lo que aquella mujer le había contado. Jamás pensó que existiese un mundo así, en el que hombres y mujeres se sometiesen entre ellos. No sabía bien qué clase de juegos sexuales practicaban. Lo que tenía claro es que al llegar a casa se iba a poner a investigar, para poder saciar su curiosidad. Y poder conocer más el mundo en el que Laura se estaba moviendo. Se preguntaba cuanto tiempo llevaría ella metida en esto. Y si tenía Amo, o como había dicho la rubia, venía aquí para tener alguna sesión. Esto no lo iba a dejar correr, en cuanto tuviese ocasión lo hablaría seriamente con ella. No le hacía ninguna gracia que cualquier hombre la sometiese, pero sobre todo, sentía curiosidad de hasta donde era ella capaz de llegar. Cuáles serían sus límites. Bebió el último trago de su copa y se marchó de allí. Estaba saturado y la mente le iba a mil por hora. Lo mejor sería llegar a casa y relajarse de alguna manera. Pero no estaba seguro de poder hacerlo. Todo lo que había descubierto esa tarde lo tenía impresionado a la vez que asustado.

Llegó a su casa, se quitó la americana, dejándola de cualquier manera en el respaldo del sofá. Después se fue hasta su pequeño despacho y se sentó en la silla de su ordenador. Mientras esperaba a que se encendiera, se puso a pensar y pensar. Era tal el ansia por saber de todo este mundo, que no estaba tranquilo. Por fin la pantalla se encendió y abrió su navegador. Que mejor para buscar información de todo tipo, que la pagina más famosa del mundo. Tecleo las iniciales Bdsm en el buscador y las páginas que le salieron en cuestión de segundos lo dejaron sin habla. Delante de sus ojos aparecían imágenes de todo tipo, desde la más grotesca a la más bonita y significativa. Mujeres amordazadas, atadas con cuerdas de una forma bella y magistral. Otras con los pezones pinzados, unidos por una cadena. Mujeres atadas y amordazadas a extrañas plataformas de madera. Había un amplio abanico de posibilidades para practicar. La cabeza le daba vueltas y más vueltas. Se imaginaba a Laura como protagonista de esas fotografías y se sentía confuso. Por un lado le excitaba la idea, pero por otro lado no estaba muy seguro si le gustaba o no esa forma de experimentar el sexo. Vio un par de enlaces de unos blogs, decidió empezar a leer uno. En él, la sumisa que lo escribía relataba sus vivencias dentro del Bdsm, y le gustó ver como ella lo disfrutaba plenamente, como cada experiencia parecía hacerla crecer más y más y como el que era su Amo, había conseguido que esa mujer tuviese confianza en sí misma, se quisiese tal y como era. Se quedó enganchado al blog durante horas y horas, leyendo cada una de sus experiencias, imaginándose como sería practicar alguna de ellas. La idea no le parecía nada mal, al contrario, cada vez se sentía más atraído. Cuando quiso mirar el reloj eran ya más de las dos de la madrugada. Hizo un gran esfuerzo para levantarse, tantas horas sentado delante del ordenador le habían dejado la espalda hecha añicos. Cuando se metió en la cama, lo hizo con la firme idea de hablar sobre este tema con Laura. Aunque al día siguiente tenían un juicio importante y seguramente ella estaría poco receptiva por culpa de los nervios. Sería un día complicado, pero seguro que conseguiría sacarle el tema en el momento oportuno.

A las siete de la mañana sonó el despertador, Laura casi pega un brinco de la cama al escucharlo. Se había acostado un poco más tarde de las doce, pero los nervios por el juicio no la habían dejado descansar lo suficiente. Lo paró y se quedó mirando el techo de su habitación, rememorando la sesión que había tenido la tarde anterior. Había sido bestial, la disfrutó como nunca. Tuvo suspensión, mordaza, velas y Marcos le había pinzado los pezones con unos palillos chinos. Recordar todas las

experiencias vividas la tarde anterior la excitó de nuevo y como estaba un poco nerviosa por el día que le quedaba por delante, decidió abrir el cajón de su mesilla y hacerse con su magnífico amigo a pilas. Este era el único que no le fallaba si lo necesitaba con urgencia. Largo, de color morado, con estimulador de clítoris en forma de conejito y además con una especie de perlititas que cuando se ponía en marcha daban vueltas. Tenía una buena maquina entre sus manos. Lo dejó apoyado sobre la cama y se desnudó completamente. Cogió un poco de lubricante, lo untó sobre el consolador, el resto se lo restregó por su vagina. Lo puso en marcha, a un nivel medio, y posó la punta en su clítoris. Comenzó haciendo pequeños círculos y a restregarlo por toda su hendidura. Al mismo tiempo, con la mano que tenía libre, iba estimulando sus pezones. Los iba pellizcando, masajeando, hasta que los tuvo duros y erectos. Fue entonces cuando de una sola vez, encajó el pene de mentira en su vagina, se penetró con fuerza, con rudeza y aumentó la potencia del vibrador. Lo metía y lo sacaba con rapidez, con ganas, mientras estiraba sus pezones con fuerza y gemía. Poco le faltaba para llegar al orgasmo, estaba chorreante, el clítoris lo tenía hinchado. Entonces puso en marcha el conejito estimulador y la sensación de placer fue plena. El orgasmo estaba cerca, notaba como se le contraían los músculos de la vagina, acogiendo más y más adentro a su huésped. Gemía y gemía y aumentó el ritmo. Un pequeño calambre le hizo saber que ya se iba a correr, cuando de repente comenzó a sonarle el móvil. ¡Joder! ¿A quién coño se le ocurre llamar a estas horas? Chilló, sintiéndose frustrada. Cogió el teléfono y vio el nombre de Brendam en la pantalla. ¡Pero este tío es tonto! Gritó mientras deslizaba el dedo en la pantalla para contestar la llamada. – ¿Si?

– Buenos días, hermosa. – *¿hermosa? que buenos despertares tiene este,* pensó Laura.

– Buenos días a ti también.

– ¿Estás bien? te noto como un poco fatigada. – *Estaría bien si no hubieses llamado tan inoportunamente, arruinando así, mi orgasmo matutino.* Se dijo así misma.

– Si estoy bien, recién levantada, nada más.

– ¿Aún estas sin arreglarte?

– Sí, ¿qué pasa? es pronto aún.

– ¿Pronto? tenemos que estar en hora y media en los juzgados.

– Lo sé, no te preocupes llegaré a tiempo. – mintió. En realidad se le había echado el tiempo encima. – Bueno te dejo, que si me sigues enredando, entonces sí que no llego. – Y le colgó sin ni siquiera despedirse.

De un brinco saltó de la cama y salió disparada hacia la ducha. Fue la más rápida de su vida. Por suerte para ella, tenía muy claro en su mente que ropa iba a ponerse. Se vistió, se maquilló y se peinó en un tiempo récord. Cogió todos sus enseres personales junto a los laborales y salió lanzada por la puerta. Bajó los escalones de dos en dos, todo un peligro yendo en tacones.

Al salir del portal resbaló con un papel que había en el suelo. Estaba a punto de caer sobre sus posaderas, cuando unos brazos la cogieron en el aire, evitando que sus nalgas rozaran el asfalto.

– ¿Siempre voy a tener que salvarte de una dolorosa caída al suelo?

– ¿Se puede saber qué haces aquí?

– Fácil, mi intuición no falla, se cuándo me mientes. Y tu princesa, me has mentido diciéndome que tenías tiempo de sobra. Apuesto a que no has desayunado. – Laura lo miró avergonzada. – No te preocupes, tienes un donut y un café esperándote en mi choche.

– Muchas gracias.

– Muchas de nada. – sonrió. – Vamos al coche anda, que aún tenemos que llegar y aparcar.

Los dos se fueron hasta el coche de Brendam y se metieron en él. En el

salpicadero había dos portavasos, en uno de ellos había un café y una bolsita de papel apoyada en el cambio de marchas, que en su interior contenía un delicioso donut de azúcar. Laura estaba hambrienta, rápidamente se abrochó el cinturón de seguridad y cogió la bolsita. Sacó el donut y le pegó un mordisco. – Ummm. – gimió. – Gracias Brendam, estás en todo. – Él la miró de reojo con una sonrisa triunfante en la boca.

– Se cómo tratar a las damas, pero quiero pedirte un favor.

– Tú dirás.

– No vuelvas a gemir así delante de mí. – Laura lo miró sorprendida. – Es que como vuelva a oírte gemir así, no sé si podré resistirme.

– Está bien, procuraré no volver a repetirlo.

– No, no te equivoques. No es que no quiera que vuelvas a repetirlo, pero si lo haces y delante mío, quiero que sea por otros motivos. No porque te estés comiendo un maldito donut.

El silencio se hizo en el coche, Laura no sabía ni que contestarle. Así que prefirió callarse ante la semejante indirecta, más bien directa, que le había lanzado Brendam. El abogado se sentía triunfante. Por una vez había dejado sin habla a su compañera. Llegaron a los juzgados y consiguieron aparcar en una calle muy cercana. Cuando traspasaron el arco de seguridad del juzgado, las piernas de Laura comenzaron a fallar. Estaba nerviosa, era un caso muy importante para ella. Brendam que se dio cuenta de su estado, se acercó y le susurró unas palabras al oído para tranquilizarla. El día parecía que iba a ser muy largo, y lo que menos quería Brendam es que ella lo pasara mal. Él ya estaba acostumbrado a estos casos que tenían tanta repercusión mediática. Pero para ella era el primero, era lógico su comportamiento. Brendam se lo pondría todo fácil, a fin y acabo eran compañeros y más le valía tenerla con la mente lo más abierta posible. Por qué no iba a poder aguantar un día más sin comentarle lo del club hasta donde la siguió.

Entraron en un despacho que tenían habilitado para ellos mientras transcurría el juicio, donde poder conversar tranquilamente con su cliente y poder hablar la táctica a seguir. Al entrar se encontraron con una sonrisa y una mirada llena de confianza. Era Don Tomás, que se había acercado para desearles buena suerte. – Chicos, después del juicio, os espero en el Hotel Atenas. Allí tenemos una pequeña fiesta organizada en vuestro honor.

– Pero jefe, si aún no hemos ganado el juicio. – se carcajeó Brendam. Conocía muy bien a Don Tomás, como para saber, que no solo le gustaba dar fiestas, sino que ya daba el juicio por ganado.

– Brendam, si de algo estoy completamente seguro, es de qué vais a ganar sí o sí. Nadie puede con vosotros por separado, ¡Juntos seréis la bomba! – gritó, alzando sus brazos al aire para dar más énfasis a la frase. – Y tú princesa mía. – Dijo mirando a Laura. – Sonríe cariño y relájate. Eres fantástica, te he visto en acción y en menos de cinco minutos, tendrás al jurado de tu lado. Así que fuera nervios y disfruta del momento. Y esta noche a emborracharnos, a pasarlo bien. – Laura lo miró y forzó una sonrisa, pero no podía, estaba demasiado tensa. – Bueno chicos me marchó ya, tengo mucho por hacer. Nos vemos esta noche, sobre las diez más o menos. – Y desapareció por la puerta, dejando a una Laura aún más desconcertada y asustada, temerosa de fallar. Y a un Brendam, totalmente relajado, e incrédulo de ver que su jefe era un fiestero incondicional. A su edad y las fiestas que organizaba.

Capítulo 7

El día estaba siendo más duro de lo que esperaban, la acusación iba a por todas, no se lo estaba poniendo nada fácil. Hicieron un receso para comer, pero a Laura no le entraba ni un pedacito de comida. Como probase algo, acabaría haciendo una carrera hasta el inodoro más cercano. Brendam veía lo angustiada que estaba su compañera. La cosa estaba difícil, pero no debían perder la paciencia. Aún les quedaban muchas pruebas por mostrar ante el jurado. Estaba seguro que sus compañeros de la acusación no pensaban que existían. Así que ahí tenían una buena maza para asestar el golpe final. Tras el receso regresaron a la sala del juicio y se retomó desde donde lo habían dejado. Las preguntas a los acusados y a los testigos no cesaban. Era un chorro de palabras constantes. Laura estaba mareada, la presión le estaba haciendo meya. Brendam le hizo el relevo en la tanda de interrogación a uno de los testigos de la acusación. Ella se sentó y bebió un poco de agua. Fue observando como su compañero se desenvolvía perfectamente por la sala, ante el jurado y la jueza. Todos le prestaban atención, tenía el don de la palabra y un don de gentes magnífico. Estaba claro que era un hombre que sabía lo que hacía y decía.

Pasadas un par de horas, después de la comida, la acusación sacó un par de pruebas que ponía en entredicho la honorabilidad del cliente que defendían Brendam y Laura. Con una gran seguridad en sí misma, Laura, se levantó con fuerza y con ganas de machacar a sus adversarios. – ¡Protesto! – gritó alzándose de su asiento, provocando así que todas las miradas recayeran sobre ella.

– Espero Señorita Méndez, que tenga realmente una prueba que contrarreste esto.

– Sí Señoría, la tenemos. – Dijo con una sonrisa triunfante en su boca. –Con estas pruebas, estoy segura de que el jurado verá que lo que dice la acusación no es cierto. –Laura entregó toda la documentación a la jueza, que a su vez lo pasó al jurado.

– Bien, el jurado tiene una hora para decidir si el acusado es culpable o inocente. Hasta entonces haremos otro receso. – dijo la jueza. Todos los asistentes se levantaron de sus asientos y salieron de la sala.

Al llegar al despachito Laura se sirvió más agua, estaba deshidratada. Brendam se acercó hasta ella con paso firme. – ¡Preciosa! – le rodeó la cintura con los brazos y la alzó del suelo unos centímetros. – ¡Este juicio lo tenemos ganado sí o sí! – le gritó mientras la hacía girar y girar entre sus brazos por el despacho. Laura no podía parar de reírse, nunca había visto a un Brendam tan risueño y divertido. Cuándo dejó de darle vueltas y la fue a dejar en el suelo, la deslizó lentamente, sintiendo cada centímetro de su cuerpo. Sus bocas estaban muy cerca la una de la otra y sin pensarlo dos veces, Brendam se lanzó a por esos labios carnosos, que durante dos semanas lo estaban volviendo loco. Posó sus labios en los de ella. Eran suaves y cálidos. Sacó la punta de la lengua y la recorría por el borde del labio inferior de Laura, invitándola así, a que le dejase entrar. Petición que fue aceptada. Laura abrió su boca, sintió como su lengua y la de Brendam se fundían en un abrazo húmedo y caliente. El beso fue intenso, apasionado y dulce a la vez. Ambos se sentían a gusto el uno con el otro, la tensión que llevaban arrastrando desde hace dos semanas se hizo patente en ese momento. Laura sentía algo duro sobre su vientre, al mismo tiempo que notaba que ella estaba húmeda y excitada. De repente un rayo de sensatez atravesó su mente y se retiró de golpe. Brendam la miró extrañado, parecía que ella deseaba tanto como él ese beso, ese acercamiento. – ¿Qué pasa? ¿Por qué te has apartado de golpe? –Laura lo miró avergonzada.

– Lo siento, pero no creo que debamos seguir así. Creo que es mejor que hasta que acabe el juicio y pasen unos días, procuremos no acercarnos el uno al otro. – le

dijo marchándose del despacho. Sabía que el acercamiento de ellos dos era peligroso y si algo tenía claro, es que nadie la iba a encandilar. Siempre se había entregado al cien por cien con los hombres. Siempre se había abierto a ellos plenamente, para después llevarse un mazazo detrás de otro. Así que decidió solo abrirse a la persona que realmente mereciera que ella mostrase todo lo que guardaba en su interior. Ella era capaz de amar, pero se había formado una gran coraza a causa de los padecimientos que había pasado.

Terminada la hora de descanso, todos volvieron para escuchar el veredicto. Laura entró temerosa, no sabía cómo actuaría Brendam con ella. Pero vio que él tomaba una actitud caballerescas y no fue en ningún momento desagradable con ella. Ese detalle le gustó, no le pasó desapercibido. Tras un buen rato de explicaciones por parte de los abogados de la acusación y por los de la defensa, el jurado dio su veredicto. El resultado, tal y como había previsto Brendam, era satisfactorio para ellos. Habían ganado el caso, algo que había conseguido relajar a Laura completamente. La observó de soslayo cuando daban el veredicto, pudo apreciar como el cuerpo de la joven abogada, cambiaba de la tensión a la relajación, en un visto y no visto. La cogió de la mano y se la apretó con dulzura, a modo de enhorabuena. Gesto que ella le agradeció con una amplia y sincera sonrisa.

Cuando salieron del juzgado, fueron a buscar el coche. De camino a casa de Laura iban en silencio, ninguno de los dos se atrevía a hablar. Hasta que finalmente Brendam rompió el hielo.

– ¡Enhorabuena abogada! – le dijo animadamente. – Ya eres oficialmente mi compañera de bufete.

– ¡Gracias compañero! Pero, quiero mi propio despacho, contigo al lado no puedo disfrutar de un dulce como a mí me gusta.

– Si como a ti te gusta, es gimiendo como lo has hecho en el coche... Definitivamente necesitarás tu propio despacho. – Ambos empezaron a reírse un poco más relajados. – Oye, te dejo en casa y nos vemos después en la fiesta que ha montado el jefe. ¿O prefieres que pase a recogerte?

– No gracias, prefiero ir en mi coche. Así no beberé mucho para poder volver.

– Muy bien, pues nos veremos allí.

Llegaron frente a la casa de Laura, ella se despidió con la mano y él se quedó aparcado viendo como la guapa morena, desaparecía por el portal.

Laura subió por las escaleras lentamente. Estaba agotada, no solo físicamente, mentalmente estaba destrozada. La guerra psicológica desarrollada en el juicio la había dejado ko. Y si le sumáramos la escenita del beso con Brendam, ya era para morir. *¡Por dios como besaba ese hombre!*, pensó y la erección que notó en su vientre mientras la besaba, *¡Madre mía!* Gritó al pensar en ella. En ese momento los calores hicieron acto de presencia, necesitaba una ducha y aliviar tensiones de alguna manera. Así que, ¿qué mejor que terminar ese orgasmo frustrado de esta mañana?

Se fue derecha a su cuarto, se desnudó y volvió a preparar su juguete. Esta vez nadie le interrumpiría, puso el móvil en silencio y se relajó en la cama. Unos diez minutos más tarde, un magnifico, satisfactorio y sonoro orgasmo se apoderó de ella. Toda la tensión acumulada del día se desvaneció enseguida. Esta vez sin interrupciones, había conseguido alcanzar el éxtasis, con su gran amigo morado. Después de la maravillosa experiencia, se levantó y se fue a la ducha, para terminar de conseguir la relajación completa.

Brendam, que ya estaba llegando a su casa, no paraba de darle vueltas a la cabeza. El beso que le había dado a Laura lo traía loco. Con ese beso se había dado cuenta de lo mucho que la deseaba. Pero ella, se apartó enseguida, aunque también

era cierto que había notado como ella se entregaba. Así que estaba seguro de que también sentía algo. Esa noche, en la fiesta, tenía que hacer algo. Debía conseguir su propósito y hablar con ella. Quería contarle que sabía lo del local, que le asustaba pero al mismo tiempo la curiosidad le invadía la mente. Y sobre todo, él quería formar parte de ella. No soportaba la idea de imaginársela con otro hombre. La quería enteramente para él, y si ella quería practicar Bds, él aprendería lo que fuese necesario por complacerla.

Una vez en su piso, se metió en la ducha para poder relajarse y aliviar las tensiones acumuladas durante el día. El agua caliente resbalaba por su cuerpo, relajando cada músculo engarrotado de su espalda. Se quedó con la cabeza apoyada en la pared mientras dejaba que su cuerpo se calmase. Solo tenía en mente a Laura. Estaba desesperado, no entendía por qué tanta obsesión con ella. Después de un rato bajo el agua, decidió salir y ponerse en marcha para la fiesta a la que debían acudir.

Llegó a la recepción del hotel y allí estaba Don Tomás junto a su bella y encantadora esposa Isabel. Como buenos anfitriones, estaban junto a la puerta del salón donde se celebraba el evento, dando la bienvenida a todos los asistentes. – Buenas noches. – saludó Brendam a la pareja. Isabel le miró con una sonrisa cariñosa y Don Tomás con una amplia sonrisa.

– ¡Enhorabuena campeón! una vez más lo has logrado.

– Lo hemos logrado Señor, Laura al final ha jugado bien nuestras cartas.

– Estoy deseando conocer a esa chica. – comentó Isabel.

– No creo que tarde en llegar, hace un rato que la he dejado en su casa. – comentó Brendam.

– Bueno muchacho, pasa a la sala. Hay bebida y más bebida y algo para picar. ¡Disfruta!

Brendam se despidió de la pareja y se adentró a la gran sala. Allí estaban todos sus compañeros acompañados de sus respectivas parejas, o ligues. También vio caras conocidas, como algunos jueces y juezas. Y algún que otro abogado y abogada que no pertenecían a su bufete, pero sí que habían sido y eran buenos amigos de Don Tomás. Tras un buen rato de charlas, risas y anécdotas de los juzgados, comenzó a impacientarse. Laura aún no había llegado. Echó un vistazo por toda la sala para ver si la localizaba. Pero no hubo suerte. Entonces por el rabillo del ojo, vio a dos compañeros que se les transformaba la cara. Siguió sus miradas y se quedó de piedra. Allí estaba ella, preciosa era un calificativo que se le quedaba corto. No podía dejar de mirarla, parecía un ángel caído del cielo. Llevaba un vestido blanco, plisado de corte romano, con un cinturón dorado que le rodeaba la cintura. El vestido le llegaba un poco más arriba de las rodillas, dejando ver unas largas y estilizadas piernas, acompañadas de unos zapatos de tacón también de color blanco. El pelo lo llevaba suelto, ondulado. Y el maquillaje era perfecto, era tan suave que apenas parecía que fuese maquillada. Estaba simplemente perfecta.

Sus miradas se cruzaron y Laura le sonrió. Cuando vio esa sonrisa, un pinchazo atravesó su pecho, dejando a Brendam descolocado. ¿Que había sido eso? Un calor se fue apoderando poco a poco de su cuerpo, cuando vio que uno de sus compañeros se acercaba hasta ella y la invitaba a bailar. La rabia lo estaba consumiendo, Laura era suya y no quería que nadie más la tocara. ¿Pero que estaba diciendo? ¿Cómo iba a ser Laura suya? Ciertamente era que la deseaba, más que a cualquier otra mujer. Pero de ahí a pensar que era suya, había un trecho muy grande.

El cabreo que llevaba era tan grande, que en cuanto paso un camarero con las copas de champagne, le cogió dos y se las bebió de un trago. Después tuvo que ver como otro de sus compañeros, dejaba sola a su acompañante, para ir corriendo a bailar con Laura. Todos hacían cola por danzar con ella, todos babeaban por tenerla cerca. Los mismos que cuando llegó al bufete la ignoraron. *Hipócritas*, murmuró. El

cabreo iba en aumento, al mismo tiempo que lo iba haciendo el champagne...

Don Tomás que lo miraba desde lejos, no dejaba de reírse y de comentar las escenas con su mujer. – Mira el chaval Isabel. Lo está pasando realmente mal. – se carcajeó.

– ¡Ay Tomás! pobrecillo. ¿Tan enamorado está?

– Él aún no se ha dado cuenta, pero estoy seguro de que hoy ha reaccionado.

– Nunca he visto a Brendam con una mujer más de una noche. ¿Realmente crees que está enamorado de ella? Que por cierto es preciosa. No podía haber elegido vestimenta mejor para hoy.

– Isabel, parece mentira que seas mujer y no te hayas dado cuenta de cómo está el muchacho. Está loco por ella. Espero que esta noche, por fin se lance a por ella.

– Pues como no deje de beber, esta noche lo único que va a lanzar es... mejor ni decirlo. ¡Qué asco!

La pareja se quedó un rato más observando la escena. Laura con varios pretendientes haciendo cola para bailar con ella, mientras Brendam iba encendiéndose aún más y no dejaba de beber copa tras copa. La noche era larga, pero estaba claro que Brendam poco la iba a disfrutar.

Eran más de las tres de la madrugada, el joven abogado había perdido ya la cuenta de las copas que llevaba encima. Para colmo había perdido de vista a Laura durante un buen rato. Cosa que lo enervó aún más, pensando en que quizás estaba en alguna de las habitaciones del hotel, montándose con alguien. Candidatos desde luego no le faltaban. Entonces la vio aparecer del brazo de Isabel y suspiró aliviado. Las dos sonreían y lo miraban directamente. Entonces Laura se soltó del brazo de Isabel y se acercó lentamente hasta él. Lo hacía temerosa, precavida. – Hola Brendam. – dijo con la voz temblorosa. Él le correspondió con el típico saludo de muchos hombres. Cabeceando. – ¿Estás bien? – le preguntó.

– Estoy de puta madre nena, ¿no me ves? Estoy tan bien, que consigo a la tía que me da la gana. Ellas mueren por mí, no se me resisten. Y la única por la que realmente estoy perdiendo la cabeza..., ¡bah! ¿Y qué más da? ¡Estoy de coña! no te preocupes por mí, ves a seguir bailando con esos babosos hipócritas que te esperan, que yo me buscaré a una mujer que me haga disfrutar de la noche. – Laura lo miró dolida. ¿Por qué la trataba así?

Decidió no darle más vueltas, ¿quería que bailase? eso iba a hacer, y también a beber. Nunca lo hacía, pero esa noche, se iba a beber todo lo que pudiese. La noche era joven y ella también.

A la mañana siguiente...

– ¡Joder! – se despertó sobresaltado por una pesadilla. – ¿Se puede saber dónde narices estoy? – Dijo en voz alta. Miró a un lado y al otro. No reconocía la habitación. La cama no era la suya. Miró a su derecha y vio toda su ropa tirada por el suelo. Después miró a su izquierda, pero no había nadie. Pero sí que logró reconocer lo que era un sujetador negro enredado entre las sábanas. Enarcó la ceja al sacarlo de la pequeña enredadera que habían formado las telas. Era negro, de encaje y de un tamaño bastante considerable. No lograba acordarse de lo que había pasado esa noche. Estaba claro que se había pasado bebiendo. De repente, escuchó cómo se abría un grifo, como si alguien estuviese a punto de meterse en la ducha. Solo esperaba que la persona que estaba en ese baño le aclarase que es lo que había pasado. Su cabeza estaba nublada. La última imagen que le venía a la cabeza era Laura, vestida como una diosa. Estaba claro que se había pasado con la bebida, prueba de ello era el dolor que le martilleaba las sienes. Decidió quedarse tumbado en la cama, esperando a que la mujer que había en el baño duchándose saliese. Entonces escuchó cómo se paraba el agua. Los nervios acudieron a él. ¿Con que mujer de las

de la fiesta se había marchado? Estaba seguro de que Laura no era, ya que ella lo rechazó en el juzgado. Así que suponía que sería alguno de sus antiguos ligues. Si así era, aunque no lo recordase, seguro que había disfrutado la noche. De repente el pomo de la puerta giró, una mujer con el cuerpo envuelto en una toalla y la cabeza también, emergió de ella. – Buenos días dormilón, ¿quieres un café?

Capítulo 8

Brendam se quedó ojiplático. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había pasado eso? Sus ojos no daban crédito a lo que estaban viendo. No podía creérselo. ¿Cómo podía ser, que ella estuviese en la misma habitación que él? Y no solo eso, sino que la ropa interior de ella, estaba enredada con las sábanas. Maldita su suerte, no se acordaba absolutamente de nada. Era una broma muy cruel por parte del destino, lo que le estaba ocurriendo. – ¡Ey! – ella le puso la mano en el hombro para atraer su atención. Él se giró lentamente hasta encontrarse directamente con sus ojos. Después le miró los labios, que formaban una pequeña sonrisa. Verla sonreír le encantó. Estaba claro que la noche había estado bien, si no ella no estaría sonriente. Aunque también cabía la posibilidad de que hubiese sido una noche desastrosa y lo estuviese mirando con lástima. ¡Dios! Su cabeza no paraba de darle vueltas, le iba a estallar y no solo por la resaca. La volvió a mirar a los ojos y después inevitablemente le miró el cuerpo. Verla con la toalla enredada en sus sinuosas curvas, dejando los hombros al aire y las piernas visibles, lo excitó. Así que sin pensárselo, le agarró de la mano que tenía apoyada en su hombro y tiró de ella. – ¡Cuidado macho ibérico! – Brendam se carcajeó y le quitó la toalla. Se incorporó y tomó uno de sus pechos con la mano. Comenzó a estimulárselo, para después acercar la boca y chuparlo. Ella gimió y se abalanzó contra él. Hizo que quedara de nuevo tumbado en la cama, entonces como si fuese una experta amazona, cogió su pene y se empaló en él. Brendam echó la cabeza hacia atrás, estaba estrecha y penetrarla así le producía un gran placer. Ella comenzó a cabalgarlo con fuerza, como a él le gustaba. No se andaba con sutilezas. Brendam posó las manos en su cintura y se apretaba contra ella, para poder penetrarla completamente. Ella chillaba y gemía con pasión. Brendam quitó una de las manos y la subió, recorriendo lentamente su cuerpo, hasta llegar a su pecho. Le cogió del pezón y comenzó a pellizcárselo y tirar de él.

– Nena, estoy a punto de correrme. – Le dijo él con un hilo de voz. Ella también estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Así que aumentó el ritmo y la fuerza. Hasta el punto de que ambos alcanzaron el éxtasis a la vez. Salió de él, y se tumbó a su lado en la cama. Lo estaba mirando fijamente, observando cómo su pecho subía y bajaba rítmicamente recuperando poco a poco el aliento, cuando se giró hacia ella. – ¿Me puedes contar que pasó anoche? No me acuerdo de nada.

–No sé si tomarme eso bien o mal. – fingió sentirse ofendida. Pero cuando vio su cara de angustia le sonrió. – Tranquilo, soy consciente de que habías bebido mucho. Sabía perfectamente que cabría la posibilidad de que no recordases nada.

Brendam la miró aliviado y con cara de agradecimiento por sus palabras. Tal y como se encontraba, lo que menos le apetecía era que le reprochase no acordarse de nada. Aunque por otro lado se lo mereciese. – Y bien, ¿Qué ocurrió? ¿Cómo hemos acabado así?

–Pues vamos a ver...Yo estaba con Manolo, bailando, cuando de repente apareciste, y me dijiste que yo solo podía bailar contigo. Manolo al ver tu estado, prefirió apartarse para que no hubiese ningún jaleo. Yo sin embargo te dije de gilipollas para arriba. Me negué a bailar contigo. No quería saber nada de ti. Y menos borracho.

–Lo siento, menudo imbécil.

–No te preocupes, desapareciste, entendiste que no quisiera saber de ti. Pero luego fui yo la que te busqué.

– ¿Y eso porque?

–Por qué te vi en la barra, hinchándote a beber y me diste un poco de pena. Así que fui a por ti, no pusiste ninguna resistencia. Una cosa llevó a la otra...

–Y acabamos en una de las habitaciones del hotel. – le terminó Brendam la frase.

–Exacto. Te aclararé que solamente lo hicimos una vez, después del primer asalto te quedaste dormido. Pero una cosa te voy a decir y te lo permito porque anoche estabas borracho.

–Madre mía, no sé si quiero saberlo.

–Anoche no dejabas de llamarme Laura, y por si no lo recuerdas, mi nombre es Beatriz. No me ofendió, pero he de reconocer que hasta en sueños la has nombrado, y eso es algo que me ha molestado, un poquito, pero me ha molestado. Así que o aclaras lo que quiera que tengas con esa tal Laura, o acabaras muy mal. – Brendam no daba crédito. Se había pasado toda la noche llamando Laura a Beatriz. ¿Hasta dónde llegaba su obsesión por ella?

–Gracias, preciosa.

–No tienes que dármelas, es un gusto retozar contigo. Y ahora si no te importa, debería marcharme. Tengo trabajo que organizar en el despacho y volver a Londres la semana que viene.

Brendam le sonrió, desde pequeños habían compartido muchas cosas, eran buenos amigos. Incluso habían estudiado en la misma universidad. El día que Brendam decidió venir a España, ella se vino con él. Nunca se habían separado, al igual que nunca habían sido pareja. Solo tenían rollos esporádicos, en los que compartían cama. Siempre había sido un tema claro entre ellos, nunca había habido confusión alguna, aunque ella a veces diera señales de querer algo más.

Beatriz se levantó para vestirse y se marchó. Una vez ya solo en la habitación, se puso a pensar. ¿Laura lo habría visto? Seguro que hizo un ridículo espantoso delante de todos. Pero lo que realmente le importaba, era que podía haber pensado Laura de él. Solo había una forma de averiguarlo.

Eran las diez de la mañana, Laura estaba preparada para ir a correr. Se puso los auriculares, los enchufó a su Ipod y salió de su casa dispuesta a correr durante al menos una hora. Después había quedado para comer e ir de compras con sus dos mejores amigas, Cristina y Lola. Le dio al play y por los auriculares comenzó a sonar la melodía de *Hometown Glory* de Adele, pero una versión cantada por James Arthur.

***“I like it in the city when the air is so thick and opaque
I love it to see everybody in short skirts
Shorts and shade
I like it in the city when two worlds collide
You get the people and the government
Everybody taking different sides”***

Empezó a correr por un parque al que ella solía ir cerca de su casa, con la música a volumen máximo y con el aire dándole en la cara, conseguía desconectar del mundo. Lo necesitaba, sobre todo después de tener que aguantar la noche anterior, ver como Brendam tonteaba con una chica. Y encima verlos marcharse juntos por uno de los ascensores. Estaba claro que iban a pasar la noche en la misma cama. Eso a Laura le terminó de arruinar la suya. No lo soportaba. *¡Céntrate!*, se reprochó a sí misma. Siguió corriendo. Le gustaba sentir el aire en la cara, mientras corría. Así se centraría en ella misma y no pensaría en nada más. Las canciones iban pasando de una a otras y transportando a Laura a las historias que cada una relataba. Pasada la hora que tenía prevista para hacer ejercicio, volvió a su casa. Se duchó, se arregló y fue al encuentro de sus amigas. Le esperaba una tarde de chicas por delante. Algo que le hacía falta, siempre que quedaban lo pasaban en grande. Y si se trataba de ir de compras, mucho

mejor.

Habían quedado a las dos en un restaurante italiano, al que solían ir mucho. Puntual como siempre, Laura llegó a la puerta del restaurante. Al no ver a nadie fuera, decidió enviarles un mensaje al grupo de *whatsaap* que tenían.

“¿Por dónde estáis?”

No tardó en recibir la primera respuesta.

“Ya llevo, ya llevo.”

Contestó Cris, que luego añadió un icono de una sonrisa.

“¡Y yo!”

Contestó Lola. Vaya dos, si querías quedar con ellas a las dos, lo mejor era decirles que quedábamos a la una y media y aun así, llegarían tarde. Ellas eran así, pero aún con eso, las quería con locura. Después de un cuarto de hora, por fin aparecieron. Las tres se abrazaron, llevaban más de tres semanas sin verse. Laura había estado muy liada y aunque hablaba cada día con ellas, las echaba de menos.

Entraron en el restaurante, tenían la mesa ya reservada. Se sentaron y empezaron a hablar y hablar de sus cosas. Aunque ya las sabían por que se escribían a diario, no era lo mismo que contarlo cara a cara. Estuvieron cerca de casi dos horas en el restaurante. Tras los postres y el café, pidieron la cuenta. – Bueno, ¿por dónde empezamos? – preguntó Cris.

– Si os parece podemos ir primero por toda esa zona del casco antiguo y después paramos a merendar. – Dijo Lola.

– Perfecto, pues vayamos a darnos unos caprichos que nos los hemos ganado. – Dijo Laura. Las tres se encaminaron calle abajo, recorriendo una a una las tiendas que más les llamaba la atención. Juntas y de compras, eran peor que las chicas de "Sexo en Nueva York". Eran casi las ocho de la tarde, cuando decidieron sentarse en una terraza a tomar algo. Las tres pidieron una coca cola zero y un par de tapas para acompañar. Estuvieron hasta cerca de las once, así que como ya era tarde y habían medio cenado, decidieron que ya era hora de volver a sus respectivas casas. El día había sido agotador, Laura no podía con su cuerpo. Se puso el pijama, se metió en la cama y su último pensamiento fue, mañana será otro día.

Eran las doce del mediodía, cuando abrió los ojos. Había dormido doce horas, estaba claro que el día de ayer la dejó agotada. Se puso boca arriba en la cama y se quedó durante un rato mirando al techo, hasta que escuchó el zumbido de su móvil. Al mirarlo se sorprendió. Era un mensaje de Marcos.

“¿Te apetece que quedemos hoy para comer?”

Se quedó pensando en qué hacer. Estaba claro que buscaba algo más que comer con ella. Pero era raro que él diera el paso de invitarla. Finalmente dejó de darle vueltas a la cabeza y decidió aceptar la invitación. Total, se conocían lo suficiente para saber lo que buscaban el uno en el otro.

“¿Me recoges en una hora?”

Brendam estaba en su casa, entre el juicio y la fiesta no había parado. Estuvo todo el día recuperando trabajo atrasado. El quedarse un día encerrado, le sirvió para ponerse al día. Pero hoy no iba a hacer lo mismo. Hoy iba a salir a comer por ahí.

Quería disfrutar del sol y del estupendo día que hacía. Llamó a su amigo Izan para quedar con él, e ir a comer. Terminó de arreglarse y se marchó a recoger a su amigo. Después de un rato dando vueltas para aparcar, consiguieron dejar el coche cerca del restaurante. Se apearon de él y fueron directos hacía la puerta del restaurante. Una vez dentro, les guiaron hacía la mesa que tenían reservada y les ofrecieron la carta. Estaban observado todo el listado de manjares que ofrecían, cuando Brendam escuchó una voz que le resultó familiar. Al levantar la vista de la carta, la imagen que vio, no le gustó nada. Ahí estaba Laura, preciosa como siempre y acompañada del hombre que vio junto a ella en el club. *¿Qué hacía con él?* Se preguntó así mismo totalmente ofuscado.

La mala leche se apoderó de su cuerpo. Izan que vio que su amigo se estaba alterando por momentos, decidió mirar en la misma dirección que él, para comprobar que era lo que estaba enfureciendo a Brendam. Entonces vio a una preciosa mujer, morena, alta. Llevaba unos vaqueros ceñidos a su figura, con unas botas negras de caña alta y una camisa de color rosada. El pelo lo llevaba recogido en una perfecta cola de caballo, dejando su cara a la vista. – Vale, ¿quién es la morenaza esa de ahí? ¿Y porque estas tan de mala leche? – preguntó Izan a Brendam, directamente y sin rodeos. El interrogado lo miró con cara de asesino. – ¡Eh abogadito! que no soy yo el que está con ella, así que las miradas de asesino para otro.

– Lo siento tío, pero es que no puedo. Me pongo de mala leche.

– No hace falta que lo jures, te tengo delante y estas rojo como un tomate.

– Es que no entiendo que cojones hace con él.

– Pues lo mismo que nosotros, digo yo. ¡Comer! – Izan se carcajeó, ganándose así, otra mirada de asesino por parte de Brendam. – Vamos a ver, ¿me explicas por favor?

– Ella es Laura, mi compañera de trabajo. Llevamos dos semanas codo con codo, en el mismo caso.

– ¿El que ganasteis el otro día?

– Sí, ese mismo.

– ¡La leche! ¿Esta es la tía que te tiene loco? La del club que me comentaste. – Brendam lo miró y asintió con la cabeza. – ¡Joder! ¡Está muy buena tío!

– Gracias por el descubrimiento, pero para tu información tengo ojos en la cara.

– ¡Buah! te has puesto a la defensiva, está claro que estás colado por ella.

– ¿Que dices? ¿Estás loco o qué? Yo nunca me he colado por una mujer.

– Pues alguna vez tenía que ser la primera y justo con ese pedazo de ejemplar. ¡Eres mi ídolo tío!

– Deja de decir gilipolleces.

– Vamos a ver Brendam, tú no te has visto pero te has puesto peor que una furia, cuándo le has visto entrar por la puerta acompañada de ese hombre. Y ahora mismo estás que te subes por las paredes. – Aunque no quisiera reconocerlo, Izan tenía razón. La sensación de verla entrar fue maravillosa, pero cuándo detrás de ella apareció ese hombre, algo en su interior le hizo sentirse herido. Tenía que hacer algo, pero no sabía el que.

Pasaron un par de horas, en las que Brendam no podía apartar la mirada de la mesa en la que estaba Laura. Apenas había probado bocado, tenía el estómago cerrado. Izan, sin embargo, la situación le parecía de lo más cómica. Sobre todo porque su amigo siempre se había reído y cachondeado de él, por haberse enamorado, ahora las tornas habían cambiado. Él también estaba enamorado aunque no quisiese reconocerlo. Lo mejor de todo es que la tal Laura, ni se había percatado de la mirada furtiva que tenía encima desde hace unas horas. Estaban terminando el postre, cuándo Brendam se tensó de repente. – ¿Que ha hecho ahora la morena? – le preguntó en tono de guasa.

– Se va, se va con él.
– Hombre, pues lógico, han venido juntos.
– Tengo que seguirla, tengo que saber a dónde van. – Izan se atragantó.
– Tú estás fatal colega, ¿pero cómo vas a seguirla? Como te pille se te va a caer el pelo tío.

– ¿Puedes volver tu solo a casa? ¿Te importa?

– ¿Pero me estas escuchando Brendam?

– Sí, sé que no debo hacerlo, pero no puedo evitarlo. Necesito saber a dónde van.

– Está bien, ves y después me cuentas que ha pasado. Pago yo. Anda vete ya antes de que me arrepienta.

– Gracias tío. – Chocaron las manos y salió disparado en busca de la pareja que acababa de salir. Para casualidades de la vida, había aparcado cerca de donde él tenía el coche. Así que no le resultó difícil seguirlos. Tras un cuarto de hora detrás de ellos, Brendam ya tenía claro hacia donde se dirigían. Sin duda alguna, iban al club. Una vez dentro, reconoció a varias personas, que estaban el primer día que entró en ese lugar. Buscó a Laura con la mirada y la encontró sentada en una de las barras tomando una copa. Estaba sola. El tipo ese no estaba con ella. Decidió que esa era su oportunidad para acercarse y sorprenderla. Se encaminó decidido hasta ella. Al llegar a su lado, posó una mano en su hombro para captar su atención. Cuando ella se giró y lo vio se quedó blanca.

Laura no reaccionaba, ¿cómo era posible que Brendam estuviese allí? Llevaba años yendo a ese club y nunca, nunca había coincidido con él. – Pero, ¿se puede saber qué narices estás haciendo tú aquí? – le preguntó ella.

– He venido a buscarte, necesito hablar contigo.

– ¿Y has venido a buscarme precisamente aquí? ¿No podías haber llamado por teléfono?

– Sí, podía haberte llamado, pero hemos coincidido en el mismo restaurante, ni me has visto. Y he decidido seguirte hasta aquí. – Laura no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Que la había seguido?

– ¡¡Pero a ti se te va la olla!! ¿Cómo que me has seguido? ¿Quién te has creído que eres?

– Laura, sé que es de dementes lo que he hecho, pero créeme cuándo te digo que todo tiene una explicación. Concédeme un poco de tiempo, vayamos a un lugar más tranquilo y te explicaré todo lo que quieras. – Laura se quedó pensando, había ido allí con Marcos, si desaparecía se preocuparía. Pero por otro lado la curiosidad por saber que había impulsado a Brendam a actuar de esa manera, la estaba matando. Así que cogió un papel y bolígrafo de su bolso y le escribió una nota a Marcos. Después habló con la camarera y le pidió que se la entregara.

– Espero no arrepentirme de esto Brendam. – le dijo, mirándolo fijamente a los ojos.

– Ni yo preciosa. – Ese piropo la hizo sonreír, cogió la mano que Brendam le tendía y salieron del local. Como Laura no había traído el coche, se montó en el de Brendam. Cuando quiso darse cuenta, había llegado al piso de él. *Chico listo, a su terreno, seguro que así se sentirá más seguro.* Pensó en su interior. –Espero que no te importe, pero te he traído a mi casa, porque no quiero invadir tu intimidad. Y lo que quiero hablar contigo no quiero hacerlo ni en una cafetería ni en el coche.

– No te preocupes Brendam. Todo bien. – él le sonrió y a ella verlo un poco más relajado le gustó.

Subieron por el ascensor hasta un séptimo piso. Al salir de él, solo había dos puertas, vio que Brendam se dirigía a la derecha y lo siguió. Al entrar se quedó alucinada. El piso era enorme, muy bien decorado, pero sobretodo luminoso. – Que

bonito es tu piso Brendam.

– Y eso que solo estás viendo el salón. – le guiñó un ojo. – ¿Quieres ver el resto? – Laura asintió contenta. – Ven conmigo. – Y le ofreció de nuevo de la mano, la cual ella aceptó. No se la soltó ni un solo momento. Le fue enseñando las distintas estancias con la mano bien sujeta, como si se fuese a perder cuando la soltase. No sabía por qué, pero la sensación de ir de su mano, le gustaba, se sentía cómoda. Una vez terminado el tour, regresaron al salón. Brendam le ofreció café a Laura, que lo aceptó gustosa. Preparó la cafetera y lo trajo acompañado de un plato con pastas. Se sentaron en el sofá, se sirvieron el café, después echaron mano de las galletas. Laura no podía más, la curiosidad la invadía. – Brendam, no le des más vueltas y di lo que tengas que decir. – Él la miró fijamente a los ojos.

– Laura, me tienes loco. No dejes de pensar en ti. Verte con otro hombre me supera. No quiero, no puedo soportarlo, me corroe la rabia por dentro. Quiero que seas mía.

Capítulo 9

- ¿Que has dicho? – preguntó Laura anonadada.
- Ya me has oído princesa, no dejo de pensar en ti.
- Pero, ¿desde cuándo?
- Me atrevería a decir, que desde ese primer beso. Pero me he negado a reconocerlo hasta hoy.
- ¿Y por qué hoy?
- Porque, al verte entrar con ese hombre en el restaurante, me hervía la sangre. Quería ser yo, el que te llevase a comer, a pasear. O sentarnos en el sofá con un bol de palomitas y ver una película. Y hoy, precisamente hoy, ha sido cuándo me he dado cuenta de lo que quería.
- No sé qué decir, esto me viene de sorpresa. La otra noche fuiste tan desagradable conmigo. Y después te fuiste con una mujer. No sé cómo quieres que me crea lo que me estás diciendo.
- Porque es verdad. Sí me fui con una mujer y pase la noche con ella. Además borracho. Tanto que no me acuerdo de nada de esa noche. Ni siquiera de haber hablado contigo.
- Pues no fuiste muy amable. Si te soy sincera me dieron ganas de arrearte dos guantazos.
- Habérmelos dado. Seguramente me lo tenía merecido. Aunque también te digo, que si fui estúpido, o no muy agradable, seguramente lo hice para alejarte de mí.
- Es lo que conseguiste, que me alejase de ti. –Brendam le cogió una mano y la entrelazó con las suyas.
- Lo sé princesa. Pero ahora me niego a que te alejes de mí. Quiero que estés a mi lado, que no te separes. Nunca una mujer había conseguido captar mi atención como lo has hecho tú. En la vida he ido detrás de ninguna. Nunca he sentido rabia de ver a una mujer, con la que haya estado, con otro hombre, celos, ¡jamás había sentido celos! Y todo eso es porque nunca antes había sentido por alguien, lo que ahora mismo siento por ti. – Sin que ella lo esperase, Brendam tiró de su mano atrayéndola hasta él, sorprendiéndola. Juntó sus labios con los de ella, lentamente fue besándola y acariciándole el borde de sus labios con la punta de su lengua. Entonces una de las manos de Brendam fue directa a su coleta y tiró de ella. Consiguiendo que Laura entreabriese los labios y tener acceso directo al interior de su boca. No tuvo más que rendirse a ese cálido y apasionado beso. Un beso que le recordó lo que era sentir, lo que era el saber que alguien piensa en ti. Un beso que le recordó exactamente lo que ella no quería, el amor. Ella no quería sentir, quería disfrutar. Mucho había sufrido ya, lo que quería era disfrutar del sexo y de los hombres, tanto en el modo convencional como en el BdsM.
- Laura se apartó de golpe, interrumpiendo el beso, Brendam la miraba desconcertado. Acababa de abrirse a ella, de mostrarle sus sentimientos y volvía a dejarle con el beso a medias. – No puedo Brendam. – le dijo Laura de repente.
- ¿El que no puedes? – preguntó molesto.
- No puedo darte lo que me pides, tú me pides exclusividad y yo por ahora no puedo proporcionártela.
- ¿Por qué no si puede saberse? Que yo sepa estás libre.
- Laura lo miró a los ojos. *¡Vamos a soltar el bombazo!* Pensó en su interior.
- Verás Brendam, el club donde me has encontrado hoy, es un club diferente.
- Ya lo sé, es un club de BdsM. – Laura lo miró extrañada. – Ya te había visto entrar allí en una ocasión y decidí meterme allí dentro. Vi cosas que me parecieron

surrealistas, después una mujer se acercó a mí y me preguntó si yo era Amo. Estuvimos hablando un rato, me explico varias cosas y al llegar a casa investigué por mi cuenta.

– ¿Me seguiste también ese día? – le gritó Laura.

– Bueno, la verdad es que sí. Ese día te seguí, porque llevabas toda la santa semana huyendo de mí. Salías disparada del bufete. Y el día antes del juicio, ya se me hincharon los huevos, así que decidí seguirte y como imaginarás mi cara de gilipollas al entrar a ese lugar, era de campeonato. No conocía que existiese esa clase de mundo, ni que tú lo practicas. Aunque he de reconocer, que imaginarte a ti en según qué situaciones, me la ponía dura como una piedra.

Laura comenzó a carcajearse, nunca en la vida le había pasado algo igual. Persecuciones, investigaciones, esto era peor que una película de espías. Lo que le sorprendió más, era ver lo bien que se había tomado Brendam el mundo del Bdsm. Incluso reconocía que ciertas situaciones le excitaban. Quien sabe al igual podría hallar en él un amigo más con el que practicar y tener sesiones. La cuestión es, él sería Amo o tendría alma de sumiso. A Laura le empezó a picar la curiosidad, lo mejor sería que un día lo llevase al club y que viese cómo ejercería de Ama. Y si no le gustaba, entonces le mostraría una sesión para que el viese como es ser Amo y tener una sumisa a su cargo, para que fuese aprendiendo. – ¿No estás enfadada por haberte seguido?

– Sí, sí que lo estoy, pero resulta cómico. ¿Ibas camuflado en el coche, con sombrero, gabardina y gafas de sol? – le preguntó con tono sarcástico.

– Es usted muy graciosa señorita Méndez. – le replicó divertido. – He de reconocer que al principio me asusté un poco con todo esto. Pero ahora me llama mucho la atención todo este mundo.

– Yo te mostraré lo que quieras, pero debes de tener una actitud abierta. Pero sobretodo ser muy respetuoso.

– Parece mentira que no sepas, que en ciertas ocasiones, se comportarme como un caballero. – le guiñó un ojo.

– Sé que sabes comportarte, pero no se trata de ser un caballero, se trata de ser serio, amable y educado. Pero sobretodo muy respetuoso.

– Está bien, lo pillo. ¿Y qué vamos a hacer? – Laura lo miró extrañada. – Nosotros, tú, yo. Me acabo de abrir a ti, me has dicho que no me puedes dar exclusividad. Pero yo sigo queriendo que seas mía.

– Brendam... – le dijo en tono de advertencia.

– No, Brendam no.

– Sí, Brendam sí. No debemos complicar más las cosas.

El abogado se enfadó, como si fuera un crío al que le habían quitado su juguete favorito. ¿Cómo era posible que esa mujer, fuera tan fría? Nunca se había expuesto tanto sus sentimientos y a ella parecía darle igual. La furia y la rabia se apoderaron de él y se abalanzó sobre ella. Laura quedó tumbada en el sofá con el peso del cuerpo de Brendam encima. Entonces juntó sus labios con los de ella y la besó rudamente. Al principio se resistió, pero el calor que sintió, al tener ese imponente cuerpo encima, pudo con su voluntad y se dejó llevar. Entreabrió los labios y se abandonó, dejándose devorar por aquella insaciable boca.

Brendam se estaba conteniendo, pero al ver que ella se entregaba, todo su autocontrol se vino abajo, dejando paso a la pasión. Comenzó a desnudarla con ansia, quería hacerla suya cuanto antes. Ella lo siguió, desnudándole a él también. Los dos se estaban dejando llevar, por algo que llevaban semanas aguardando. La ropa voló por encima de sus cabezas y se quedaron en ropa interior. Brendam se separó un poco de ella, para deleitarse mirando su cuerpo. Para él, era perfecta. Le bajó una tira del sujetador y después la otra. Ella se incorporó un poco arqueando la espalda y se

desabrochó el sujetador, dejando libres sus pechos. Brendam se abalanzó sobre ellos, los degustó y devoró con deleite. Los chupó, lamió y mordisqueó. Después los cogió con sus manos, y con los dedos los comenzó a pellizcar y a tirar fuerte de ellos. – Ahhh – gimió Laura. – Me encanta que me hagas eso. – Ese comentario le gustó a Brendam. Y le recompensó con una media sonrisa en sus labios. Entonces Laura al ver que Brendam estaba intentado complacerla con un tipo de sexo fuera del habitual, o como en el Bdsm lo llamaban vainilla, decidió dejarle experimentar un poco. – Brendam, déjame incorporarme. Vamos a probar algo. – Él la miró extrañado, pero obedeció. Se quitó de encima y entonces observó como ella se posicionaba a cuatro patas en el sofá. – Vale, vamos a probar con unas cuantas palmadas. Quiero que me vayas dando, irás viendo que mis nalgas van enrojeciendo. No te preocupes por ello, a mí me excita. Si en algún momento, ves que no puedes, que es superior a ti, paramos sin problemas. – Brendam asintió. – Bien, quiero que te pongas de pie a mi lado y comiences a darme. Debes golpear por esta zona. – Laura le indicó con su mano justo por el centro de sus cachetes. – Sin miedo, dame fuerte. Pero no con todas tus fuerzas. – le guiñó un ojo. Eso le dio un poquito más de tranquilidad y confianza. Miró a Laura, como estaba colocada en posición, esperando la primera palmada. – ¡Zas! – Brendam se miró la mano, ¿cómo había ido a parar ahí?, si ni siquiera había tomado la decisión de comenzar. Vio que Laura no decía nada, así que le dio otra, esta vez un poco más fuerte. Ella gimió y a él se le endureció de golpe. Entonces una sucesión de palmadas se abrieron paso, mientras iba observando como ella disfrutaba, gemía. De vez en cuando posaba la mano en su vagina, de esa manera comprobaba lo húmeda que estaba. Se sorprendió al comprobar que realmente estaba excitada, muy excitada. Lo curioso era que también él estaba tremendamente excitado. Jamás pensó que algo así lo pondría tan caliente y duro. Las nalgas de Laura ardían, estaban rojas, parecían fuego. Ver las marcas de sus palmas en las nalgas, le volvía loco. – Pellízcame los pezones con una mano, mientras con la otra sigues azotándome. – Solicitó Laura con un hilo de voz. No dudó y siguió sus órdenes al pie de la letra. Estaba excitadísimo. Jamás hubiera imaginado algo así. Laura gimió y Brendam ejerció más presión en sus duros pezones. – Pellizca y estira. – le pidió ella. Y al hacerlo chilló, convulsionó, algo que consiguió que su miembro se endureciera más, hasta el punto de llegar a dolerle.

– Nena, no puedo más. Voy a follarte. – Y sin darle tiempo a responder, se colocó un preservativo, se situó detrás de ella y la penetró de una sola estocada. El gemido de ella y el gruñido de él, solo significaba una cosa. Pura satisfacción, puro placer. Se quedó quieto en su interior, esperando a que su vagina se adaptara a su gran envergadura. Notó como ella comenzó a moverse de adelante hacia atrás, buscando la plenitud de su verga. Brendam en un acto reflejo le dio un azote en el culo para que se estuviese quieta y le dejase a él marcar el ritmo. Después le cogió de la coleta que llevaba hecha y se la enredó en la mano. Tiró de ella, haciendo que Laura echara la cabeza hacia atrás y arqueara levemente su espalda. Cuando la tuvo como él quería, empezaron las embestidas. Primero lentas, iba poco a poco metiendo y sacando su miembro del interior de ella. Cuando notó que su sexo estaba completamente listo para él, aumento el ritmo. Se deshacía de placer en cada penetración. La sacaba prácticamente entera, para después penetrarla de nuevo de una sola vez y con fuerza.

– Más, más. – Le exigía Laura, que estaba disfrutando, lo que llevaba semanas esperando. Por fin tenía a Brendam entre sus piernas y le encantaba.

Los jadeos y los gritos iban en aumento, el placer se estaba apoderando de ellos. Los estaba consumiendo lentamente. Brendam notó como la vagina de Laura se contraía y en consecuencia estrangulaba su miembro en cada embestida. Esa contracción que atrapaba su pene en el interior de ella, lo iba acercando más y más

hacia la cúspide. – Nena, estoy a punto de correrme. –

– Yo también.

– Muy bien, los dos a la vez. ¿Estás lista?

Laura asintió y notó como el ritmo de las penetraciones iba aumentando cada vez más. Los golpes eran secos, rudos. No podía más, estaba a punto de llegar al orgasmo, gimió una vez más y entonces escuchó que Brendam gruñía. – ¡Ahora! – y con esa palabra, como si de un interruptor se tratase, su cuerpo comenzó a vibrar, a contraerse. Un torbellino de sensaciones se desató en su interior, provocándole uno de los mayores orgasmos de su vida. Brendam se quedó estirado encima de ella, acompasando la respiración. Se sentía más que satisfecho. Nunca había experimentado una eyaculación como esa. Notaba a Laura debajo de él, aún jadeante. Entonces creyó que sería conveniente quitarse de encima para que pudiese descansar y relajar su cuerpo.

En cuanto lo hizo Laura sintió un vacío. La sensación de soledad y el miedo se apoderaron de ella. Se incorporó rápidamente, cogió toda su ropa y comenzó a vestirse rápidamente. Brendam la miraba, no entendía muy bien que era lo que estaba sucediendo. – ¿Se puede saber que estás haciendo? – pero ella no le contestaba. – ¡Ey! ¡Que te estoy hablando! – Pero nada, seguía sin mirarle ni hablarle. Entonces se acercó hasta ella, la tomó del brazo, pero se zafó de su agarre. Terminó de vestirse y sin mirar atrás se marchó sin mediar palabra y sin dar ningún tipo de explicación. Dejando a un Brendam tan confundido y sorprendido, que no había conseguido ni parpadear.

Laura salió a la calle a grandes zancadas, apenas podía respirar. El pánico se había apoderado de ella y la había hecho salir huyendo. No comprendía que era lo que le había pasado. Todo estaba marchando bien. Pero en cuanto Brendam salió de su cuerpo, un sentimiento de abandono se hizo eco en su mente y en su cuerpo. Ese sentimiento provocó que se asustara y decidió que lo mejor era alejarse de él. Pero... ¿hasta qué punto podía Laura mantenerse alejada de Brendam? Esa era una pregunta muy fácil de contestar. Simplemente no podía. Estaba sentenciada, desde el mismo momento en que había dejado que ocurriese lo que tanto había ansiado. Tenerlo en su interior, dejar que sucediese, no había sido la mejor de sus ideas. Pero debía ser fuerte y no volver a caer en sus brazos. Ya le había dado a probar parte de lo que él le estaba pidiendo. Si quería seguir en este mundo, lo mejor era que lo hiciese por su cuenta. Y no junto a ella. De esta manera ambos podrían convivir mejor laboralmente. ¡Mierda! Gritó de repente, ganándose la mirada de reproche de una anciana que pasaba por su lado. No había caído en que al día siguiente iba a tener que rendirle cuentas de porqué se había marchado así. Por suerte para ella, mañana ya tendría despacho propio, así que podría encerrarse y no salir de ahí. Pero que tonterías estaba pensando, no podía quedarse encerrada todo el día. Tendría que salir para ir al baño, para comer y luego para volver a su casa. El encontronazo era inevitable, la conversación la podría esquivar uno, dos días como mucho. Pero estaba segura de que Brendam no la iba a dejar marchar así, querría explicaciones. ¿Qué podía decirle? ¿Qué ese polvo, había significado más para ella de lo que se esperaba? No, no podía decirle eso. No podía mostrarse vulnerable, ante alguien que claramente, era un hombre a quien no le faltaban mujeres. ¿Por qué atarse a una, cuando podía elegir pasar la noche con quien quisiese? Y por otro lado, ¿Estaba ella preparada para tener una relación? No, definitivamente no.

A la mañana siguiente, Laura se levantó más temprano de lo habitual. Su plan era llegar la primera al bufete y encerrarse en su nuevo despacho. Cuando llegó y entró en él, una sensación de alivio le recorrió el cuerpo. Se quedó con la boca abierta nada más entrar en él. Era una sala muy amplia y bien equipada. Tenía su mesa de

despacho, con una silla, que tenía pinta de ser muy cómoda, acompañada de dos más detrás de la mesa, para que sus clientes pudiesen sentarse. Encima de la mesa le esperaba un magnífico ordenador, de la marca *Apple*, acompañado de su impresora. También tenía un maravilloso sofá de piel, en blanco y frente a él una preciosa mesita de cristal. Estanterías llenas de libros de derecho. *¡Coño! ¡Una nevera!* exclamó al verla. Al fondo de la estancia, observo que había una puerta. Se acercó hasta ella, y una sonrisita se instaló en su cara. *¡Tengo baño propio!* Chilló llena de alegría. Ahora sí que estaba segura de poder permanecer enclaustrada en su propio despacho, para poder evitar a Brendam. *¡Mierda! Espero que este despacho tenga pestillo en la puerta,* pensó mentalmente. Ya que de no ser así, de poco servirían sus artimañas, él podría entrar allí cuando se le antojase y no le iba a montar un espectáculo para poder echarlo de su despacho. Eso sería algo poco profesional por su parte.

Cuando salió del baño, se encontró con dos sorpresas más. Tenía su propia máquina de café, lo cual, le daba más ventaja. Así no tendría que salir a la sala a por él. Lo que le impactó más fue la otra sorpresa, más que nada, porque al entrar en el despacho no estaban ahí. Y ahora de repente, un enorme ramo de rosas rojas, resplandecía sobre la mesa del cristal que había frente al sofá. ¿Cómo habían llegado a parar ahí esas flores? Miró hacia la puerta del despacho y vio que estaba cerrada. Ella no la había cerrado. Quien fuera que le había traído las flores, lo había hecho mientras ella curioseaba por el baño. Además había tenido el detalle de ser más sigiloso que un fantasma y cerrar la puerta tras de sí al marcharse.

Se acercó hasta el ramo y se puso a contar las rosas que en él había. Un total de veinticuatro rosas. Eran preciosas, de un rojo sangre y sobre todo, frescas. Desprendían un aroma, que te envolvía en ellas. Observó que entre las flores había una tarjetita. Cuando la abrió, se echó a temblar.

“Espero que tu nuevo despacho, sea de tu agrado. Hemos intentado hacerlo lo más confortable que hemos podido, para ti. Bienvenida al bufete Srta. Méndez.

PD: Ayer te escapaste de mí, no pienses que hoy lo harás. Tenemos una conversación pendiente, que no pienso dejar correr.

***Besos,
Brendam.”***

Poco más y casi se desmaya al leer la tarjetita. Había sido Brendam, quien minutos antes, había estado en su despacho. Estaba claro que había adivinado sus intenciones. Y que además no iba a rendirse, ni a dejar pasar la situación. Se sentó nerviosa en el sofá, planteándose que decir, que hacer. Entonces reunió coraje, se incorporó y pensó que la mejor manera de no pensar, era ponerse a trabajar. Y así lo hizo. Se sentó en su preciosa y cómoda silla de despacho y encendió su ordenador. A media mañana, su cuerpo y su mente necesitaban un café. Cada vez que veía la cafetera dentro de su despacho, daba a dios gracias por tenerla ahí. Se levantó y mientras se preparaba la cafetera, alguien tocó a la puerta. El corazón le dio un vuelco. ¿Y si el que estaba tras la puerta era Brendam? ¿Qué hacía? No tenía escapatoria ninguna. Con voz temblorosa preguntó que quien era. Sintió un gran alivio, al reconocer la voz de Don Tomás. – Adelante Don Tomás, pase por favor. – le dijo, mientras le abría la puerta. – Sabe que usted no tiene que pedir permiso para entrar.

– Ay muchacha, es que llevas todo el día con la puerta cerrada y no he querido molestar.

– Bueno, es que he estado trabajando. Y con la puerta abierta, no puedo evitar sentirme observada.

– Ya te entiendo. ¿Cómo llevas ser la única mujer del bufete?
– Señor, no soy la única. – Tomás le sonrió.
– Cierto, pero me refiero a ser la única mujer abogada.
– Bien Señor, lo llevo bien. Supongo que poco a poco se irán acostumbrando a mí.

– Más les vale, porque espero tenerte muchos años junto a nosotros. – Laura sonrió. Nada le gustaría más, que labrarse una buena reputación con este bufete. – ¿Sabes? Eres la única que tiene todo esto en su despacho, aparte de Brendam. – Laura lo miró. – No me mires así, Brendam y tú sois mis letrados estrella, así que todo lo mejor para vosotros. De hecho la idea de ponerte todas estas comodidades fue de él. – *¡Vaya con el moreno!* Pensó Laura. – No pongas esa cara de sorpresa, es más detallista de lo que quiere aparentar. Y muy buen chico. – Laura lo miró extrañada.

– ¿Qué quiere decir Señor?

– No, nada... solo que creo que haréis buenas migas. – y una pequeña sonrisa maléfica se le formó en la comisura de los labios. Detalle que no le pasó desapercibido a Laura. – Bueno preciosa, no te entretengo más. Espero que te sientas a gusto entre nosotros.

– Seguro que sí Señor.

Cuando Don Tomás se marchó, se dirigió de nuevo a la cafetera y se sirvió un café. Se sentó en el sofá, se quitó los tacones que siempre acostumbraba a llevar y subió las piernas para acomodarse. Así que Brendam había acomodado el despacho, con todo lo que pudiera necesitar para que se sintiera a gusto. Todo un detalle por su parte. Jamás había pensado que fuera tan detallista. Aunque pensándolo bien, la imagen de gigoló que ofrece a todas, nada tiene que ver al Brendam que ayer le abrió sus sentimientos, de los cuales ella salió huyendo, después de una magnífica sesión de sexo con prácticas de Bds. Por lo que, después de todo, quizás es solo que el chico con respecto a las mujeres, se pone una máscara. Dejó el café sobre la mesita, y se recostó en el sofá. Los parpados le pesaban y dejó que vencieran el pulso que estaban librando. Se quedó dormida y su último pensamiento fue para Brendam.

Dulces, cálidos, suaves. Besos que recorren su garganta suavemente hasta llegar a su oreja. – Preciosa. – se escucha en un susurro. Algo caliente y húmedo roza el lóbulo de su oreja izquierda. La piel se le eriza, los pezones se despiertan de su letargo y se endurecen. Una mano los roza suavemente, provocando un gemido, apenas audible. Los besos siguen su recorrido por su mandíbula, hasta llegar a sus labios entreabiertos. – Serás mía. – se vuelve a escuchar otro susurro. Y de repente frío, el calor y la excitación han desaparecido.

Laura se despertó de golpe ¿Qué ha sido eso? ¿Ha sido un sueño? Entonces miró hacia la puerta y se dio cuenta de que no estaba cerrada del todo. Miró hacia la mesa de cristal y encontró una rosa junto a una nota.

“Te ves preciosa cuando duermes. Me encantaría admirar esa belleza, con tu cuerpo desnudo junto al mío. Te espero esta tarde, a la salida del trabajo, para que hablemos. No me falles.

Besos, Brendam.”

No, no había sido un sueño. Brendam había estado ahí, la había besado y acariciado. Todo lo que ella pensaba que era un sueño, era realidad. Este hombre no se rendía, y ella no sabía qué hacer. Si le seguía el juego, sabía que sería algo peligroso. Sacó el móvil y mandó un whatsapp a sus amigas.

“Nenas, a las 15h nos vemos en el Gino´s para comer, ¿os parece?”

Las respuestas no tardaron en aparecer. Ambas aceptaban la comida

inesperada que Laura había organizado. Gracias a eso, pudo seguir con sus intenciones y evitar de toda forma posible a Brendam.

Capítulo 10

Brendam estaba en su despacho, repasando varios informes pendientes, cuando su mente le jugó una mala pasada y trajo la imagen de Laura desnuda en el sofá. Miró el reloj y vio que era la hora de comer. Descolgó el teléfono y llamó a la extensión de ella para invitarla. Aunque la había citado por la tarde, sus ganas podían con él, si podía verla antes mejor. El aparato sonaba y sonaba, pero nadie descolgaba al otro lado de la línea. Colgó, esperó unos minutos y lo volvió a intentar sin éxito. Intrigado se levantó de su silla, salió del despacho y se dirigió al de Laura. Cuando estaba a punto de llamar a la puerta, su compañero Raúl llamó su atención. – Si buscas a Laura, hace una media hora que se ha ido. – Brendam lo miró extrañado y le agradeció la información. Volvió a su despacho, cogió la cartera, el móvil y se marchó a comer.

Pasadas las cuatro de la tarde, Brendam regresaba de almorzar. Se paró en recepción para ver si tenía algún mensaje. Le pasaron un par de notas de clientes que le habían llamado y se dirigió de nuevo a su despacho. Una vez en él, miró el teléfono y se preguntó si Laura ya habría llegado. Descolgó de nuevo y volvió a llamarla. Uno, dos, tres, cuatro, cinco tonos y nada. ¿Dónde narices se había metido esta mujer? Entonces recurrió a su siguiente opción. El móvil. Buscó su número en la agenda y le dio a llamada.

“El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura.”

Brendam miró el móvil con el ceño fruncido y se empezó a mosquear. Se acababa de dar cuenta de por dónde iban los tiros. Estaba claro, que ella lo estaba evitando a toda costa, y claro estaba que no se iba a presentar por la tarde. Muy bien, no quería echarle narices y tener el valor de hablar con él, pues bien, sabía muy bien dónde encontrarla. Así que iría en su busca.

Cuando entró en Shiba, se sorprendió. A pesar de ser lunes, el local estaba lleno de gente. Se situó en un rincón de la barra para poder observar quien había por allí. De repente divisó un rostro conocido y se quedó boquiabierto. El juez Márquez estaba allí, pero lo que más le impactó, fue verlo de rodillas, sentado sobre sus piernas, con una mordaza en la boca junto a una bellísima mujer. Ella vestía de cuero negro y mantenía al juez a su vera, sujeto por una cadena de perro. En un breve instante la mirada de Brendam se cruzó con la del juez, quien en pocos segundos, le mostró la mirada más asustadiza y llena de pánico que jamás había visto. Brendam enseguida le hizo un gesto para tranquilizarlo, en señal de que su secreto estaba a salvo. Algo que le agradeció asintiendo con la cabeza.

Entonces una figura femenina, cruzó la sala, vestía un corsé negro, unas medias liguero y tacones de aguja. El pelo lo llevaba recogido con un elegante moño. Era Laura. Ese cuerpo podía reconocerlo entre miles de personas. Iba acompañada de otra chica, que le seguía por detrás, ataviada con unos tacones rojos y una capa, nada más. Andaba unos pasos por detrás de ella y con la cabeza gacha. Las siguió con la mirada y observó cómo se metían en unos de los cuartos. No se lo pensó y decidió seguirlas. A hurtadillas se adentró en la habitación, se escondió detrás de un tapiz para poder observar tranquilamente y sin ser descubierto. Desde su posición divisaba perfectamente toda la estancia. Observó atentamente. La chica que seguía a Laura, estaba de rodillas en el suelo, con los brazos detrás de su cabeza. Laura estaba preparando todo un arsenal de juguetes y cuerdas. – Levántate. – Dijo Laura de repente. La chica obedeció de inmediato. – Acércate hasta la cruz, quiero que te

quedes de espaldas a mí y con las piernas abiertas. – La joven asintió y se colocó tal y como le había ordenado. – Inclínate un poco hacia delante. – Volvió a asentir y cumplió la orden. En esa posición cualquier hombre presente en la habitación, sería capaz de penetrarla.

Observó que Laura se acercaba a la mesa donde había preparado sus utensilios y cogió una cuerda. Ató los brazos de la chica a la cruz con fuerza. Entonces cogió un látigo de crin y un palo como de escoba, pero la diferencia es que al final del palo, había un consolador de tamaño considerable. Instintivamente sus manos viajaron hacia su pene. *Tranquilo, lo que importa es la calidad y no la cantidad.* Murmuró. Nunca se había parado a pensar en el tamaño de su pene, pero al ver semejante aparato se asustó un poco. – ¡Zas! – se escuchó de repente, seguido de un gemido. Brendam miró rápidamente hacia dónde provenía el ruido. Se quedó observando todos y cada uno de los movimientos de Laura. Como azotaba a aquella chica, como ella disfrutaba con cada golpe.

– Quiero que con cada azote que te dé, ladres como la perra que eres. – Le dijo Laura a la joven. Ella ladró en ese mismo instante. Los ladridos se agolpaban en las paredes de la habitación y el pene de Brendam estaba cada vez más y más duro. Solo tenía en mente coger a Laura y ponerla como ella tenía a la chica. En silencio, estuvo observando todo lo que hacían. Vio como Laura, después de arrearle unos cuantos azotes, dejarle el culo rojo y lleno de señales, cogió el gran palo con el súper pene de plástico. Asombrado se quedó cuando vio que el aparato la penetraba sin problemas. Era tal humedad por la excitación de la chica, que el pene la penetró de una sola vez. La joven gimió, entonces Laura sacó lentamente el consolador de su interior, para después volver a introducirse. Así unas cuantas veces, hasta que un hilo de voz interrumpió sus gemidos.

– Ama, pido permiso para correrme. – Entonces le sacó el consolador del todo, y lo echó a un lado.

– No. – Dijo tajante Laura. – No te correrás hasta que yo te lo ordene. ¿Entendido?

– Sí, Ama.– ¡Zas! – ¡Guau!

– Así está mejor, recuerda que eres mi perra. – Entonces Laura se acercó a ella y la desató. – Ves y siéntate en el sofá. Relájate, mientras preparo las cosas. – La muchacha obedeció y fue a sentarse en un sofá de piel negro, como le había ordenado. Brendam observaba con curiosidad a la chica. Después de la tunda que había recibido, estaba tal cual, como si nada. Cuando se sentó en el frío sofá, vio como una pequeña muesca de dolor, pero al mismo tiempo de alivio cruzaba su dulce rostro.

Laura se acercó hasta ella, se agachó y le separó las piernas. Posó su mano en su vagina y comenzó a estimularla. Entonces cogió y le colocó unas pinzas en los pezones que iban unidas por una fina cadena. – Ummm. – gimió. Entonces Laura se levantó y cogió una fusta. Se acercó de nuevo a ella, volvió a agacharse y con la mano libre le separó los labios vaginales. Comenzó a pasear la fusta por las piernas de la chica, ascendiendo muy lentamente. Mientras que con la otra mano le iba pellizcando el clítoris. La joven ya no sabía si ladrar o gemir. Comenzó a golpearle con la fusta en la parte interior del muslo y fue subiendo hasta llegar a su raja. Entonces una lluvia de pequeños golpecitos cayó sobre su clítoris. Era tal el placer que sentía, que ya no coordinaba bien sus movimientos. Se la veía inquieta, necesitaba correrse, pero su Ama no se lo permitía. – ¿Quieres que deje que te corras? – le preguntó con maldad. Pero la joven fue lista y le respondió que no con la cabeza. – Bien... así me gusta, que seas obediente. Solo te correrás cuándo yo te lo ordene. – La voz de Laura sonaba autoritaria, seria, pero muy sexy. Brendam estaba anonadado, esta mujer era un peligro para él, pero nada le excitaba más que correr el riesgo.

Siguió observando todos sus movimientos, como tiraba de la pequeña cadena,

estirando de los pezones de la chica. Entonces observó cómo se colocaba alrededor de su cintura, una especie de arnés.

Ese arnés, llevaba incorporado un gran pene. Menor que el del palo anterior, pero de tamaño considerable. La hizo levantar, colocarse de nuevo de espaldas a ella. La joven se puso a cuatro patas sobre el sofá, pero con el torso apoyado en el respaldo. Cogió un pequeño utensilio plateado, lo cubrió de saliva y se lo fue introduciendo lentamente por su ano. Una vez dentro, lo dejó ahí y volvió a cargar con la fusta. Se situó al lado de ella y fue deslizándola nuevamente por la cara interior de sus piernas hasta llegar a su vagina. Entonces comenzó a darle pequeños toques, de menor a mayor intensidad al tiempo que tiraba de la cadena, que unían las pinzas en sus pezones. Cuando creyó que ya era suficiente, Laura se colocó de nuevo detrás de la joven. Embadurnó el pene de plástico con lubricante y le quitó lentamente el tapón anal. Sin miramiento alguno, la penetró de una sola estocada, provocando que la chica arqueara la espalda de puro placer y gimiese. Una vez en su interior, esperó un tiempo prudencial, para que se relajara y su ano se adaptase al nuevo intruso. Cuando creyó que estaba lista, empezó a moverse, iba moviendo las caderas hacia adelante y atrás lentamente. Al ver que la penetraba con facilidad, fue aumentando el ritmo. Hasta que las embestidas se convirtieron en penetraciones, fuertes y certeras. La joven gemía y gemía, mientras Laura la penetraba. Llegó un momento en que los gemidos traspasaban el cerebro de Brendam. Se estaba volviendo loco y estaba deseando que acabasen. Tenía claro, que en cuanto la joven se marchase de la habitación, iba a coger a Laura y la iba a hacer suya.

De repente, como si sus plegarias fueran atendidas por alguien, escuchó un – ¡Ahora! – que provenía de Laura. Y entonces vio como la chica explotaba de placer entre chillidos y embestidas. Brendam estaba atónito, se notaba que la joven lo había disfrutado realmente. Se quedó observando un rato más y vio como Laura salía de su interior, se retiraba el arnés y cogía una toalla para ofrecérsela. La joven la aceptó agradecida se la enroscó en el cuerpo, y desapareció. *Esta es la mía*, pensó Brendam. Sacó el móvil del bolsillo izquierdo, lo encendió y se puso a teclear un mensaje.

“No te muevas de donde estás, ahora mismo voy a tu encuentro”

Observó a Laura detenidamente, en busca de su reacción cuando leyera el mensaje. Se escuchó el pitido del móvil y ella se desplazó hasta su bolso para cogerlo. Al ver el mensaje pudo ver como ella sonreía y volvía a guardarlo. Entonces volvió a la carga y tecleó un nuevo mensaje.

“¿No piensas contestarme? Tendré que castigarte por ser una niña mala”

Laura cogió de nuevo el móvil, sonrió al ver que era él de nuevo, pero cuando lo leyó, la cara se le transformó. Haciendo caso omiso del mensaje, recogió todos sus enseres y se dispuso a salir de la habitación. Para suerte de Brendam, su escondite estaba justo al lado de la puerta, por lo que le sería fácil bloquearle el paso.

Estaba por salir de la habitación, cuando alguien la sujetó del brazo y la volvió a meter en el interior. Laura se asustó y pegó un grito al sentir el tirón. Cuando giró para ver quién era su asaltante, dio un respingo. – ¿Qué coño haces tú aquí?

– Sabía que estarías aquí.

– ¿Me has seguido?

– No.

– ¿Entonces?

– ¿Entonces qué?

– ¿Qué que cojones haces aquí? – Bramó Laura casi al borde de la histeria.

– Tú y yo, habíamos quedado, ¿lo recuerdas? – Laura agachó la cabeza medio avergonzada.

– Sí, lo recuerdo. Aunque lo que no recuerdo es haber accedido a quedar contigo. – En eso ella llevaba razón. Pero él lo daba por hecho.

– ¿Por qué huyes de mi Laura?

– No huyo de ti. – Dijo con voz pesarosa. – Huyo de todos los hombres en general. Bueno, de los que creo que pueden llegar a dañarme.

– ¿Crees que quiero hacerte daño?

– Creo que eres un chico guapo y con éxito entre las mujeres. ¿Qué tengo yo, que no tengan las demás? Todas tenemos dos tetas, un culo y un coño. Así que para que preocuparme por los hombres. Prefiero disfrutar del sexo libremente, sin complicaciones. Y nuestra relación, créeme, solo traería problemas.

– Te veo muy segura de ello.

– Lo estoy.

A Brendam le enfureció su seguridad. Y en un arrebató, la cogió de la cintura y la empotró contra la pared, provocando que todas las cosas que llevaba en la mano, terminasen esparcidas por el suelo. – ¿Qué haces? – Gritó Laura sorprendida.

– Demostrarte que te equivocas. – Y entonces posó sus labios en los de ella. La besó intensamente, sus bocas estaban ávidas de placer. Se buscaban, se necesitaban. – Y ahora mismo, vas a disfrutar, lo que no has podido mientras ejercías de Ama. – Laura se quedó paralizada.

– ¿Me has estado espiando? – Brendam dejó de besarla, la miró a los ojos y estudió su mirada. Estaba claro que echaba fuego por los ojos. Estaba muy enfadada. Pero no le importaba, tenía claro su objetivo, e iba a alcanzarlo.

– No solo te he estado espiando, sino que he ido tomando nota de todos tus movimientos y quiero hacerte todo lo que le has hecho a esa chica, pero sin pollas de plástico. – Laura lo miraba atónita. – Así que nena, prepárate. Empieza el juego. – Y volvió a asaltarle la boca. Pero esta vez de una forma menos brusca, pero si posesiva, que acabó derritiéndola y cediéndole el control.

Para sorpresa de Laura, Brendam la cogió en brazos. Cruzó la habitación y la llevó hasta el sofá, donde antes ella había estado follándose a la otra chica. – ¿Dónde tienes tus juguetes?

– ¿Para que los quieres? – Brendam la miró con cara de ¿En serio me lo estás preguntando? – Están entre todas las cosas que me has hecho tirar al suelo, con tu repentino asalto. – Brendam miró hacia el pequeño desastre. Volvió a mirar a Laura. – No serán los mismos que has usado con la chica de antes, ¿verdad?

– ¿Estás tonto? ¿Cómo voy a usar los mismos juguetes? Cada sumisa trae los suyos propios. Es mucho más higiénico. ¿Ves esa mochilita negra? Ahí tienes todo mi arsenal. – Le dijo con tono de guasa y guiñándole un ojo.

– Sí, sí, tú ríe. Pero ya veremos después si ríes o chillas de placer, pequeña diabla. – Saltó del sofá y se dirigió al montón de cosas esparcidas por el suelo.

Cogió la mochila y regresó de nuevo al sofá. La abrió y empezó a observar todo lo que en su interior se encontraba. Rebuscó y rebuscó, hasta que por fin dio con algo con lo que le apetecía jugar. – Ponte a cuatro patas. –

– ¿Perdona?

– Ya me has oído, no me hagas repetírtelo. – Le dijo con tono serio. Algo que consiguió poner en alerta a Laura, al tiempo que la excitó. Hizo caso sin apenas pensarlo. Total, ya estaba perdida. Deseaba que Brendam la hiciese suya, así que por mucha resistencia que pusiera, sabía que iba a caer en sus brazos de nuevo. ¿Para qué resistiré? No valía la pena. Así que correría el riesgo. – Muy bien nena, así me gusta. Que seas obediente.

Brendam cogió de la bolsa lo que había encontrado, lo que le había causado

tanto interés. Era una joya anal. Muy parecida a la que había usado ella antes, pero con la diferencia que esta llevaba un pequeño brillante en la punta. Cogió un poco de lubricante y la embadurnó. Retiró a un lado el tanga de color negro que llevaba Laura. – ¿Te he dicho alguna vez, que me encanta tu ropa interior? Aunque la verdad es que me gustas más sin ella. – Le susurró lentamente, mientras le introducía lentamente la joya. Laura se arqueó, la joya estaba fría e hizo que se le erizara hasta el último bello de su cuerpo. Una vez introducida, volvió a colocar la ropa interior en su sitio. – Incorpórate. – Laura obedeció y se colocó frente a él. – Quiero que me empieces a desnudar lentamente.

Posó las manos sobre su pecho, estaba caliente y con la respiración agitada. Podía notar a través de su camisa el calor que desprendía su cuerpo. Ver su pecho como ascendía y descendía al ritmo de su respiración y sentirlo bajo las palmas de sus manos, fue una sensación que le gustó. Comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, poco a poco se dejaba ver su torso desnudo y el bello de su pecho. Una vez desabrochados, le retiró suavemente la prenda, dejándolo de cintura para arriba desnudo. Bajó las manos lentamente acariciándole, hasta llegar a su cintura. Donde fue palpando centímetro a centímetro, hasta llegar al botón del pantalón. Lo desabrochó con lentitud, mientras miraba a los ojos de Brendam. Esos ojos verdes que te atrapaban, te hipnotizaban y hacían que te perdieses en un mar de deseo y locura. No había vuelta atrás, este hombre la tenía enganchada. Bajó los pantalones y se arrodilló frente a él para retirarle una a una cada pernera. Frente a ella quedó un maravilloso hombre, con una figura magnífica, que llevaba unos bóxer de color negro. De esos de cinturilla ancha. Pero lo interesante estaba detrás de ellos y era algo que no pasaba desapercibido. Se quedó arrodillada y subió las manos hasta la cinturilla del bóxer. Introdujo los pulgares y tiró de ellos hacía abajo, dejando expuesta al aire libre una enorme erección, que le apuntaba directamente a la cara. Tuvo tentaciones de abalanzarse sobre ella, pero se contuvo, ya que si él no se lo ordenaba, ella no podía actuar a su antojo.

Brendam que le había visto las intenciones sonrió, la cogió de la barbilla y tiró de ella para que se levantara del suelo. Cuando la tuvo de frente, le cogió la cara con las dos manos y la acercó hasta la suya para besarla. Lo hizo con dulzura y ternura, tal y como ella había hecho mientras lo desnudaba. La separó un poco, pero no mucho. Boca con boca, le dijo en voz baja... – Ahora sí, tienes permiso para jugar con ella. – Laura sonrió, el muy pícaro sabía las ganas que tenía ella de hacerle disfrutar con la boca. Se arrodilló de nuevo, quedando frente a la erección, que volvía a señalarla de nuevo. Cogió el pene con una mano, abrió la boca y se lo introdujo de golpe. Brendam echó la cabeza hacía atrás de pura satisfacción. Laura comenzó a hacer pequeños circulitos con la lengua sobre su glande, para después ir descendiendo por toda su longitud. Él la cogió del pelo y se lo enredó en la muñeca. Comenzó a mover sus caderas hacia adelante y hacia atrás, al tiempo que le marcaba el ritmo a seguir a base de pequeños tirones de pelo. Ella paseaba la lengua de arriba abajo, succionaba con fuerza al tiempo que iba masturbando con la mano. Notando como cada vez el pene estaba más duro y se iba hinchando cada vez más. – Nena, si sigues así, no aguantaré mucho más. – Ella lo miró desde abajo. – No, no quiero que pares. – Siguió con su golosina en la boca, hasta que Brendam le dio un fuerte tirón de pelo, ella se quedó quieta, pero siguió estimulándolo con la mano. Entonces el calor invadió su boca. Un líquido espeso y blanquecino se le derramaba por la comisura de sus labios, al tiempo que Brendam seguía vaciando su leche en el interior de su boca. Cuando terminó, salió lentamente de ella. Y Laura en un acto de perversión y morbosidad, lo miró a los ojos. Con una media sonrisa en los labios, se tragó su leche y con todo el descaro del mundo, pasó su lengua por la comisura de los labios. Recogiendo así, todos los restos de su semen. Brendam sonrió, esta mujer era una descarada y eso le

encantaba. – No te muevas de ahí. – le ordenó. Se dirigió a una puertecita que había junto a la de salida, supuso que sería el lavabo. Acertó. Se limpió bien su miembro y volvió junto a Laura, que había permanecido quieta en el suelo sin moverse. Se situó a su lado, y se quedó quieto pensando su próximo juego. Pasó por su mente las imágenes de la sesión que había tenido ella previamente y se dio cuenta de un detalle. Ella había estado dando placer a la joven, pero ella no recibió nada a cambio. – Tengo una pregunta. – ella lo miró intrigada.

– Dime.

– En tu anterior sesión. – Laura asintió. – Diste placer a raudales a esa chica, pero sin embargo tú, no has recibido nada a cambio. – Ella le sonrió dulcemente.

– Para mí, el simple hecho de poder hacer todo lo que le he hecho sentir, el notar como con dolor llegaba al éxtasis, todo eso para mí es placentero y me basta. Si no he hecho que me diera placer a mí, es porque lo que yo buscaba en ese momento, era otro tipo de satisfacción. No me hacía falta.

– ¿Y Ahora?

– Ahora te puedo asegurar, que teniéndote a ti delante, de semejante guisa. Eso sin contar con que llevo una joya anal puesta, que con cada movimiento me está volviendo loca, lo que más necesito es que me des placer, o me consumiré en una bola de fuego, de lo caliente que estoy. Pero una cosa te voy a decir. – le dijo en tono de advertencia. – No te acostumbres a llevar el control del juego, porque soy una mujer a la que le gusta que le dominen, pero de vez en cuando, adoro dominar. Tanto a hombre como a mujeres.

– Tomo nota. Pero deja que te aclare algo yo también. Yo te dominaré, te someteré. Toleraré que sometas a otras personas, pero con respecto a mí, te quiero en exclusividad. Es decir, no te vas a dejar dominar por nadie más que no sea yo. Eres mía y de nadie más. ¿Queda claro?

– ¿Ahora qué vas, de machito ibérico?

– No te lo tomes a broma, que te estoy hablando muy en serio. A partir de ahora serás solo mía. No quiero que nadie te toque, nadie. Ni siquiera el tal Marcos. Y cuando ejerzas de Ama, si es con una mujer no, pero si es con un hombre, me gustaría que me avisases con antelación.

– ¿Para qué? ¿Para poder venir y esconderte de nuevo como has hecho hoy?

– No, para estar prevenido, nada más.

– Pero vamos a ver, aclárame esto, porque no sé si es que yo soy tonta o que. ¿Que se supone que me estás proponiendo?

– Eso creo que está bastante claro Laura.

– Pues me parece a mí que no, que no me está quedando claro.

– Te estoy proponiendo que seamos "pareja" – le hizo el gesto de las comillas con los dedos. – Que compartamos juntos este tipo de sexo, que seas mía en exclusividad.

– Pero es que yo no busco pareja, yo quiero disfrutar de mi sexualidad libremente, sin ataduras ni tener que dar explicaciones a nadie.

– Pues eso es lo que quiero que hagamos. Pero cuando se trate de hombre mujer y siendo tú la sumisa, que lo hagas solo conmigo. Fuera de las sesiones que mantengamos tú y yo, eres libre de hacer lo que te plazca. Yo no te voy a pedir explicaciones. Lo único que quiero es disfrutar del sexo pero contigo.

– Si tú me estás pidiendo en exclusividad, ¿sabes que yo te voy a pedir lo mismo? Lo cual significa que no podrás acostarte con otras mujeres. Y ambos sabemos que tú eres hombre de muchas mujeres. – Él le sonrió.

– Lo sé, pero ten por seguro que si yo te estoy pidiendo la exclusividad, es porque yo también la cumpliré. Seré para uso y disfrute solo tuyo. De nadie más.

Laura se quedó anonadada, sabía que esta proposición era muy, pero que muy

arriesgada. Sobre todo por el hecho de que ella ya empezaba a sentir cosas por Brendam, al igual que sabía que él ya las sentía por ella. Pero, ¿qué hacer? Este hombre era un dios y le estaba proponiendo sexo en exclusividad con él y sin compromisos ni explicaciones. Incluso la dejaba ejercer de Ama cuando le apeteciese. Solo tenía que informarle y todo listo. Aunque el hecho de informarle de sus actividades, ya era tener que darle explicaciones. Pero pensándolo bien, en ese caso le daba igual comentárselo. Estaba hecha un lío, pero al mismo tiempo tenía claro que quería seguir disfrutando de ese maravilloso cuerpo que tenía delante y del sexo. Pero un miedo le recorría la mente. ¿Y si las cosas iban a más? ¿Y si ella se enamoraba de él y quería más? ¿Y si él realmente lo único que le interesa es sexo? La cabeza le iba a mil por hora, no paraba de darle vueltas. – De acuerdo, trato hecho. – Las palabras salieron por su boca, sin permiso de su mente. ¿Pero qué hacía? ¿Estaba loca? En menudo jardín se estaba metiendo.

Capítulo 11

Brendam sonrió. Notaba su lucha interior y le hizo gracia ver como su boca había hablado antes de que ella se diese cuenta. Estaba claro que ella lo deseaba tanto como la deseaba él. Le cogió de la barbilla y estiró de ella para que se levantase del suelo. Cuando la tuvo de frente, no pudo contenerse. La rodeo con un brazo por la cintura, y con el otro por los hombros, enredando la mano en su pelo. Entonces la besó dulcemente, era un beso con sentimiento y con partes de agradecimiento por acceder a lo que le proponía. Notaba como ella cedía entre sus brazos y con los suyos lo abrazaba y pegaba a su cuerpo. Entonces se apartó de golpe y ella se sintió vacía, pero enseguida entendió que formaba parte de la sesión que estaban teniendo. Entonces para sorpresa de ella, Brendam la cogió en brazos y la cargó hasta una gran mesa que se encontraba casi empotrada contra una pared. Aquella habitación era de lo más completa, tenía prácticamente de todo. La dejó sobre la mesa y se marchó a por algo. A su vuelta la cogió de las muñecas y la esposó a unas argollas que había incrustadas en la mesa. *¡Joder con Brendam! ¡Aprende rápido!* Pensó Laura. Una vez inmovilizada de brazos, le separó las piernas y se las flexionó un poco. Laura estaba nerviosa, no sabía muy bien que era lo que Brendam pretendía hacerle. Para su sorpresa, hundió la cabeza entre sus piernas, y le lamió la entrepierna. Un escalofrío recorrió su cuerpo. En un acto reflejo levantó la cintura de la mesa, para así poder buscar más roce con su boca. – ¡Zas! – al hacerlo recibió una palmada en sus glúteos. Entonces dejó de nuevo sus posaderas sobre la mesa y se limitó a intentar quedarse quieta y no moverse, mientras él trabajaba con su lengua entre sus piernas. Entonces de repente Brendam paró en seco. Estaba claro que algo se le estaba ocurriendo. Se incorporó y volvió a desaparecer. Lo escuchó rebuscar entre su bolsa de juguetes y volvió de nuevo. *¡Ay, su madre! ¡Cuerdas!* Murmuró por lo bajo Laura. Él la miró con una media sonrisa en los labios y le explicó. – Me ha venido una imagen que vi por internet a la cabeza y así de esta manera te estarás quietecita. – Laura lo miró boquiabierta, una imagen que había visto en internet.

– ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? – Él la miró.

– Sí, tranquila. No soy un gran experto, pero me he informado bien. – Ese comentario no la tranquilizó en absoluto, pero decidió confiar en él y que probase. Total, tarde o temprano lo tendría que hacer. Si querían que la cosa siguiese adelante, tendría que dejarle experimentar. Ella asintió con la cabeza en señal de aprobación y Brendam se dispuso a realizar su tarea. Le flexionó un poco más las piernas y comenzó a pasar las cuerdas alrededor de ellas. Rodeó sus muslos y fue haciendo nudos. Cuando la tuvo bien sujeta, se separó un poco de ella y observó su obra. – ¿Me dejas que te haga una foto? – ella lo miró sorprendida.

– ¿Lo dices en serio?

– Sí.

– ¡Ni de coña! ¿Estás loco?

– Lo que estoy, es tonto. No sé para qué te pregunto, si te tengo atada de pies y manos. Ahora mismo podría hacer lo que quisiera sin que tú pudieses detenerme.

– Pero serás... serás... ¡Cabrón! Eso es lo que eres.

– Sí, tú di lo que quieras, pero reconoce que te encanta.

– Reconozco que empiezas a darme miedo. – Dijo Laura sonriente. Él tenía razón, por mucho que se opusiese, ella tenía las de perder. Así que si quería echarle unas fotos, que se las echase.

Brendam se fue en busca de su móvil, volvió con él entre sus manos. Enfocó la pantalla y capturó un par de imágenes desde distintos ángulos. Una vez terminada la sesión fotográfica, dejó su móvil en el suelo y se acercó de nuevo a ella. Volvió a

colocarse entre sus piernas y cargó de nuevo contra su vagina. Laura gimió, el tacto de su lengua era exquisito, caliente. Le encantaba sentir como ese musculo húmedo y caliente la recorría de arriba abajo, volviéndola loca y haciendo que se estremeciese. Entonces notó una invasión, Brendam había introducido algo, pero no eran sus dedos, ya que el intruso vibraba. Sin que ella se diese cuenta, en una de sus idas y venidas se había traído un dildo y ahora que la tenía maniatada se lo había ido introduciendo. Eso, sumado a su lengua y al tapón anal que llevaba desde el principio incorporado, la estaba volviendo loca. Estaba húmeda y muy excitada. No solo por la situación, si no por qué ese hombre la volvía loca. Y encima le había propuesto lo que ella necesitaba, una relación sin compromisos. – Estoy a punto de correrme. – Le dijo Laura en un hilo de voz.

– ¿Acaso has pedido permiso para ello?

– Pues no, pero poco me queda para llegar.

– ¡Ah no, señorita! Aquí se correrá usted cuando yo lo diga. – y se apartó de golpe, retirando su lengua y el dildo casi a la vez. Laura sintió un vacío enorme, estaba sedienta de placer. Necesitaba llegar al orgasmo urgentemente. Gimoteó un poco intentando causarle algo de pena y que siguiese haciéndole estremecer de placer. Pero no causó el efecto deseado. – ¿Tienes pinzas de esas que usaste antes? – Le preguntó de repente.

– Sí, están en una bolsita pequeñita de color rojo. ¿Las vas a usar? – Preguntó entusiasmada. Él la miró sonriente, entonces supo que sí, que las iba a usar. Volvió a marcharse y regresó con las pinzas en sus manos. Eran idénticas a las que había utilizado ella con la sumisa. También llevaban la cadenita para poder tirar de ellas. Se las colocó, y sintió una punzada que le atravesó la espalda. Para compensar el dolor que pudiese estar sintiendo, Brendam volvió a estimularla. Metió dos dedos en su vagina y comenzó a masturbarla. De esta manera contrarrestaría la sensación de presión en los pezones. Los dedos entraban y salían con mucha facilidad y totalmente mojados. Introdujo un tercero, hasta un cuarto. Al mismo tiempo le iba estirando de la cadena que unían las pinzas. Laura gemía, estaba casi chillando. Entonces ya no pudo más, sacó los dedos, se subió a la mesa y la penetró de una sola vez. La plenitud que sintió Laura en esos momentos, fue más que satisfactoria. Necesitaba sentir su pene dentro de ella. A cada embestida, en cada penetración, Laura se sentía llena y satisfecha. El placer invadía su cuerpo. Brendam la penetraba bruscamente, al tiempo que iba dando pequeños estirones a sus pezones. La habitación se llenó de gritos y gemidos. Se tumbó sobre ella y le liberó las muñecas. Agradecida Laura se agarró a su cuello y lo atrajo hacia ella para besarlo. Aunque sabía que no era lo correcto, salvo que fuese él quien diese el paso. Pero necesitaba ese contacto. Esa relación, sabía que no iba a ser solo de dominación y sumisión, entre ellos había algo más. Aunque ella no quisiese reconocerlo abiertamente.

Brendam aceptó el beso, lo necesitaba. Le gustaba sentir sus labios contra los de ella, las caricias de sus lenguas. Los besos finalizados en pequeños mordiscos en los labios. Esa mujer lo volvía loco y sabía que iba a ser su perdición. Una vez finalizado el beso, la ayudó y la colocó boca abajo, de espaldas a él. Dejando expuesto su trasero y visible el tapón anal. Esta vez no le ató las muñecas, se las dejó libres. Sin previo aviso la volvió a penetrar desde atrás. Laura al seguir teniendo las piernas atadas, apoyo las palmas de las manos sobre la mesa y se arqueó completamente. – Necesito correrme. – le dijo ella casi sin aire en los pulmones.

– Aguanta un poco, estoy a punto. Quiero que nos corramos a la vez.

– No puedo, me voy a correr. – Brendam notó la presión de cómo los músculos de la vagina se contraían. Era cierto, estaba a punto de alcanzar el éxtasis y él también. Le arremetió con un par de empujones más y sin decir nada, le arrebató el tapón anal de golpe. Sin dejarla reaccionar, sacó su pene y lo introdujo de una sola vez

en su ano.

Los gritos, la lujuria y la pasión se desataron en dos gritos cargados del placer más absoluto. Un hombre y una mujer, que había alcanzado el éxtasis a la vez. Que disfrutaban del sexo mutuamente y que tenían claro, que a partir de ese instante, algo había cambiado entre ellos.

A la mañana siguiente, Brendam salió más temprano de su casa para poder parar a desayunar en el bar de su buen amigo Izan. Nada más entrar por la puerta, lo localizó, estaba detrás de la barra organizando los desayunos junto al camarero que trabajaba con él. – ¡Ey, colega! – lo saludó.

– ¡Hombre! Ya empezaba a echarte de menos. Ya no te acuerdas ni de los colegas.

– No tío, es que he estado muy liado.

– ¿La morena? – Brendam sonrió, pero la sonrisa no era la de siempre. – ¡Uy, tú te has pillado de esa chica!

– ¿Pero qué dices? No digas tonterías.

– ¿Qué no diga tonterías? Pero si solo hace falta ve la cara de alorado que tienes. – En un gesto intuitivo, Brendam se tocó la cara, como si tuviese algo en ella. – ¡Desembucha! ¿Es ella? O... ¿Es que hay otra? ¿Quién es la que ha osado dejar a Brendam Lowell de semejante forma? –El aludido se carcajeó ante la ocurrencia de su amigo.

– Como me conoces macho. – reconoció en un tono pesaroso. – Recuerda... Morena, alta, buen cuerpo, buenos pechos, abogada y una mujer muy, muy decidida y con las ideas claras.

– Vamos, la morena te tiene loco.

– Tan loco que ha hecho que me replantee el volver a tener una relación estable.

– Hombre de poca fe, y luego te reías de mí.

– Ojala todo fuera tan sencillo, hay más.

– Pues ya estás largando por esa boca.

– No quiere relaciones, no quiere ataduras ni tener que dar explicaciones.

– ¡Anda! ¡Pero si es tu replica, solo que en mujer! – se mofó Izan. – Donde las dan, las toman colega.

– Pero es que aún hay más. – Izan lo miraba atento.

– ¡Camarero! ¡Una café con leche cuando pueda! – el aludido y Brendam giraron la cabeza en dirección de la persona que les había interrumpido. Tales fueron sus miradas de asesino, que el hombre se sentó en la mesa a esperar pacientemente. Izan se puso manos a la obra.

– Cuenta, que soy capaz de escucharte mientras hago un café.

– Pues veras, ella se mueve en un mundo, un poco especial. Le gusta un tipo de...

– ¿Es drogadicta?

– ¡NO! o bueno eso creo.

– ¿Pues entonces? ¿Vive en los mundos de yupi o que le pasa?

– ¡Joder Izan! Si me dejas hablar, quizás te puedas enterar.

– ¡Ey toro! – Brendam lo miró con cara de pocos amigos. – Vale... ya me callo, sigue contando.

– Gracias. El caso es que a ella le gusta un tipo de sexo que no es el convencional. – Se puso a relatarle todo, que tipo de cosas había visto, leído e incluso practicado. Izan estaba asombrado, no tenía ni idea de que existiese un mundo así y la idea le atrajo.

– Creo que me voy a informar bien y probaré algo de esto con mi chica. –

Brendam se carcajeó, buena cosa le había contado a su buen amigo. – Bueno y entonces, ¿qué problema hay? Si dices que lo has probado y te ha gustado.

– El problema, es el trato que he hecho con ella. No voy a ser capaz de cumplirlo.

– ¿De qué trato estás hablando?

– Verás, he llegado a un acuerdo con ella. No somos pareja, no nos damos explicaciones, pero ella solo actuará de sumisa conmigo. No podrá estar con otros Amos. Y cuándo ella quiera ejercer su rol de Ama, ya sea con una mujer o un hombre, deberá comunicármelo.

– Pues menos mal que no quería dar explicaciones a nadie.

– Sí, bueno. Eso quizás es excesivo. Pero ella ha aceptado.

– Bueno eso es cosa vuestra, de todas maneras, el que no puedas cumplir vuestro trato... yo no creo que te cueste.

– Pues yo opino lo contrario. Esta mujer me vuelve loco, tengo ganas constantes de tenerla a mi lado. De sentirla, de que pase el mayor tiempo conmigo...

– Vamos, que te has enamorado y punto pelota.

– No sé si es enamoramiento, pero que no me la puedo sacar de la puta cabeza, eso está más que claro.

– Solo te puedo decir una cosa. – Brendam prestó atención. – Deja que pase el tiempo. Si tenéis este trato, seguramente acabéis viéndoos cada día, aparte de que ya lo estáis en el bufete. Ahí es cuando se verá si realmente hay algo entre los dos o no.

– Sí, en eso tienes razón.

– Pues no le des más vueltas a la cabeza y disfruta de las experiencias que puedas junto a ella. Cada minuto cuenta.

– ¡Joder Izan! ¡Te has vuelto un romántico! – Los dos amigos se echaron a reír.

– Bueno me tengo que marchar.

– Lláname y quedamos una noche los cuatro para cenar.

– ¿En plan parejitas?

– Hombre, para una vez que una mujer te trae de cabeza, merezco tener el placer de conocerla en persona.

– No prometo nada, se intentará.

Brendam se despidió de Izan y salió por la puerta de camino al bufete, no sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Su amigo tenía razón, se había enamorado. No le cabía la menor duda. Pero la cuestión era, ¿ella estaría enamorada de él? y si no lo estaba, ¿se acabaría enamorando? Solo el tiempo, le podía dar la respuesta. Lo único que le quedaba era ser paciente y esperar.

Capítulo 12

¡Gilipollas! Se gritó Laura así misma. ¿Qué estaba haciendo? Brendam le gustaba mucho. No, no solo le gustaba, la volvía loca. Las veces que había tenido sexo con él, habían sido magnificas. ¿Por qué había aceptado ese trato con él? ¿Es que acaso quería colgarse de Brendam? *¡Ya estoy colgada de él!* volvió a chillar. Se cayó de golpe, cuando unos golpecitos se escucharon detrás de la puerta. – ¡Adelante!

– ¿Se puede? – *¡Ay madre! pero que guapo está hoy.* Pensó al verlo en la puerta esperando a poder pasar.

– Sí, claro gua... digo Brendam, adelante.

– Venía para ver si te apetecía tomar un café. – Laura lo miró arqueando una ceja.

– Brendam, tengo cafetera en el despacho. Y de las buenas. – le contestó señalando hacia la máquina. Él giró la cabeza en dirección hacia donde ella le señalaba.

– Sí, tienes razón. No me había acordado. Bueno pues entonces me marchó. – ¿qué? ¿Ya? ¡Ah no! debía de hacer algo para retenerlo.

– ¿Por qué no te tomas el café aquí conmigo? – Se arrepintió al momento. *Si lo que quería era intentar alejarse de él, ¿para qué narices lo invitaba a café? ¡Y en su despacho! ¡idiota!* Se volvió a gritar a sí misma, pero esta vez para sus adentros.

– Gracias por la invitación, la acepto con gusto. Pero yo lo preparo. – Laura asintió y le dejó trastear a sus anchas por el despacho, mientras ella terminaba un par de cosas en el ordenador. Pero le resultaba imposible. Verlo por allí, vestido con ese traje de color gris plata, con camisa blanca y corbata negra. Todo a medida. Verle ese culo prieto y redondo. Su ancha espalda. No podía concentrarse. Lo único que tenía en mente, era la imagen de Brendam desnudo encima de ella. Poseyéndola y haciéndola suya una y otra vez. Los calores acudieron a ella, las mejillas se le ruborizaron, los pezones se le pusieron duros y notaba como su entrepierna estaba húmeda, muy húmeda. Justo en ese momento Brendam la miró y pudo comprobar que ella no era la única que se estaba acalorando. A través de su pantalón, se podía adivinar una enorme erección. Ambos se miraron a los ojos y sonrieron. – El café ya está listo. – Dijo él medio ronco.

Laura se separó lentamente de su mesa, sin quitarle la mirada. Se puso de pie y se alisó la falda de tubo negra que llevaba puesta. Se puso a caminar en su dirección, con los ojos clavados en los suyos y de una manera muy sensual. Podía ver como la nuez de Brendam se movía de arriba abajo, mientras el tragaba saliva. Cuando estuvo frente a él, se puso de puntillas y le pasó la punta de la lengua por los labios. – Gracias por el café. – le dijo en un susurro. Se lo quitó de las manos y se sentó rápidamente en el sofá. Brendam se giró para mirarla con cara de disgusto.

– ¿Ya está? – Laura alzó la cabeza y sus miradas volvieron a encontrarse.

– Sí, ya está. Tú has hecho café y yo te lo he agradecido. ¿Esperabas algo? – sonrió pícaramente. Lo estaba provocando y eso le encantaba.

– ¡Hombre, pues la verdad es que sí!

– ¿A sí? ¿Y qué esperabas?

– Pues la verdad, es que después de ver lo cachonda que estás y como te has acercado hasta mí, eso sin contar el lametón de labios que me has dado. Esperaba algo más.

– ¿Algo como qué?

– No te hagas la tonta, Laura, por favor. Los dos sabemos muy bien lo que queremos el uno del otro. – *Yo quiero estar contigo, despertar contigo cada mañana, que me hagas tuya cada noche,* murmuró en su mente.

– No me hago la tonta Brendam, solo quiero que si realmente quieres algo y según parece vas a actuar conmigo como Amo, que lo pidas, que lo órdenes.

– Muy bien princesa, pues lo que esperaba era que me besaras con vehemencia y que después descendieras lentamente y acabaras...

– ¿Acabara?

– Acabaras lamiendo mi polla, hasta que mi leche inundara tu boca. – Escuchar esas palabras de la boca de Brendam, fue como sentir un latigazo en su entrepierna. Al instante notó como la humedad de antes se hacía más latente y como su tanga estaba más que mojado. Estaba chorreando. Como un resorte se levantó del sofá y se dirigió hacia él. Se puso frente a ese cuerpo que la traía loca y se soltó el pelo que llevaba recogido en un moño. Hizo un movimiento sensual al liberar su melena, acto que provocó que Brendam le rodeara la cintura con un brazo y la atrajese hacia él. Dejando sus cuerpos pegados el uno al otro. Haciendo que su erección se clavara en el vientre de Laura.

Ella alzó la mirada sorprendida de la dureza de su entrepierna, se moría de deseo por verla liberada y degustarla de nuevo. Pero entonces recordó algo. – Brendam, la puerta. No está cerrada con llave.

– No pasa nada nena. ¿Quién va a venir ahora? – Ella asintió. Tenía razón, era muy raro que alguien viniese a su despacho, salvo que fuese algo muy específico. Además no tenía cita con ningún cliente. Podía respirar tranquila y seguir entre los brazos del hombre que tenía frente a ella y que la sujetaba con posesión. Volvió a besarlo, pero esta vez fue un beso más cálido y dulce. Lo terminó con un pequeño mordisquito en el labio inferior y como recompensa Brendam le dio una pequeña pero contundente palmada en el culo. Se separó un poco de él, lo suficiente para que sus manos descendiesen por su pecho, hasta llegar a la hebilla del cinturón. – Un día, quiero que te quites este cinturón y me des con él.

– ¿En serio?

– Sí. – Una sonrisilla se dibujó en su cara, gesto que a Laura no le pasó desapercibido. Una vez desabrochado continuó con el botón del pantalón y con la cremallera. Brendam movió levemente las caderas y los pantalones descendieron hasta sus tobillos. Entonces Laura se remangó un poco la falda y se arrodilló frente a él. Posó sus manos en la goma elástica del bóxer y tiró de ellos. Frente a ella se mostraba un gran pene erecto y duro que le apuntaba directamente a la cara.

– No quiero que uses las manos, solo quiero tu boca rodeando mi polla. – Laura asintió, abrió la boca y se dirigió hacia su goloso y apetecible juguete. – ¡Espera! – le dijo Brendam de repente. Ella frenó en seco y lo miró alzando la cabeza. – Quiero ser yo quien te folle la boca. – Ella sonrió y asintió de nuevo.

Brendam recogió su larga melena, y la enredó tirante en su mano. – Abre la boca. – Laura obedeció. Brendam tiró un poco de la melena para echarle la cabeza hacia atrás, para después empujarla de nuevo hacia él, al tiempo que le introducía el pene en su interior. Ella se estremeció al sentir el contacto de su lengua, con la dureza de su miembro. Estaba caliente y notó un sabor salado proveniente de la excitación previa de Brendam. Tirones y empujones, sumados a movimientos de cadera, la hacían desear más y más. La profundidad de su garganta era tal, que la tenía prácticamente entera en su interior. Le llegaba tan adentro, que apenas podía respirar, ni tragar saliva. Los fluidos de su boca iban resbalando por las comisuras de sus labios, cayendo lentamente por su garganta. Brendam aceleró el ritmo, el final estaba cerca, podía notarlo. Las investidas eran cada vez más rápidas y fuertes. Laura, notó un calor dentro de su boca y un líquido viscoso que salía disparado del pene de Brendam, acompañado de un gemido casi ahogado. Terminó de esparcir su leche en el interior de ella, quien tragó con gusto su dulce premio. Fue a salir de ella, pero Laura no se lo permitió. Se dejó hacer, y observó como ella le limpiaba los restos con su lengua y

volvía a tragar y saborear los restos de su placentero orgasmo.

– ¿Brendam? creo que está en el despacho de Laura señor. – Se escuchó de repente. Los dos abrieron los ojos de par en par, el pánico se reflejó en sus miradas. Rápidamente Laura se puso en pie y se fue corriendo hacia el lavabo. *Gracias a dios que tengo baño propio*, pensó ella. Mientras Brendam se vistió a toda prisa y se sentó en el sofá. Para disimular cogió la taza de café y se limitó a esperar que la puerta del despacho se abriese.

– ¡Chicos! ¿Se puede? – Habló Don Tomás desde el otro lado. Brendam carraspeó un poco.

– Claro Señor, adelante.

– Hola Brendam, espero no interrumpir nada. ¿Y Laura, dónde está?

– Señor, no interrumpes nada. Estábamos degustando un delicioso café. – Ella que los escuchaba desde el baño se carcajeó. El café debía estar helado. – Laura, está en el baño, no creo que tarde en salir.

– Aquí estoy, ¿qué tal Don Tomás? ¿Qué le trae por aquí?

– Hola belleza, te he dicho mil veces que me llames Tomás.

– Sí, tiene razón. Discúlpeme. – Don Tomás la miró seriamente. – ¡Perdón! quería decir, discúlpame.

– Así está mejor muchachita. En realidad andaba a la busca de Brendam. – él lo miró intrigado. – Tienes una llamada desde Londres. Parece importante. La tienes en la línea uno. – Brendam miró a Laura.

– ¿Puedo usar tu teléfono?

– Claro, adelante.

Se puso en pie y fue hasta la mesa de su despacho. Ella no dejaba de observarlo, parecía tenso. Mientras tanto, Don Tomás tomó asiento, miró a Laura y le pidió permiso para tomarse uno de los cafés. Ella accedió sin remilgos, total a ella ya se le habían quitado las ganas de tomarse uno.

– ¡Diablos! ¡Pero si está congelado! ¿Qué estabais haciendo, para dejar que el café se quede frío? – Dijo con sorna. Laura se giró ruborizada hacia su jefe.

– Verás Tomás, es que a mí me gusta frío. Por eso aún no me lo había tomado. – mintió descaradamente. Don Tomás lo notó enseguida. Demasiados años en la abogacía, como para no saber cuándo alguien le estaba mintiendo.

– Ya, bueno. Pues entonces creo que saldré a tomarme uno bien caliente fuera.

– Laura asintió y observó como Don Tomás se dirigía hacia la puerta. – Una cosa más.

– Dime Tomás.

– El moño te queda muy bien, pero déjame decirte que estás mucho más hermosa con la melena al viento. – Y se fue carcajeándose, dejando a Laura totalmente desencajada. Era obvio que Don Tomás le había lanzado la indirecta más directa que jamás había escuchado. Él sabía que entre Brendam y ella había algo, aunque había que reconocer que tenía estilo, para hacerlo saber.

– ¡Joder! – bramó Brendam. Laura lo miró.

– ¿Qué ocurre?

– Mi padre, no está bien. Debo viajar a Londres.

– ¿Tu padre vive en Londres?

– Sí. – suspiró. – Mi madre falleció cuando yo era pequeño, él se volvió a casar y se mudó a Londres. Él es de allí.

– Entiendo, ¿y qué es lo que ocurre?

– Tiene cáncer. – dijo serio.

– Lo siento mucho.

– Está en las últimas. – le cortó Brendam. – Tiene un bufete de prestigioso allí. Quiere que vaya para hacerme cargo de él. – Una punzada de dolor le atravesó el pecho de Laura. Brendam la miró y notó que la noticia no le había gustado. – Tranquila,

esta tarde iré e intentaré convencerlo para que se haga cargo mi hermano pequeño. – Laura asintió, no le salía palabra alguna. Estaba en shock. – Nena... – la cogió de la barbilla e hizo que lo mirara. – Estaré solo unos días fuera. Si quieres puedes venir conmigo. – Ella lo miró y negó con la cabeza.

– No Brendam, son asuntos familiares. Ves y arregla lo que tengas que arreglar. Yo estaré aquí para cuando vuelvas.

– Esta bien, pero recuerda nuestro trato. – Laura sonrió.

– Tranquilo, nuestro acuerdo seguirá vigente durante y después de tu viaje. – Brendam le sonrió y la besó dulcemente en los labios.

– Te llamo luego princesa.

– Hazlo.

Y se marchó. Dejando a una Laura, decaída, triste y sin ganas ni fuerzas de seguir trabajando. Este hombre le afectaba los sentidos. La trastocaba de a más no poder. Temía que se fuese y no volviese. ¿Y si realmente no volvía? ¿Y si él era el que rompía su acuerdo? No, él no lo haría. Y si no volvía, siempre podía coger un vuelo e ir a visitarlo. No conocía Londres, era una buena excusa para poder ir. ¿Pero que estaba pensando? Si no volvía, adiós a su trato y adiós a Brendam. Ella no iba a estar pendiente de ningún hombre. Nunca lo había hecho y no iba a ser precisamente ahora cuando cambiase su forma de ser. ¿A quién pretendía engañar? Si lo haría, por él sí.

Pasaron semanas desde que Brendam se marchó a Londres. Laura había intentado seguir con su vida, pero le resultaba muy difícil. Ni siquiera había vuelto a ir al club. Ya no era lo mismo. No tenerle cerca, la estaba matando. A pesar de que se escribían mensajes en cada momento, se mandaban fotos, incluso practicaban sexo online. No era suficiente para ella. Necesitaba sentirlo, notar su calor, su respiración. Durante todo este tiempo Laura se había volcado en su trabajo para tratar de pensar lo menos posible en Brendam. Salió al cine con sus amigas, de compras, a cenar. Intentó tener la mayor vida social posible. Rechazó una y mil veces las llamadas de Marcos.

Se había dado cuenta de que a quien ella quería a su lado era a Brendam y a nadie más.

Era miércoles, llevaba dos días sin saber de él. Ni una llamada, ni un mensaje, nada de nada. Se sentía triste, dolida. Estaba en su despacho, mirando a la nada, cuando de repente el teléfono le comenzó a sonar. Lo descolgó rápidamente. – ¿Diga?

– ¿Como que diga? – Era Don Tomás.

– Disculpa, estaba distraída y he descolgado de sopetón.

– Imagino que tu distracción es debida a cierta persona. ¿Me equivoco? – ¡Que cabrón! El tío se las sabía todas. Pero ¿para qué seguir intentado ocultar lo evidente?

– Sí Tomás, llevo dos días sin saber de él.

– Cielo, se de buena tinta que su padre lleva dos días muy mal, de hecho me acaban de llamar.

– ¿Que ha pasado? – le cortó.

– Ha fallecido hace apenas media hora. – ¡oh dios! Brendam debe de estar fatal.

– Te he sacado un vuelo, solo de ida, para esta tarde.

– ¿Cómo? – Laura creía haber escuchado mal.

– Que esta tarde sales para Londres. Y te quedas allí los días que hagan falta.

– Pero Tomás, yo...

– ¡Ni yo, ni leches! El chaval lo que necesita ahora mismo es a alguien que lo quiera. Y esa eres tú, señorita. – ella sonrió. Este hombre era tremendo y tenía un grandísimo corazón. – Sales en cuatro horas, vete a casa y prepara el equipaje. Eso sí, en cuanto llegues me llamas y me cuentas cómo está mi chico.

– Muchas gracias Tomás, eres maravilloso. – y colgó.

Laura se quedó pensativa, ¿qué iba a hacer cuando llegase a Londres? No

sabía dónde encontrar a Brendam, se iba a perder por allí. A malas siempre podía ir al bufete, que ahora iba a pertenecer a Brendam. Un pitido la alertó de que tenía un mensaje en el móvil. Lo sacó corriendo del bolso y comprobó de quien era. Sonrió al ver que el remitente era Don Tomás, pidiéndole disculpas por no haberle facilitado la dirección.

Puso pies en polvorosa y salió disparada hacia su casa. Preparó la maleta a toda prisa, toda su documentación. Avisó a sus amigas y familia sobre su repentino viaje y salió corriendo al aeropuerto. Pasó todos los controles de seguridad sin problema y cuando llegó a la puerta de embarque esperó pacientemente, mientras leía un libro, a que la llamasen para embarcar. Aparecieron las azafatas y empezó el jaleo. Los nervios iban en aumento, en apenas unas horas iba a poder abrazar a Brendam, iba a estar con él en uno de los momentos más duros de su vida. Pero lo más importante para ella, es que iba a demostrarle que estaba con él para lo que necesitase. Que ella lo apoyaría en todo lo que fuese necesario y no dejaría que cayese nunca. Brendam se había convertido, en muy poco tiempo, en alguien muy importante en su vida. Y no estaba dispuesta a que se alejase de ella.

El viaje se le hizo algo largo, entre turbulencias, nervios y el tipo que le tocó en el asiento de al lado, que no hacía más que mirarle las tetas, acabó con su paciencia. El aterrizaje fue un poco espantoso, pero llegaron bien a tierra. Al bajar del avión fue directa a la salida, estaba deseando coger un taxi y llegar junto a Brendam. Se montó en el primero que vio y en un perfecto inglés, le indicó la dirección a la que quería ir. Tardó una media hora en llegar, era el hospital donde estaba ingresado el señor Lowell. Entró al edificio y se dirigió al mostrador. Le indicaron, muy amablemente, donde se encontraba la familia. Los nervios se la estaban comiendo por dentro. Se dirigió hacia donde le habían indicado y de repente, todo el mundo se paró a su alrededor. Allí estaba él. Al final del pasillo, apoyado en una pared, tan guapo como siempre. Con unos vaqueros rasgados y desgastados y un jersey de cuello alto negro. Laura se quedó parada, no conseguía mover las piernas del sitio. Algo le impedía moverse. Brendam estaba junto a una mujer, preciosa, cogido de su mano. ¿Quién era ella? ¿Qué hacía cogida de su mano? Se quedó mirándolos un buen rato, hasta que por fin, Brendam reaccionó y alzó la cabeza en su dirección. Cuando sus miradas conectaron, una enorme sensación de amor se adueñó de su cuerpo.

Capítulo 13

Él la miraba perplejo, no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¿Qué hacía Laura ahí? Creía estar volviéndose loco, la persona que tenía delante, mirándole fijamente a los ojos, no podía ser ella. Observó como una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla. Se le partió el alma, no podía ver a Laura llorar. Soltó la mano que sujetaba la suya y salió disparado en su dirección. Cuando llegó hasta ella, su corazón aleteó de alegría por tenerla junto a él. La cogió en brazos y la estrechó contra su cuerpo. La necesitaba, la había echado tanto de menos. La dejó de nuevo en el suelo, pero no la separó ni un milímetro de él, quería seguir sintiéndola. Ella le correspondió rodeando su cintura con los brazos y apoyando la cabeza en su pecho. –Lo siento mucho Brendam. Siento lo que le ha pasado a tu padre. – fue lo único capaz de pronunciar. Notó como su jersey se humedecía por las lágrimas que estaba derramando Laura.

–Shhh, nena. Ya está, lo importante es que tú estás aquí conmigo. No sabes lo mucho que te he echado de menos cariño. –Y la estrechó aún más fuerte contra su pecho. Laura se separó un poco, para así poder mirarle los ojos. Cuando lo hizo, comprobó que él también estaba emocionado.

– ¿Estás llorando? – le preguntó ella sorprendida. – ¡Ay! Que mete patas que soy. Lo siento.

– No, no lo sientas. Sí, estoy llorando, por dos motivos. Uno triste y el otro inmensamente alegre. –Entonces Laura, se puso de puntillas y lo besó con dulzura. Ese beso era muy distinto a todos los besos que se habían prodigado con anterioridad. Era un beso cargado de sentimientos y de amor.

– ¡Ejem, ejem! –ambos se giraron. –Brendam, ¿se te han olvidado los modales?

– Beatriz... – le dijo con tono de advertencia. – No, no se me han olvidado. Simplemente estaba disfrutando de este rato con mi chica. – Miró a Laura de repente, que al oír la palabra “mi chica” se le tensó el cuerpo.

– ¡Oh, vaya! ¿Así que esta es la famosa Laura?

– ¿Famosa?

– Sí, preciosa, sí. No he oído nada más que hablar de ti. – ese comentario le sonó algo despectivo.

– Laura, ella es Beatriz, una amiga mía de la infancia. – intervino Brendam, antes de que las gatas sacaran sus garras.

– Bueno Brendam, como veo que ya no me necesitas, vuelvo al hotel para pegarme una ducha y prepararme. – Brendam asintió y le dio un beso en la mejilla a modo de despedida. – Adiós Laura.

– Adiós no, Beatriz, esto no es una despedida, ya que luego nos veremos. Así que prefiero decirte, hasta luego. – le contestó mordazmente. – ¡Chúpate esa, moscona! Pensó Laura para sus adentros.

Brendam, que estaba boquiabierto con las puyitas envenenadas que se tiraban las dos mujeres, no pudo más que aguantar la risa, ante la despedida de Laura. El asunto había tenido su gracia. Le gustó ver como su chica no se achantaba ante nadie y menos ante ninguna mujer.

Cuando se quedaron solos, Laura se giró para mirar a Brendam de frente. – Vamos a ver, sé que no es el momento ni el lugar, pero, ¿quién es esa?

– Ya te la he presentado, es Beatriz, una amiga de la infancia.

– ¿Y nada más?

– No, nada más.

– Pues para ser solo una amiga, no se...

– Nena, te repito que es solo una amiga. No le des más vueltas. – Ella asintió y

lo dejó pasar. Aunque algo en su interior le indicaba que tuviese cuidado con esa mujer.

– ¡Brendam! – se escuchó de repente. Laura se sobresaltó al escuchar ese tono de voz grave. Se giró para observar de quien procedía y se sorprendió al ver a un hombre alto y moreno como Brendam. Debía ser su hermano, eran casi réplicas exactas. Con la diferencia de que Brendam tenía los ojos verdes y el otro marrones. – Nos esperan dentro, hay que firmar no sé qué documentos.

– ¡Voy! – le contestó él. – ¡Neithan! ¿Conoces a Laura? – Cogió la mano de Laura y la entrelazó con la suya, bajo la atenta mirada de su hermano. Tiró de ella y juntos se acercaron hasta él.

– No, no tengo el placer. – Dijo con una sonrisa.

– Laura, este de aquí es Neithan, mi hermano pequeño.

– Encantado de conocerte Laura. – le dijo mientras le cogía la mano libre para besársela. El perfecto caballero.

– El placer es mío.

– Brendam, ¿esta es la mujer por la que llevas lloriqueando estas semanas? – le dijo con sorna. – No me extraña, bella dama has escogido.

– Yo diría que la que ha escogido aquí, soy yo. – Bromeó Laura. Brendam la miró alucinado por su contestación y empezó a carcajearse. Al verlo reír de esa manera Laura y Neithan no se aguantaron y comenzaron las carcajadas entre ellos también.

– Brendam, sé que te encantaría no tener que pasar por esto, pero nos esperan.

– Lo sé. – se puso serio de repente. – Al menos hemos tenido un rato agradable, en medio de tanta tristeza. – Laura lo miró y le sonrió. – Nena, entra conmigo.

– No Brendam, esto es un momento íntimo y familiar. Yo no pinto nada ahí dentro. Prefiero esperarte en la cafetería.

– Pero no te muevas de allí. – Laura le sonrió y le dio un tierno beso en los labios. Se despidió de Neithan con la mano y se marchó.

– Pedazo de hembra que te has buscado.

– Ya la has oído antes, quizás fue ella la que me escogió a mí. – Sonrió.

– ¡Y qué más da! Lo que está claro, es que una mujer te ha cazado hermano. – Brendam meneó la cabeza de un lado a otro.

– Para qué negarlo Neithan, me tiene loco. Estas semanas no he hecho nada más que pensar en ella. Y el verla aquí hoy, precisamente hoy, que tanto la necesitaba. Es lo mejor que ha podido sucederme.

– ¿Estás enamorado?

– Sí, sí que lo estoy. Y no me había dado cuenta, hasta hoy, de lo mucho que la necesito y quiero en mi vida. No puedo estar sin ella.

– Pues ya puedes atarla bien a ti y más ahora que tienes que hacerte cargo del bufete de papá.

– Calla, no me lo recuerdes, que aún estoy dándole vueltas a la cabeza.

– ¿A qué te refieres?

– Muy fácil, no quiero mudarme a Londres. Quiero quedarme en España y ahora con muchos más motivos.

– Sabes que no puedes, que tienes obligaciones por cumplir aquí, se lo prometiste a papá. – Brendam agachó la cabeza. Su hermano tenía razón. Había prometido a su padre que se mudaría y se haría cargo de todo y de todos. Pero por otro lado estaba Laura. No podía pedirle que abandonara todo y se viniera con él a Londres. No sabía qué era lo que iba a hacer. De momento dejaría zanjado el funeral de su padre y disfrutaría los días que ella había venido a pasar con él. Luego ya se enfrentaría a la realidad.

Laura llevaba ya dos horas esperando, se había tomado dos cafés y ya estaba

empezando un tercero. Notó unas manos que le rodeaban la cintura y una nariz que le rozaba el cuello. Sonrió de oreja a oreja al notar su suave tacto. Este hombre la trastocaba, la volvía loca. Pero sin duda alguna era lo que ella quería. Se dejó mimar un poco más por sus caricias, unos cálidos labios se posaron sobre la base de su cuello, se le erizó la piel y soltó una suave carcajada. Entonces se dio la vuelta y se encontró con esos maravillosos ojos que la miraban fijamente y con cariño. – Hola. – le susurró. Brendam le devolvió el saludo con un casto beso en los labios. – ¿Cómo estás? – Era una pregunta tonta en esos momentos, pero no sabía que decir.

– Digamos que bien, mejor desde que tú has llegado. – La sonrisa de Laura se ensanchó al escuchar esas palabras.

– Gracias...

– No cielo, gracias a ti por haber venido. Se lo he dicho antes a mi hermano ahora te lo digo a ti. No me había dado cuenta, de cuanto me hacías falta, hasta hoy. Te echado mucho de menos. No sabría decirte cuanto, pero mucho. – Laura se abalanzó sobre él, le rodeó el cuello con sus brazos, y lo besó dulcemente. Esas palabras le habían llegado al corazón. Ella también lo había echado de menos y mucho. – ¿Nos vamos?

– Sí, aún tengo que dejar mis cosas en el hotel.

– ¿Hotel? No, nada de hotel. Tú vienes a mi casa.

– Brendam, tengo habitación reservada. Además imagino que estos días van a ser un poco caóticos. Lo mejor es que vaya... – Laura se calló de repente. La cara de Brendam era indescriptible. Sus labios formaban una línea recta, se estaba enfadando.

– Te vienes a mi casa. – rugió. – No hay más que hablar.

– Brendam...

– ¡He dicho a mi casa! – cogió la maleta que estaba al lado de Laura, y salió disparado de la cafetería. Laura se quedó con los pies clavados al suelo, ¿que había sido eso? jamás había visto a un Brendam tan dominante. Pero tenía que reconocer que le había gustado. – ¿Vienes? – Vociferó desde la puerta. Pero bueno, ¿qué le pasaba? Consiguió reaccionar y caminó hacia él. No iba a discutir y menos en un hospital. Se iría con él. Realmente era lo que más deseaba, pero no quería hacerlo tan evidente. Lo siguió por los largos y anchos pasillos de color crema con franjas verdes. *Que tétricos pueden parecer algunos hospitales*, pensó para sí misma. Llegaron al parking, si el hospital era tétrico, el aparcamiento no se quedaba atrás. Estaba casi a oscuras. Las pocas luces que había, eran fluorescentes a punto de morir, que para colmo no hacían más que parpadear. Era el ambiente típico de una escena de terror, en la que al protagonista lo van a intentar acuchillar. Múltiples imágenes se le vinieron a la cabeza. Aligeró el paso y se puso junto a Brendam. Así se sentía más segura. – ¿Ocurre algo? – le preguntó divertido.

– No.

– ¿Segura? has venido casi corriendo a mi lado. – se ríe. Laura lo miró con odio.

– Tienes que reconocer que este aparcamiento da miedo. Me recuerda a la películas esas de Saw. – le entraron escalofríos. Brendam comenzó a reírse, la rodeó por los hombros y la atrajo hacia su cuerpo.

– No te preocupes, yo te protegeré. – y le dio un beso en la sien.

– ¡Oh, mi héroe! – ironizó. Llegaron hasta el coche, Laura se subió en él, pero algo no le cuadraba. Brendam la observaba desde fuera, riéndose a carcajada limpia. – No sabía que querías conducir. – Se puso tan roja, que parecía que había comido una guindilla.

– Es la costumbre.

– Lo sé, tranquila, no eres a la única que le ha pasado.

– ¿No?

– No, a Beatriz le pasó lo mismo. – Laura se tensó al oír ese nombre. – Bueno

na, ¿me cambias el sitio? – salió del coche y se fue hacia la otra puerta sin mirarlo a la cara. No sabía el por qué, pero era escuchar hablar de ella y ponerse de mal humor. Se sentó en el interior, se puso el cinturón y cruzó los brazos por debajo de su pecho. Parecía una cría, pero le daba igual. Brendam la miraba fijamente. – A mi casa. – Eso no era una pregunta, era una afirmación. Laura no le contestó, total, daba igual lo que ella dijese. La decisión ya la había tomado él. En silencio fueron recorriendo las calles de Londres. Aburrida de tanto mutismo encendió la radio, para su suerte, en esos momentos sonaba su canción favorita. My recovery de James Arthur. Se giró de repente al oír como la voz de Brendam hacía de coro a la canción.

***"I don't wannaplay this game no more
I don't wanna play it
I don't wanna stay round here no more
I don't wanna stay here"***

– ¿Te gusta James Arthur? – le preguntó con curiosidad. Él la miró por el rabillo del ojo con una sonrisa y asintió, al mismo tiempo que no dejaba de cantar. Al final acabaron los dos cantando a pleno pulmón. Le siguieron una par de canciones más, hasta que llegaron a su casa. A Laura le había desaparecido el enfado, el buen humor había vuelto. El rato de karaoke que se habían marcado en el coche le había encantado. No conocía esa faceta de despreocupación de Brendam y le gustaba.

– Hemos llegado. – dijo, mientras aparcaba el coche. Frente a ella se alzaba un enorme edificio de doce plantas.

– Déjame adivinar, vives en el último piso. – Él sonrió.

– No, vivo en el décimo. El ático ya estaba vendido. ¿Vamos? – la miró con un brillo especial en los ojos.

Una vez en el piso, Brendam le mostró todas las estancias de la casa. Acabaron en la cocina, donde abrió un armario y sacó un vaso. La miró y le ofreció si quería beber algo. Ella negó con la cabeza. Estuvo observando como Brendam se desenvolvía por la cocina sin problemas. – ¿En cuál de las habitaciones quieres que me instale? – preguntó de repente Laura. El la miró serio y con una ceja enarcada.

– ¿En serio me estas preguntado eso?

– Sí, quiero deshacer mi equipaje.

– Creo que es bastante obvia la respuesta, ¿no crees? – ella lo miró seria. – Dormirás en mi habitación. – ¡Venga ya! pensó para sí misma. Pero al mirarlo directamente a la cara, cualquier replica que se le estuviese pasando por la mente, de desvanecía rápidamente.

– Está bien, dormiré en tu habitación. – Una sonrisa se dibujó en la cara de Brendam. Era de satisfacción, había conseguido su propósito.

– Nena, a las siete es el velatorio. ¿Vendrás verdad?

– Claro que iré, he venido para estar contigo. – Y el hecho de que ande esa moscona detrás de él, reforzaban aún más las ganas de acompañarlo y no dejarlo solo ni un segundo.

Brendam la miraba agradecido de tenerla allí. Parecía mentira, pero verla en Londres, en la que era su casa, lo hacía muy feliz. – ¿Te apetece comer algo? – ella alzó la mirada y lo miró fijamente a los ojos.

– Sí, por favor. Estoy famélica.

– No tengo mucho que ofrecerte, he comido fuera todos los días. ¿Ensalada?

– Me parece perfecto. ¿Te importa si voy a cambiarme de ropa? Me gustaría estar más cómoda.

– Claro nena, estás en tu casa. – No se dio cuenta del significado de esas palabras, hasta que ella le sonrió y desapareció por la puerta de la cocina.

Después de comer y de charlar un poco sobre la encimera de la cocina, decidieron descansar un rato en el salón antes de prepararse para el velatorio. Iba a ser una tarde larga. Brendam estiró las piernas en el sofá e invitó a Laura a que hiciese lo mismo. La paz y la relajación de sus respiraciones hicieron que ambos se quedasen dormidos. Ella con la mejilla y la mano apoyadas en su pecho y él con un brazo sujetando su cuerpo, la cabeza apoyada en la suya y la otra mano agarrando con firmeza la de Laura. De repente Laura se despertó aturdida. Alzó la mirada y notó dos ojos verdes que la miraban fijamente. – ¿A dormido bien mi bella dama?

– Estupendamente. – dijo estirando cada músculo agarrotado de su cuerpo. – ¿Qué hora es?

– No lo sé, yo también me he quedado dormido. Me hacía falta descansar.

– Deberíamos levantarnos...– dijo vagamente. No le apetecía nada, estaba tan a gusto acurrucada con él. Ambos se levantaron a desgana del sofá.

– ¿Una ducha?

– Sí, por favor. – Brendam la cogió de la mano y la entrelazó con la suya.

– Ven conmigo.

Llegaron al baño de la habitación principal, la soltó un instante para accionar los mandos de la ducha y que el agua fuera calentándose. Se giró y fue acercándose lentamente a ella. Cuando la tuvo de frente, le rodeó la cintura con los brazos. La atrajo hacia su cuerpo y apoyó la frente sobre la de ella. – Me encanta que estés aquí. – le susurró cerca de sus labios. Entonces se inclinó un poco más sobre ella y la besó. Ella enroscó los brazos en su nuca y le devolvió el beso. Le encantaba el sabor de su boca, el roce caliente y húmedo de su lengua. – Nena... – dijo como pudo sobre sus labios. – Te quiero en la ducha ¡ya! – Laura sonrió sobre su boca y sin despegarse de él comenzó a desnudarse. Brendam la imitó.

Ya desnudos, la cogió en brazos y la llevo hasta el plato de ducha. Antes de meterla dentro comprobó que el agua estuviera a buena temperatura. – Adentro pequeña, vamos a relajarnos. – esto último lo dijo con un tono de voz bajo y cargado de sensualidad. El agua comenzó a resbalar por sus cuerpos desnudos, el calor relajó la tensión de sus espaldas. Estaban juntos, eso era lo que más les importaba en ese momento. Brendam estiró un brazo, cogió una esponja y el gel de ducha. – Te voy a enjabonar el cuerpo.

– Puedo hacerlo yo.

– No te estaba preguntando, ni pidiendo permiso para hacerlo. Solo te informaba de lo que iba a hacerte. – le dijo con el ceño fruncido. ¿Pero qué demonios le ha pasado a este hombre?

¿Se ha vuelto posesivo de repente?

O ¿es qué ya lo era, pero nunca lo había sacado a la luz?

No tenía ninguna gana de discutir, así que lo dejó hacer a su antojo. Además, ¿a quién no le gusta que la mimen un poco?

Brendam echó el gel por la esponja y comenzó a recorrerle el cuerpo con ella. Deteniéndose en cada recoveco, admirando toda su desnudez. De repente la esponja salió disparada hacia el suelo, fue sustituida por unas manos fuertes y firmes. Recorrían su cuerpo de arriba abajo. Finalmente una de ellas se detuvo en sus pechos y la otra fue directa a su sexo. – No puedo contenerme más, nena. Voy a follarte, aquí y ahora. – le dijo pegado a su espalda con la boca en su cuello. Laura gimió de placer al notar como sus manos comenzaba a hacer de las suyas sobre su cuerpo. La mano que tenía sobre el pecho, se puso en marcha y comenzó a masajearlo. Rozaba el pezón, y lo iba estimulando hasta ponerlo duro. Al tiempo que con la otra mano se iba abriendo paso, haciendo pequeños círculos, hasta llegar a su clítoris.

Laura echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hueco de su cuello, arqueó su cuerpo, buscando más fricción en sus caricias. Brendam aprovechó y le tiró fuerte

del pezón, a la vez le introdujo dos dedos en su interior. – ¡Ah! – gimió ella. – ¡Por dios! ¡No pares! – estaba loca de deseo. Y el cabrón de Brendam se había quedado con la mano dentro y sin hacer nada. Se estaba consumiendo por dentro. ¡Por Dios! ¡Llevaba semanas sin sexo! ¡Sin él!

Notó como él soltaba una pequeña risa. – ¡Zas! – Un picor recorrió todo su cuerpo. ¿Acababa de darle un azote en el culo? Laura estaba atónita.

– Nena, he de reconocer, que echaba de menos poder ponerte la mano encima. Me encanta y sé que te encanta. – Para qué negarlo, era verdad. Y ella también había echado en falta unas buenas manos que le dieran lo que tanto necesitaba. – Coloca las palmas de las manos en la pared, con los brazos abiertos en uve. – Laura se giró para mirarlo. Y nada más verle la cara, un calambre atravesó su sexo, consiguiendo que se humedeciese más. Obedeció al instante su orden. Ya estaba deseosa de que le hiciera lo que fuese que fuera a hacerle. – Inclínate hacia adelante. Ahora separa las piernas lo más que puedas. – Siguió sus órdenes al pie de la letra. – ¡Zas! – otra palmada.

– ¿Te gusta?

– Sí. – jadeó.

– ¿Quieres más?

– Sí.

– Sí ¿qué? – Bramó él.

– Sí Amo – soltó con un hilo de voz, al darse cuenta de lo que le estaba pidiendo.

A continuación, una sucesión de palmadas fueron a parar a su trasero. Estaba muy excitada, cada golpe la hacía gemir más y más. Con cada gemido, Brendam aumentaba el ritmo y la fuerza. Tenía las nalgas al rojo vivo. Se cogió el pene con la mano que tenía libre y lo dirigió hacia su abertura. La penetró de una sola estocada. Laura arqueó la espalda, cuando la sintió en su interior. Un pequeño grito salió de su boca. – ¿La sientes? – le preguntó, pero sin obtener respuesta. – ¡Contesta cuando se te pregunte! – gruñó, mientras la embestía.

– ¡Joder, sí!

Dejó de darle azotes, cogió su melena y se enredó en la mano. Tiró fuerte de ella, mientras que la otra la posó en su cintura, para poder arrastrarla hacia él con cada penetración. Cada golpe en su interior, la catapultaba hacia el orgasmo, era inminente. Brendam notaba como sus paredes vaginales se contraían y estrangulaban su pene. – Ni se te ocurra, no hasta que yo lo ordene.

–No puedo más...– jadeó de nuevo. – Estoy a punto.

Lo notaba, no hacía falta que ella se lo dijese. Sabía que su orgasmo, estaba a punto de hacer su aparición triunfal. Aceleró el ritmo, quería correrse con ella. Ambos gemían y gritaban de placer. – ¡Ahora! – gritó Brendam. – Córrete ahora, ¡Conmigo! – Un latigazo atravesó su espalda y la recorrió hasta llegar a su vagina, donde estocada tras estocada, explotó entre gritos. En un sublime orgasmo que la dejó exhausta. – ¡Dios bendito! – dijo Laura, sin pensar. Notaba como el líquido espeso y caliente rebosaba de su vagina y de deslizaba lentamente por sus piernas. Brendam sonrió de satisfacción. Había sido increíble. Terminó de vaciarse en su interior y salió lentamente, arrancándole otro gemido de su garganta. – ¿No has tenido suficiente? – Ella se giró para mirarlo.

–Nunca tengo suficiente. Recuerda que he estado semanas sin sexo real. – Brendam se carcajeó.

–Prometo compensarte. – le dio un suave beso en los labios.

–Más te vale. – le dijo pegada a sus labios. – Anda vamos a terminar de ducharnos, o no llegaremos. – Brendam la abrazó con fuerza.

–Gracias... – Laura lo miró arqueando una ceja.

– ¿Gracias por qué?

–Por estar aquí. – ella sonrió. Nada le apetecía más, que estar junto a él. Si por

ella fuera hubiese venido antes.

Capítulo 14

Pasaron dos días, entre velatorio y entierro. Laura no había parado de conocer a toda la familia de Brendam. En ocasiones se sentía incomoda, había gente que la miraba con recelo, en especial Beatriz. Pero aguantó estoicamente las miradas punzantes de todas las personas que no dejaban de observarla. La mayoría mujeres, que sin duda alguna, habían sido conquistas de Brendam. Sin embargo se sintió un poco más arropada cuando Neithan la recibió con los brazos abiertos. La conexión con él, había sido magnífica. Se reían juntos y le hacía pasar los malos tragos de una forma más amena. Conoció a la mujer que estaba casada con el padre de Brendam. Se llamaba Carol. Era una persona afable y con buen carácter. A pesar del momento que estaba viviendo, tenía una sonrisa perpetua en la cara. Sonrisa que regalaba a cualquier persona que se le acercara. Sintió un gran alivio, cuando pudo comprobar que Brendam y Neithan la querían como a una madre. Pero lo que mejor le hizo sentir, fue que la mujer, también la recibió con los brazos abiertos. Era dulce y amable, les procesaba mucho amor y ternura a los dos hombres de su familia.

Laura llevaba ya dos días en Londres, junto al que denominaba su chico. Se sentía satisfecha. Durante esos días, Brendam le había recompensado su ausencia con creces. Y ella había disfrutado todos y cada uno de los momentos vividos junto a él. Estaba en la cama estirada, rememorando todas y cada una de las experiencias, cuando Brendam apareció por el umbral de la puerta. Iba cargado con una enorme bandeja de madera. Cuando se acercó hasta ella, observó que una par de vasos con zumo de naranja, asomaban por el borde.

– ¿Quiere mi chica un suculento desayuno? – Laura sonrió.

–Ummm... por favor...

–Vale, si vuelves a gemir, no habrá desayuno. – le soltó de repente. Laura sonrió... Sí que habría desayuno, lo que sería otro tipo.

Brendam se sentó en el borde y la instó a que ella se incorporara un poco. Lo hizo sin rechistar. Apoyó la bandeja sobre la cama y se deleitó la mirada con los manjares que ante ella aparecían. En la bandeja no solo había los zumos. Había tazas con café, una jarrita de leche y un surtido muy variado de bollería. No se decidía por dónde empezar, finalmente se decantó por un donut de azúcar enorme. Le dio un mordisco y por poco no se murió de gusto. Estaba blando y jugoso. Le pegó otro bocado más, bajo la atenta mirada de Brendam, estaba disfrutando viendo como comía. – Nena, tengo que comentarte algo. – Ella lo miró con atención, esperando a que hablase, pero entonces el teléfono comenzó a sonar. Brendam lo miró frustrado, y se levantó para poder contestar. Laura lo observó, mientras hablaba, al tiempo que disfrutaba de su delicioso desayuno. Cuando colgó el teléfono se acercó de nuevo a ella.

– Podría acostúmbreme a esto. – le dijo Laura pícaramente. – Aunque después, tendría que acudir al gimnasio urgentemente. ¿Qué querías decirme antes? – Él la miró sonriente.

–Nada, quería avisarte de que hoy a comida en casa de Carol. – Le estaba mintiendo, pero la veía tan feliz sobre su cama, que no quería chafarle el día de ninguna manera.

– ¡Genial! – exclamó Laura. Tenía muchas ganas de ver de nuevo a esa mujer y de pasar ratos con ella. Le transmitía calma y cariño.

A media mañana llegaron al domicilio familiar. Una mujer, con una gran sonrisa, les abrió la puerta. – Pasar, pasar. Solo faltabais vosotros. Ya han llegado el resto de los invitados. – Brendam lo miró horrorizado.

–Creí haber entendido, que era una comida familiar. – La mujer amplió aún más la sonrisa.

–Bueno, nuestros amigos son nuestra familia. – a Laura se le escapó la risa ante la cara de horror de su chico. – Venga, no les hagamos esperar más.

Se adentraron al interior del domicilio. Para su sorpresa, había más gente allí de la que se habían imaginado.

Laura notó como alguien le clavaba la mirada. Se giró para comprobar de quien se trataba, el cuerpo se le heló al encontrar allí a Beatriz, que la miraba con cara de querer matarla. Se recompuso inmediatamente y con toda su chulería la saludó con la cabeza y le mostró su sonrisa más falsa. Luego para cabrearla aún más, se agarró de la mano de Brendam y se pegó a su cuerpo. Quería que le quedase claro que él, era suyo. Su plan había funcionado. Observó cómo Beatriz se ponía roja por momentos, con la cara desencajada y llena de ira. Entonces Laura, para añadir un poco más de salsa al asunto, le guiño un ojo, provocando que ella se diera la vuelta y se marchase lejos de ellos. *Laura uno, Beatriz cero*, musitó.

– ¿Cielo, has dicho algo?

–No, no nada. – contestó inmediatamente.

Carol los guió hasta el salón, donde se encontraban todos los invitados. Fueron recibidos con una gran sonrisa por parte de algunos, y con miradas de reproche por parte de otras. De repente, Laura notó como unos brazos le rodeaban la cintura. Le venían de la espalda, por lo tanto Brendam no podía ser, entre otras cosas porque le tenía sujeta la mano. ¿Entonces quién demonios la estaba abrazando tan efusivamente?

– ¿Cómo está mi cuñada favorita? – Neithan, quien sino iba a ser. Laura chilló, al notar como sus pies se despegaban del suelo, provocando que todos prestaran atención al espectáculo.

– ¿Cuñada? ¿Favorita? Será por qué no tienes otra, imagino. – Brendam se carcajeó. Le hacía gracia ver que su hermano, ya la había aceptado en la familia. Cuando realmente ellos, a pesar de dejar claro ante todos que estaban juntos, ni siquiera habían definido su relación. Simplemente se dejaban llevar por lo que sentían, pero tarde o temprano tendrían que hablar.

– ¿Qué tal se ha portado mi hermano contigo? Espero que te esté cuidando bien, sino dímelo y le daré una paliza. – Laura le sonrió. Neithan era un encanto. Desde que se conocieron, en el hospital, la había estado tratando como una más de la familia.

–No te preocupes, si alguien le da una paliza a tu hermano por no portarse bien conmigo, seré yo.

–Ya lo has visto Neithan, la dama sabe cuidarse muy bien sola. – le guiñó el ojo y la besó en la frente.

En ese momento, Carol, dio la voz de que la comida iba a servirse. Todos los que allí se encontraban, se dirigieron hacia la gran mesa del comedor. Fueron tomando asiento, cuando de repente, alguien pasó ágilmente y con rapidez por su lado. *No puede ser verdad*, pensó Laura para sus adentros. Acababa de ver a Beatriz al otro lado de la mesa y como un rayo la rodeó para poder sentarse junto a Brendam. Neithan, que se había dado cuenta de la jugada, fue más listo que ella y se sentó a su lado. Después instó a Laura con la mirada para que se sentara en su lado izquierdo, para así poder dejar a Brendam lo más retirado posible de Beatriz. La cara de fastidio, era un triunfo para ellos. Aunque las miradas asesinas volaron, como era de esperar. – Gracias. – Le susurró Laura a su “cuñado”.

–De nada cuñada, no aguanto a esta mujer. Y menos verla revolotear cerca de mi hermano, contigo delante. Es una descarada.

Pasaron la comida entre charlas, risas y algún que otro interrogatorio dirigido a la recién estrenada pareja. Sortearon las preguntas como pudieron, siempre con una

sonrisa en la boca y, la amabilidad en todas y cada una de sus respuestas. Algunas de las miradas de reproche que antes Laura recibía, fueron transformándose en pequeñas sonrisas y miradas de disculpa. Otras sin embargo habían empeorado cada vez más. – Si las miradas matasen, ahora mismo estaría carbonizada en la mesa. – le dijo Laura a Neithan. Comentario que no le pasó desapercibido a Brendam.

– ¿Por qué dices eso nena?

– ¡Venga ya! ¿En serio no te has dado cuenta de las miraditas que me echan?

– Pero si me he dado cuenta hasta yo. Y ya sabes que yo soy muy despistado para estas cosas. – Intervino Neithan.

– No, de verdad que no he visto nada raro.

– Déjalo, carece de importancia. – respondió Laura. – Las personas a las que esperaba caerles bien, ya me han demostrado que así es. Los demás me dan exactamente igual.

– Ni caso. Esas miradas son de pura envidia, porque eres una mujer preciosa y bella, tanto por fuera como por dentro. – Contestó Brendam, reafirmando sus palabras con un dulce beso en los labios. – Además eres toda mía y eso es algo que me vuelve loco. – Un rechinar de dientes, se escuchó a su lado. Los tres se giraron de golpe y observaron a Beatriz. Estaba furiosa y no se molestó en ocultarlo. Echó bruscamente la silla hacia atrás.

– Disculpádmeme. – Dijo secamente. Se encamino hacia la puerta del comedor, bajo la atenta mirada de los comensales, que no entendían a que había venido eso. Laura y Neithan se miraron con una pequeña sonrisa instada en sus rostros, mientras que Brendam seguía igual de sorprendido que los demás miembros de la mesa. Estaba más que claro que el halago y posterior comentario de Brendam, no le había gustado nada. Por el contrario a Laura, le había encantado.

Llegó la tanda de postres, había tantos que podían comer uno distinto cada uno. En ese momento, la vejiga de Laura, comenzó a hacer acto de presencia. Se acercó a Brendam para preguntar dónde estaban los servicios. – ¿Te acompaño? – ella lo miró horrorizada.

– ¡Ni se te ocurra! – Brendam río.

– Tercera puerta a la derecha.

– Gracias. – y le besó en la mejilla en compensación.

Llegó al baño y se relajó. La vejiga había estado a punto de estallarle. Estaba terminando de subirse los pantalones, cuando de repente la puerta se abrió. – ¡Ocupado! – pero no sirvió de nada. No la habían escuchado. La luz se apagó de repente. – Brendam, ¿eres tú? – No obtuvo respuesta. – ¿Tienes ganas de jugar? – ronroneó.

– ¡Serás zorra! – Una mano voló hacia su rostro, asestándole un tortazo en la mejilla. Laura palideció. Esa voz era de mujer y sin duda sabía perfectamente de quien provenía.

– Beatriz... – se encendió la luz.

– Sí, pedazo de zorra.

– ¿Qué coño haces? – otra vez, la mano se dirigía hacia su cara. Pero esta vez pudo detenerla a tiempo. – Como me vuelvas a tocar, ¡no respondo! – Bramó Laura.

– ¡Aléjate de Brendam!

– ¿Y si no lo hago?

– Atente a las consecuencias. – le dijo con chulería.

– ¿Me estas amenazando? – se carcajeó en su cara. Beatriz se enfureció aún más.

– Te he investigado, si no dejas a Brendam, le diré que clase de gustos sexuales tienes. Le diré la clase de mujer que eres.

–Y según tu opinión, ¿Qué clase de mujer soy Beatriz? – no le contestó. – ¡Mira guapa de cara! Te lo voy a decir una vez y no más. – le apuntó a la cara con el dedo índice, en tono amenazador. – Primero, como se te ocurra intentar de nuevo, ponerme la mano encima, juro que te machaco. – Beatriz dio un paso atrás. – Segundo, tus amenazas me importan una mierda. Y tercero, aléjate tú de Brendam, o entonces sí que te las tendrás que ver conmigo. ¿Te ha quedado claro? – Pasó por su lado dándole un golpe en el hombro, para enfatizar más su amenaza. Estaba a punto de salir del baño, cuando de repente la voz de Beatriz la bloqueó.

– ¿Te ha dicho Brendam que no va a volver a España? – el corazón le dio un vuelco. No podía ser verdad. – Por tu cara, intuyo que no te ha dicho nada. Pues que te quede claro que se queda en Londres. No va a volver contigo. Así que si no quieres sufrir, te recomendaría que te largases cuanto antes a tu casa y te olvides definitivamente de él. No es hombre de una sola mujer y nunca lo será. – Esta vez fue Beatriz quien le golpeó en el hombro al salir del lavabo.

Laura se quedó pensativa. Al final la bruja se había salido con la suya. La dejó en el baño, recomponiendo su cabeza. Estaba extrañada, ¿Cómo es que Brendam no le había mencionado nada?

¿Acaso quería disfrutar lo que pudiese de ella, para después dejarla sin más?

No podía ser, la había presentado ante su familia. Pero entonces, cayó en la cuenta de algo que había sucedido esa mañana. Él, le dijo que tenía algo que comentarle, cuándo justo lo llamaron por teléfono. Un pequeño rayo de esperanza asomaba en su nublada cabeza. Pero eso no quitaba el hecho de que se lo hubiese ocultado, que por la mañana la hubiese mentido, diciendo que lo que le tenía que decir era que había comida familiar. Bien, hoy sin duda iba a aclarar las cosas con él. Esto no podía quedar así y menos darle la satisfacción a la zorra de Beatriz.

Salió del servicio y al llegar al comedor se encontró con dos deliciosos postres que habían colocado en su sitio. Solo se fijó en uno. – ¿Qué es eso? – dijo señalando una de las porciones de tarta que tenía frente a ella.

– Lemon Pie, ¿no te gusta? – preguntó Brendam preocupado. Ella lo miró asombrada.

– ¿Qué si no me gusta? ¿Estás loco? ¡Es mi tarta favorita! – dijo con alegría. El alivio envolvió la cara de Brendam.

–Si quieres repetir, no tienes más que decirlo, nena.

– ¡No! ¡Tendría que ir toda una semana al gimnasio, para poder quemar todas estas calorías!

Entonces Brendam se acercó lentamente a su oído, y con voz cargada de deseo le dijo:

– Yo conozco otras formas de quemar calorías...

Un escalofrío recorrió la espalda de Laura, al sentir el cálido aliento de Brendam en su oreja. La piel se le erizó con el contacto de sus labios, cuando la besó dulcemente, justo debajo del lóbulo. Se giró de repente, para así poder encontrarse con su verde mirada.

Una mirada que la volvía loca.

Una mirada que con solo notarla, se le encendía la piel.

– ¡Basta Brendam! ¡O saldré ardiendo por combustión espontánea!

Brendam se carcajeó. Laura lo volvía completamente loco.

Desde que la conoció, notó que había algo especial en ella. También algo peligroso. Pero era como un imán, no podía apartarse de ella. Aunque, la verdad sea dicha, tampoco quería hacerlo. Pero había aún por tratar, un asunto que iba a ser delicado. Lo que tenía claro era que, antes de abordar ese tema, debía hablar con ella sobre su relación. Necesitaba saber qué tipo de situación sentimental tenían. Si eran solo amigos y compañeros, que disfrutaban del sexo, como bien habían pactado

previamente... O si por el contrario, como él deseaba, podían llegar a ser algo más. Una pareja.

Después de todo, el hecho de que ella se hubiese presentado en Londres, para poder estar con él, apoyarlo en un momento tan difícil, tenía que significar algo. Eso no era una simple amistad. Nadie se va de prisa y corriendo a otra ciudad, para apoyar a alguien en la muerte de un familiar, si esa persona no le importase lo suficiente.

Aunque no las tenía todas consigo. Ya que aún le quedaba otro tema aún más complicado por abordar. Ahora con su padre fallecido, él se había tenido que hacer cargo del bufete que regentaba. Por lo que iba a ser imposible volver a España. Quizás en un futuro, no muy lejano, pero tampoco cercano. Sería muy egoísta por su parte pedirle, que se quedara con él en Londres. También lo sería, si le pidiese que mientras él estaba aquí y ella en España, que lo esperase. Por muchos viajes, que tanto él como ella, pudiesen realizar los fines de semana, sería algo injusto, no sería suficiente. Tenía muy claro que al final, la distancia acabaría por separarlos definitivamente.

La dura realidad, le estaba asestando un fuerte golpe. Si ella no aceptaba su proposición de quedarse en Londres con él, entonces, no le iba a quedar más remedio que dejarla marchar. Algo que le partiría el alma y el corazón. Pero necesario para que ella tuviese la oportunidad de rehacer su vida con otro hombre. Ese pensamiento lo llenó de ira. No soportaba la idea de que otro hombre la tocara. Que la hiciese feliz. Que le diese todo lo que ella necesitara.

Ese hombre tenía que ser él. No podía haber nadie más, que la hiciese sentir, necesitar una caricia. Quería ser él quien la complaciese en todo lo que ella pidiese.

Capítulo 15

Pasaron toda la tarde entre tazas de té, café, pastas y pastelillos. Charlas insulsas combinadas, en ocasiones, con otras un poco más interesantes. Brendam no se separaba a penas de Laura, provocando miradas de curiosidad entre la gente. Solo de pensar en su inminente charla y que quizás a raíz de esta, pudiese perderla, no hacía más que fomentar su proximidad hacia ella. De esa manera podía sentir su calor. Olerla, ver sus ojos, contemplar su sonrisa.

Se tiró toda la tarde embelesado contemplando como contestaba, con mucha educación, a todas y cada una de las preguntas que le lanzaban los amigos de la familia.

– ¿Y tenéis pensado casaros? – esa pregunta sacó a Brendam de sus pensamientos.

– ¡Pero bueno! – exclamó Clara, cuando vio la cara de apuro que había puesto Laura y la mirada asesina de su hijo. – ¿Qué clase de pregunta es esa Sarah?

Sarah, se sintió satisfecha con su pregunta. Había conseguido ponerlos en un pequeño aprieto. Ella era la madrina de Beatriz. Clara sabía bien el propósito de esa pregunta, sin duda alguna velaba por el interés de su ahijada.

Brendam, se giró hacia ella, con una mirada de advertencia, la cual Sarah pasó por alto. Conocía bien a esa mujer y sabía lo mucho que le gustaba poner en apuros a la gente.

La mujer lo miró con una sonrisa e ignoró su mirada agresiva. – ¿Y bien chicos? ¿Habrá boda próximamente?

Brendam se tensó, al volver a oír la pregunta. Iba a hablar cuando Laura le puso la mano en la pierna, para pararlo. Entonces la miró, sonrió dulcemente y dejando a su chico sin palabras contestó... – Señora, no estoy embarazada "aún" – enfatizó la palabra para causar más efecto. – como para tener que casarme apresuradamente. Llevamos poco tiempo saliendo juntos. Deje que disfrutemos de nuestro noviazgo, antes de empezar a formar "nuestra" propia familia.

Beatriz y su madrina no supieron que contestar. La ira y la impotencia ante su corte, se reflejaban en sus rostros. La que peor se lo había tomado, era Beatriz. Cuando escuchó la palabra embarazo, palideció de golpe. El resto de la tarde, transcurrió con total normalidad, sin ninguna lindeza más por parte de esas arpías

– ¿Qué te apetece cenar? – le preguntó Brendam. Hacía un rato que habían llegado a su casa. Después de una buena dosis de sexo, los dos se encontraban sumergidos en la gran bañera que había en el cuarto de baño principal. Estaban disfrutando del relax y la tranquilidad. Calma y paz se respiraba en el ambiente. Silencio.

– ¡Cenar! ¿Me lo estás preguntando en serio?

– Sí. – Laura lo observó boquiabierto. Estaban sentados uno frente al otro, mientras él le masajeara los pies. – ¿No tienes hambre?

– ¡Brendam! ¿Cómo voy a tener hambre, con todo lo que hemos comido hoy?

– Pues yo sí que tengo hambre... – refunfuñó.

– ¡Pues come! A mí, no me entra nada más en la boca.

– ¿Ni siquiera esto? – preguntó alzando las caderas, a la vez que las cejas. Laura se carcajeó.

– Para esta... – dijo dulcemente, cogiéndola con la mano. – siempre hay y habrá

apetito. – Brendam jadeó al notar su tacto. – Pero la verdad, es que ahora mismo, lo que me apetece es...

– ¿Qué te apetece nena? – la interrumpió. Estaba ansioso.

– Ummm... – gimió, haciéndose la interesante. – Lo que me apetece es... tumbarme y relajarme. Tal y como estábamos hasta ahora mismo.

– ¡Eres... eres...! ¡Mira como me has dejado! – dijo señalando su erección.

– Eso de ahí... – contraatacó ella. – te lo has provocado tu solito. No tengas tanta imaginación ¡tío listo!

Brendam la miró receloso, la sujetó fuerte del tobillo y tiró de él. Laura pegó un grito de sorpresa, cuándo notó el tirón. Acabó sumergida en la bañera. Al sacar la cabeza a superficie y conseguir respirar de nuevo, alzó la mano y le asestó una palmada en el brazo a modo de regañina. – ¡Estás loco! – le espetó.

– Por ti nena. Tú me vuelves loco. – Laura se derritió.

– Y tú, acabarás por volverme loca del todo.

– Me encanta volverte loca, siempre y cuando sea de placer.

– ¿Te gusta volverme loca de placer? – Él asintió. – A mí me encanta que te encante... – Se fue acercando lentamente hasta Brendam. Y cuándo estuvo cara a cara, le rodeó el cuello con los brazos para acto seguido besarlo dulce y tiernamente.

Terminado el relajante y excitante baño, más los divertidos jueguecitos de toallas posteriores, Laura se puso ropa cómoda. Unos pantaloncitos de algodón blancos con una camiseta de tirantes amarilla. Brendam hizo lo mismo. Escogió como atuendo unos pantalones de chándal de color negro y una camiseta sin mangas blanca. – Estas para comerte. – le dijo, mirándola de arriba abajo. Laura sonrió.

– Lo mismo te digo.

Se fueron a la cocina y ella se sentó en uno de los taburetes, que había debajo de la barra americana. Brendam comenzó a moverse de un lado al otro, abriendo y cerrando armarios y cajones a su paso. Extrayendo y guardando varios ingredientes y utensilios de cocina. – ¿De verdad no quieres cenar? – Laura meneó la cabeza, estaba disfrutando del espectáculo. No quería que parase de moverse. – ¿Estás segura?

– ¡Sí... pesado! – Brendam alzó las manos al cielo, ante su respuesta, en señal de rendición

Una vez tuvo lista la cena, se sentó frente a ella. Mientras comía y Laura lo observaba, un silencio incomodo los envolvió. – ¿Brendam?

– ¿Um? – ni siquiera alzó la cabeza para mirarla a la cara.

– ¿Ocurre algo? Te noto muy callado...

No, no ocurre nada. Solo que estoy enamorado de ti, y no se me ocurre manera más egoísta de demostrártelo, que pidiéndote, de rodillas si hace falta, que te quedes aquí conmigo. Por qué no concibo la idea de que te marches a España y puedas llegar a estar con otro hombre. Pensó Brendam en su interior. – No, no ocurre nada. ¿De verdad no quieres un poco? – le dijo para desviar un poco el tema.

– ¡Brendam, joder! – Él se sobresaltó ante su tono de voz.

– ¿Qué pasa?

– ¡Joder! ¡Que me digas de una santa vez lo que me tengas que decir!

– ¿Quieres dejar de chillar como una loca? – Laura lo fulminó con la mirada. – Además, ¿Qué se supone que te tengo que decir?

– Pues vamos a ver... deja que piense un poco. – ella se hacia la interesante y Brendam la observaba expectante, aunque no sabía por qué, pero algo en su interior le decía que ella sabía algo. Se estaba tomando su tiempo. – No sé, por ejemplo... ¡¿Qué no vas a volver a España?! – Chilló de nuevo. – ¿Te parece eso algo, lo suficientemente importante para contarme? – Brendam por poco se atraganta, al final sus sospechas, eran acertadas.

¿Cómo se había enterado Laura? ¿Quién sería la persona que se habría ido de

la lengua?

Parecía enfadada, casi furiosa, pero no parecía afectada. No sabía muy bien cómo interpretar esa señal. – ¿Quién te ha dicho eso? –preguntó algo confuso.

– ¿Y qué más da quien me lo haya dicho? Lo que realmente importa es si es cierto o no.

–No, no es exactamente así, aunque la verdad no se te ve muy afectada por la noticia.

– ¿Qué no se me ve afectada? Veamos, repasemos el asunto. Primero, me vengo a Londres para poder estar contigo en estos momentos, que se supone que son duros para ti. Segundo, tengo que lidiar con una comida familiar en la que no han dejado de escrutarme con la mirada y en la que dos putas arpías han intentado dejarme como si fuera una caza fortunas o que se yo. Tercero, me tengo que enterar por tu amiguita que no vas a volver a España, porque tú no has tenido los santos cojones de decírmelo y no solo eso, que encima tengo que aguantar que me estés diciendo que no se me ve afectada. Pues déjame decirte algo, ¡Sí, estoy afectada! Y me jode mucho que no hayas tenido la suficiente confianza como para decírmelo, porque yo pensaba que realmente teníamos algo. Algo que no se queda en el mero trato que teníamos, sino que algo a más. Más me valdría haberme quedado en mi casa y no haber venido a Londres. – Brendam la miraba perplejo, no se esperaba semejante broca. De repente la vio moverse, se iba de la cocina.

– ¿A dónde vas?

– ¿Y a ti que te importa?

–Pues me importa, sobre todo tú. No quiero que salgas ahora, además ¿Dónde vas a ir? No sabes moverte por esta ciudad, no quiero que te pase nada.

– ¡Uy, espera! Que ahora al señorito le importo. ¡Y una mierda! – terminó de vestirse en un santiamén. Unos cómodos vaqueros y una sudadera eran su mejor atuendo para salir corriendo de allí. No podía pensar, el dolor que sentía al imaginar que Brendam no iba a regresar, podía con ella. Ni lo miró a la cara cuando cogió la puerta. Bajó las escaleras, como si el diablo la persiguiese y salió a la calle a respirar aire puro y relajarse.

Brendam se quedó mirando fijamente la puerta, por la que hace escasos segundos se había marchado Laura. ¿Qué ha pasado para que las cosas se torciesen de esa manera? No lo entendía, la conversación se había desmadrado. Ahora estaba plantado en mitad del pasillo sin saber qué hacer, mientras le reconcomía la culpa. Ahora ella estaba por las calles de Londres deambulando, sin saber por dónde ir y todo por culpa suya, por ser un cobarde y no ser capaz de contarle la verdad. ¿Qué hacía? ¿Salía a buscarla e intentaba hacer que razonara? ¿O por el contrario le dejaba su espacio para pensar? Finalmente se dejó guiar por la segunda opción, si fuera él, le gustaría que le dejaran su espacio para poder pensar y calmarse. En caliente a veces se dicen cosas que no se sienten. Miró el reloj y decidió que lo mejor sería ponerse con cosas del trabajo, para así poder distraerse un rato. Otra cosa era si podría llegar a concentrarse.

Hacía un poco de frío, quizás había escogido poca ropa, pero tenía claro que esa noche no volvería a casa de Brendam. No quería verlo, le había hecho daño. Pero claro, la cuestión era ¿dónde iba a dormir? Estuvo dándole vueltas a la cabeza sobre qué hacer y a donde ir. Fue entonces cuando un nombre se le cruzó por la mente, Neithan.

–Hola preciosa, ¿ocurre algo? – la voz de Neithan la reconfortó al instante.

–Hola hermoso – le dijo con un hilo de voz. – Estoy... la verdad, no sé dónde

estoy, pero me preguntaba si podría quedarme esta noche en tu casa.

– ¿Qué te ha hecho el capullo de mi hermano?

–Mentirme.

–Ya...

–Te prometo que te lo cuento todo si me acoges por esta noche, empieza a hacer fresco y no voy muy abrigada. – Neithan suspiró ofuscado. ¿Qué había hecho el capullo de su hermano?

–Escúchame bien, coge un taxi y ven aquí ahora mismo. No te preocupes, yo lo pago. – le dio la dirección antes de colgar y la esperó pacientemente.

Pasados unos veinte minutos, Laura por fin llegó al que esa noche sería su cobijo. En la puerta le esperaba un guapo pero muy serio Neithan que, seguro querría más de una explicación. El taxi paró y el conductor bajó para abrirle la puerta, pero no llegó a tiempo, ya que Neithan se le adelantó. Cuando Laura salió del coche, él la estrechó contra su cuerpo y le dio un abrazo, de esos que se necesitan en muchos momentos y que agradeces en el alma cuando te los dan. Entraron en la casa y Laura se quedó impresionada al ver lo bonita que era. – Guau Neithan, tienes una casa preciosa.

–Gracias, cuñada.

–Tienes muy buen gusto.

– ¿Yo? No, para nada. La decoradora es la que lo tuvo. – se carcajeó. – Venga anda, pasa y siéntate. ¿Quieres un té? – Laura lo miró frunciendo el ceño y negó con la cabeza. Odiaba el té desde pequeña.

– ¿Tienes café?

–Si claro, ¿prefieres uno?

–Por favor.

Al cabo de unos minutos apareció Neithan con una taza de café y una copa de vino. Se sentó junto a ella y la miró sonriente. – ¿Has llorado mucho cuñada? – ella lo miró sonriente.

–Un poco, ¿se nota?

–No, para nada, sigues igual de hermosa. – El rubor cubrió sus mejillas, y al verla de esa guisa se juró decirle cuatro cosas a su hermano en cuanto hablase con él. – Bueno princesa, ¿me cuentas que ha pasado? – Laura lo miró a los ojos y las lágrimas volvieron a aflorar por sus ojos, cayendo por sus mejillas.

–Me he enamorado de tu hermano. – Neithan la miró asombrado.

–Cuéntame algo que yo no sepa.

–No Neithan, tú no lo entiendes. Yo no me enamoro, yo tengo mis relaciones, pero no me enamoro.

– ¿Por qué?

–Tengo un estilo de vida sexual, que no a todo el mundo le convence, incluso algunas personas creen que estamos locos.

– ¿Y qué tiene que ver eso a la hora de enamorarte?

–Bueno, la última vez que me enamoré me hicieron daño y no quiero sufrir por culpa de nadie. Hasta ahora me había ido muy bien. Hasta que...

–Hasta que te topaste con mi hermano. – le interrumpió él. Laura asintió.

–Entre tu hermano y yo, siempre ha habido una conexión especial, desde el día que nos vimos por primera vez. Él me siguió un día y me vio meterme en un club al que yo voy asiduamente a ejercer mi estilo de vida sexual. Se interesó por el tema y finalmente llegamos a un acuerdo.

–Ya veo... ¿pero las cosas han ido a más no?

–Sí, por mi parte sí. Pero realmente dudo de que él sienta lo mismo que yo.

–Créeme que siente tanto o incluso más que tú. Nunca lo he visto con una mujer

como lo llevo viendo contigo estos días.

–Si es así, contéstame una cosa. ¿Por qué me ha mentido?

–No te puedo contestar, si no me cuentas en que se supone que te ha mentido.

–Me he tenido que enterar, por la zorra de Beatriz que no va a volver a España, que se va a quedar aquí para llevar el bufete de tu padre. Lo cual, quiero que quede claro, lo veo lógico y comprensible. Pero creo que debería habérmelo contado, me voy en dos días y me iba pensando que, en unos días lo tendría de vuelta conmigo. Pero no, ahora resulta que lo pierdo.

– ¿Y por qué no te instalas en Londres? Podrías trabajar en el bufete. – Laura lo miró con todo el cariño del mundo, Neithan era un hombre magnifico.

–Ay cielo, si hubiese sido tu hermano el que me hubiese hecho esa proposición, quizás, solo quizás me lo plantearía. Pero si no ha tenido el valor de decirme que no volvía, será porque realmente él no siente lo mismo que yo, por lo que ni loco se le ocurriría pedirme que me quedase.

–Créeme, conozco a mi hermano y sé que si no te lo ha pedido, es porqué se ha quedado bloqueado, pero en el fondo se muere porque te quedas aquí con él. Te quiere Laura, aunque tú no lo veas ahora, te quiere y mucho.

–Permíteme que lo dude. – Respondió apenada.

–Anda tonta, ven aquí y dame un abrazo. – le dijo Neithan sonriente mientras extendía los brazos facilitándole el paso. Fue un abrazo reconfortante y sincero. – Vamos a dormir, es tarde. Mañana será otro día. ¿Sabe mi hermano que estás aquí? – Laura lo miró con cara de culpabilidad mientras negaba con la cabeza. ¿Tú quieres meterme en un lio verdad?

–No le digas nada, por favor.

–Tengo que decírselo, debe estar volviéndose loco. Mira la hora que es y no sabe dónde estás. – ella lo miraba suplicante, algo a lo que le estaba costando resistirse. Pero no cedió, era su hermano y seguramente debía estar sufriendo. – Laura, tengo que avisarlo, es mi hermano. Le diré que no venga, que estás durmiendo relajadamente, pero tengo que avisarle.

–Vale, pero por favor que no venga, no quiero verlo ahora mismo.

Neithan la acompañó, hasta la que iba a ser su habitación durante esa noche, la besó en la frente y la dejó tranquila para que descansara. Con paso decidido fue hasta su despacho donde tenía el móvil cargando. Se sentó en su silla y lo cogió. Cuando lo desbloqueó vio varias llamadas perdidas de Brendam, así que en vez de un mensaje decidió llamarlo. No sonó ni un tono.

–Dime por favor que está ahí contigo.

– ¡Capullo!

–Neithan, no me toques los huevos.

–Vale. – y le colgó. Ya se había comportado mal con una persona esa noche, él no iba a ser el próximo. Su teléfono volvió a vibrar entre sus manos, mientras sonreía mirando la pantalla.

– ¡Capullo!

– ¡Neithan joder! Estoy desesperado, no encuentro a Laura, me va a dar algo.

– ¿Te has enamorado? – Brendam se calló de golpe. – Te he hecho una pregunta, ¿te has enamorado? – repitió.

–Sí.

– ¿Y por qué narices no se lo has dicho?

– ¿Está ahí contigo?

–Brendam, ¿quieres contestar a la puta pregunta?

–Es complicado, nuestra relación no es como las habituales.

– ¡Y una mierda que te comas! Vuestra relación, ¿Quieres que te cuente como

he vivido yo vuestra relación desde que ella ha llegado a Londres? A ti te ha hecho que la muerte de papa haya sido menos dolorosa. No has parado de sonreír, no te has separado de ella. ¡Joder! Si hasta la has presentado ante la gente como tu novia. Se te ve feliz, pero eres un gilipollas. ¿Te das cuenta de que vas a perderla?

–En cuanto se ha ido de mi casa, me he dado cuenta de que la perdía y eso me ha dado un miedo atroz.

–Entonces, ¿por qué no le has dicho que te quedas en Londres?, ¿por qué no le has ofrecido que se quede aquí contigo, que trabaje en el bufete?

–No puedo Neithan, sería muy egoísta por mi parte.

–Bueno, pero es que esa decisión no te compete a ti, sino a ella. Laura es la que debe decidir si quiere arriesgarlo todo y quedarse aquí contigo, o si quiere perderte y regresar a España. ¿Lo entiendes?

–Sí, lo entiendo.

–Pues mañana ya estás solucionando todo esto.

–Dime que está ahí.

–Está aquí. Ahora duerme, y me ha pedido que te diga que no vengas, aunque creo que en el fondo se muere porque lo hagas. Eso sí, mañana por la mañana. Yo también quiero dormir.

–Yo no voy a poder.

–Pues lo intentas, pero hasta mañana no se te ocurra aparecer. ¿De acuerdo?

–Trato hecho, gracias por cuidar de ella.

–No hay porque darlas, es mi cuñada.

Capítulo 16

Cuando Laura despertó, un pequeño rayo de sol se filtraba por la ventana. ¿Qué hora debía de ser? La cabeza le daba vueltas, estaba embotada, le iba a estallar. Se giró sobre sí misma, para poder alcanzar el bolso y rebuscar en él para sacar el móvil y ver qué hora era. Cuando se giró vio en la mesita de noche un zumo de naranja y dos aspirinas. Su cuñado estaba en todo. Sonrió para sí misma cuando se dio cuenta que ella ya lo llamaba cuñado. Se tomó las pastillas y se bebió el zumo casi de un tirón, algo que agradeció, pues estaba muy fresquito. Cuando al fin encontró el móvil, miró la hora, eran las seis de la mañana. Pero lo que más le impactó fue ver la cantidad de llamadas perdidas y mensajes que le invadían la pantalla al completo. Desbloqueó y contó un total de cincuenta llamadas de Brendam. Después abrió el whatsapp y se encontró un único mensaje de él.

“Nena, lo siento. No sé porque no he podido contarte el tema del bufete, bueno sí lo sé. Pero no es algo para decir por mensaje, es algo que debemos hablar los dos juntos. He hablado con Neithan, ya me ha dicho que estás en su casa, algo que realmente me tranquiliza, aunque preferiría tenerte aquí conmigo, así podría abrazarte y mimarte. Eso es lo que realmente te mereces.”

Su corazoncito al leer ese mensaje se ablandó, pero solo un poco. Seguía cabreada y dolida, pero lo peor de todo es que las palabras de Neithan no se le iban de la cabeza <<¿Y por qué no te instalas en Londres?>> <<Créeme que sientes tanto o incluso más que tú >> Encima se estaba planteando realmente en serio la posibilidad de quedarse en Londres. Así podría estar con Brendam. Pero si algo tenía claro, era que si no era él quien se lo pedía, no se lo plantearía en serio de verdad, ni movería un dedo. Volvió a mirar su whatsapp y vio un mensaje de sus amigas Cris y Lola.

“Hola guapi, ¿Cómo va todo por Londres? Esperamos que estés bien, escribe cuando puedas y nos cuentas. Te queremos, besitos.”

Les contestó y siguió leyendo todos sus mensajes pendientes. No había nada importante, contestó a un par de ellos y se echó de nuevo en la cama. Estaba con el cuerpo medio de lado, pero con la cara mirando hacia el techo, pensativa cuando uno golpecitos sonaron en la puerta. Ya estaba ahí su cuñado para ver cómo se encontraba. – Adelante. – dijo esperando con una gran sonrisa a su cuñado. Pero su cara cambió de golpe, cuando vio que el que entraba por la puerta no era Neithan. – ¿Qué haces aquí? – preguntó malhumorada.

–Buenos días a ti también.

–No has contestado a mi pregunta.

–Y tú no me has dado los buenos días. – le miró desafiante.

–No me mires así.

–Así ¿Cómo?

–Con esa mirada de perdona vidas. ¿Quieres que te recuerde por qué esta noche has dormido solo?

–No, no hace falta que me lo recuerdes, sé que metí la pata, pero no quiero seguir discutiendo por eso. He venido para llevarte conmigo a casa, mañana te vas y quiero que estemos bien.

–Sí, mañana me voy y tú te quedas aquí.

–Yo me quedo aquí, pero no pasa nada, podemos vernos los fines de semana. – le dijo en un susurro que a ella se le antojó más que sensual.

– ¿Y cuánto va a durar eso? ¿Un mes? ¿Dos? No podemos estar cada fin de semana viajando para vernos.

–Nena...

– ¡No me llames nena! No soy tu nena. – Brendam se abalanzó sobre ella cogiéndole los brazos y sujetándoselos por encima de la cabeza.

– ¡Oh sí! Sí que lo eres, eres mía que te quede claro. – le dijo junto al oído en un susurro. Las fuerzas de Laura empezaban a flaquear, sentir el peso de su cuerpo, la deseable y dura erección que sentía encima de su sexo, la estaba matando. Se moría de ganas de sentirlo dentro de ella.

–Quiero castigarte. – Soltó de repente. Brendam la miró atento e impresionado.

– ¿Qué quieres qué? ¿Por qué?

–Porque me has hecho daño, y tengo esa necesidad.

–Si te dejas castigarme, ¿hablarás luego conmigo? – Laura lo miró a los ojos, no podía creer que le dejase castigarlo.

–Sí, después hablaré contigo.

–Bien, dime al menos que es lo que quieres hacerme.

–No, si no te echarás atrás

–Entonces, ¿nos vamos?

Llegaron a casa de Brendam, y Laura le dijo que fuera a la habitación y se desnudase. Que la esperase de rodillas en el suelo y con la mirada baja. Brendam obedeció sin rechistar, aunque estaba muy nervioso. Nunca había jugado el papel de sumiso, siempre que habían practicado el Bdsm, él había actuado como amo y ella como la sumisa. Por lo que no sabía si toleraría bien el recibir un castigo. Pero aun así accedió, su prioridad era Laura.

Mientras la esperaba en la habitación, las escuchó trastear por la cocina, después apareció en la habitación y depositó algo encima de la cama. Después abrió el armario y sacó algo de su interior. Por último fue hasta el baño de dónde sacó algo más. – ¿Listo? – le preguntó a lo que él asintió. – Recuerda, esto es un castigo, por lo que yo decidiré cuando se acaba. No puedes hablar, no puedes gemir. Para lo único por lo que se te está permitido hablar, es para decir las palabras de seguridad. ¿Recuerdas cuáles son? – Brendam asintió. – Bien, pues hoy olvida amarillo, como es un castigo, esa palabra queda anulada y rojo, úsala solo cuando realmente creas que no puedas aguantar más. Ahora te voy a vendar los ojos, así no verás lo que va a ocurrir y sentirás más. Después te voy a atar las manos con un cinturón, te colocarás a cuatro patas y te azotaré. Primero con una espátula de la cocina, pero después con un cinturón. – Brendam se tensó, el miedo estaba aflorando en su interior, pero al mismo tiempo la excitación se hacía notar a través de su pene.

Laura se acercó a él, le tapó los ojos con un pañuelo, después le ató las muñecas e hizo que se girara para colocarse en la posición que ella le había pedido. Cuando estaba ya posicionado, agudizó el oído para poder llegar a intuir cual iba a ser el siguiente paso. De repente notó una especie de picotazo en su trasero, acompañado de un leve silbido que producía algún objeto cortando el aire. Enseguida llegaron varios más, la sensación no era dolorosa del todo, aunque tampoco era placentera. Pero pensándolo bien, no debía serlo ya que era un castigo. – Ahora mismo, estoy dándote con la espátula de la cocina, es solo el precalentamiento. Ahora vendrá lo fuerte, recuerda “rojo”.

Esta vez el silbido fue más fuerte, no le dio tiempo a prepararse para el prominente golpe que vino después. ¡Zas! El golpe fue contundente, demasiado

fuerte, de hecho casi no pudo aguantarlo. No sabía si aguantaría mucho más. – Ahora te estoy azotando con uno de tus cinturones ¿Quieres saber porque te castigo? – le decía Laura entre dientes, mientras seguía azotándole con uno de sus cinturones. – El motivo por el cual he querido y sentido la necesidad de castigarte es por haberme ocultado la verdad, por no ser lo suficientemente valiente como para dar la cara. – Brendam estaba descompuesto, cada nuevo golpe le hacía estremecerse, tenía ganas de gritar, el dolor era intenso. Escocía, picaba y quemaba, no podía aguantar más. Cada roce del cinturón, provocaba que algo se rompiera en su interior.

–¡¡ROJO!! – gritó con toda su alma en el mismo instante que el cinturón golpeaba su nalga izquierda. Laura paró al momento. Que Brendam hubiese dicho la palabra de seguridad la dejó bloqueada. Comenzó a reaccionar cuando vio que el cuerpo de Brendam desplomaba en el suelo y comenzaba a temblar.

–No... – le salió un hilo de voz. Corrió a su lado, le desató las manos e hizo que se incorporara. Cuando le levantó la cara vio que estaba llorando, y verlo así le partió el alma. Lo abrazó con fuerza, y le prodigó besos por toda la cara, bebiéndose todas y cada una de las lágrimas que rodaban por sus mejillas. – Ya cariño, ya... lo siento.

– ¿Por qué? ¿Por qué has tenido que hacerme esto? Yo lo único que quería era hablar contigo, definir nuestra situación. Saber si estabas de acuerdo en que fuésemos algo más de lo que ya somos. Quería poder decir a todo el mundo que eres mi novia, y que tú pudieses decir que soy tuyo. Exclusividad absoluta.

–Lo siento, lo siento mucho. Debería haber parado antes, pero estaba tan enfadada, no entendía que no lucharas por nosotros. Llevamos toda la semana juntos, felices, de repente me cae encima la bomba y te noto más lejos que nunca. Como si yo no te importase y entonces tu hermano me dice que es todo lo contrario, que me quieres más de lo que yo creo. Pero si así es... ¿Por qué no me lo has dicho Brendam? ¿Por qué te arriesgas a perderme?

–No puedo pedirte que lo dejes todo por mí, es un gesto demasiado egoísta, incluso para mí.

–Sí, si puedes pedírmelo, de hecho es lo que deberías de haber hecho ayer, si realmente es lo que quieres. La decisión a fin y acabo hubiese dependido de mí. – Brendam la miró directamente a los ojos, algo que a Laura le dolió, porque vio en ellos el daño que ella le había causado. Pero lo que le dijo a continuación la dejó, paralizada y sin palabras. Todo lo contrario a lo que esperaba oír de su boca.

–Te quiero, te quiero tanto que duele. Y pensar que podía perderte pudo a mi razón, por eso te oculté que no iba a volver a España. Con el tiempo hubiese reunido el valor para pedirte que te quedaras conmigo. Pero no lo sé con seguridad, porque no quiero que lo dejes todo por mí, pero la verdad es que no puedo vivir sin ti. Y has tenido que darme casi una paliza para hacerme reaccionar y abrirte la puerta de mis sentimientos. – Laura no pudo reaccionar, acababa de escuchar unas palabras que jamás pensó llegar a necesitar tanto. No lo dudó dos veces y se abalanzó sobre él posando sus labios en los de él. Se besaron con una pequeña mezcla de pasión, excitación y veneración. Estaba totalmente perdida, se había enamorado como nunca, y lo mejor de todo es que era correspondida. ¿Podía haber algo mejor? Un leve quejido la sacó de sus pensamientos, retiró la cara y vio un pequeño gesto de dolor en Brendam.

–Cariño... espera, tengo algo que te aliviará. – Se levantó y fue a por la crema que previamente había cogido en el baño. – Ven cielo, túmbate en la cama.

–No hace falta.

–Sí, sí que hace falta, créeme te aliviará bastante. – Brendam no rechistó y obedeció. Laura le untó la crema por todo su trasero, y como ella le dijo, empezaba a sentir alivio. Cuando terminó Brendam se puso de lado en la cama.

–Ven, túmbate aquí conmigo. – le dijo palmeando el colchón. Laura obedeció. –

¿No piensas decir nada sobre lo que te he dicho? – Ella lo miró avergonzada.

–Pensaba que mi beso te había dicho algo.

–Puede... pero me gustaría escucharlo de tu dulce boca. – Había llegado el momento, él se había abierto, ahora le tocaba a ella.

–Brendam, no puedes imaginar la de tiempo que llevo esperando escuchar las palabras que hace un rato han salido por tu boca. Tanto que ni siquiera me había dado cuenta de que te necesitaba hasta que tú te has abierto a mí. Te quiero y quiero estar contigo, pasar todo el tiempo que pueda junto a ti.

–Eso es exactamente lo que quería oír.

–Espero que me perdones también. – Brendam lo miró extrañado. – Tu castigo. – Le explicó ella.

–Bueno, he de reconocer que la parte de la espátula no ha estado nada mal, pero la del cinturón, la verdad, espero que no se vuelva a repetir. No me ha gustado nada, aunque haya servido para abrirme a ti y contarte todo lo que siento.

–No volverá a ocurrir, cuando has dicho la palabra de seguridad, me he sentido tan mal, que se me han quitado las ganas de todo, y cuándo te he visto llorar casi me muero.

–Va, olvidemos el tema y centrémonos en lo nuestro. Nos merecemos descansar y disfrutar de las horas que nos quedan juntos. Mañana regresas a España, pero te prometo que el fin de semana me tienes allí contigo. Y el siguiente si hace falta. – Laura le sonreía con cariño, realmente decía en serio lo de ir cada fin de semana. Y esa idea le gustaba, porque estaba mostrando verdadero interés por ella.

–Bueno, poco a poco lo iremos viendo, de momento me vale con saber que estarás conmigo.

–Siempre nena, no lo dudes. Te quiero.

–Y yo a ti.

Pasaron toda la mañana tirados en la cama entre mimos y arrumacos, en ocasiones dormidos pues el estrés vivido la noche anterior les pasaba factura. Se despertaron a medio día por la llamada de Neithan, estaba preocupado por si la parejita había decidido hacer un baño de sangre. Pero se quedó satisfecho cuando escuchó de boca de Laura que todo estaba perfecto. Nada más colgar, volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Clara que quería saber si Brendam estaba disponible, necesitaba comentarle una par de asuntos. Él le contestó que en media hora estaría allí.

Invitó a Laura a acompañarlo, pero ella negó con la cabeza, prefería quedarse en su casa, darse una ducha y esperarle tranquila. Brendam aceptó a regañadientes y le prometió que no tardaría mucho. Cuando Brendam se marchó, Laura se puso en marcha, recogió todo lo que había en la habitación, estiró las sábanas y se metió en el baño dispuesta a darse un baño relajante. Llevaba un rato en el agua, cuando de repente escucho ruidos fuera del baño, supuso que sería Brendam que habría vuelto ya. Pero le extrañó la rapidez, esperaba que fuera a tardar un poco más, aunque agradeció que ya hubiese vuelto para así poder volver a estar con él, con su amor.

Salió de la bañera y se puso el albornoz de Brendam. Cuando abrió la puerta y salió del baño se quedó tan atónita, que no creía lo que estaba viendo. – ¿Qué te crees que estás haciendo?

Beatriz se sobresaltó al escuchar la voz de Laura en casa de Brendam. No esperaba encontrársela allí, cuando escuchó ruido en el baño, dio por hecho que era Brendam dándose un baño. Pero lo que menos esperaba era que del baño saliese la mujer que más odiaba. Esperaba que con la noticia de que Brendam no iba a regresar a España, Laura hubiese cogido sus cosas y se hubiese marchado de Londres. Pero no... ahí estaba ella y con su albornoz. La rabia le consumía por dentro. – ¡No! ¿Qué te crees que estás haciendo tú? Deberías estar en España, ¿Qué demonios haces aquí?

– ¿Yo? Muy fácil, disfrutar de mí chico. Te toca...
– ¿Cómo que de tu chico?
– Sí... mi chico, mi novio, como prefieras llamarlo. ¿Qué es lo que te extraña? Y por favor, tapate.

– ¿Te incomodo? Pues ya sabes lo que tienes que hacer.
–Y según tú, ¿Qué se supone que es lo que tengo que hacer?
–Pensaba que eras más lista. Lárgate de Londres, olvídate de Brendam y no vuelvas nunca. – le fue diciendo con voz aguda y acercándose lentamente a ella de forma intimidatoria. Pero Laura no se achantó y se acercó de la misma forma hasta ella.

–Respóndeme a una cosa, ¿Cómo has entrado en esta casa? – Beatriz palideció de golpe.

–Tengo... tengo llaves – contestó con voz temblorosa.

–Verás, te voy a decir que es lo que creo que pasa aquí. Me dijiste que Brendam no volvía a España con la intención de crear un conflicto entre nosotros, que yo me marchase a España y así poder entrar tú en acción. Quiero informarte que parte de tu plan funcionó, sí, discutimos, lo dejé aquí y me marché. Pero como puedes comprobar no cogí el primer avión si no que solucionamos nuestro problemas, porque nos queremos. – Beatriz abrió los ojos de par en par – Sí, has oído bien, nos queremos. Esa es la diferencia entre tú y yo. Yo soy su novia y me quiere, y tú eres la zorrita que se follaba hace tiempo, y la prueba reside... – la miró de arriba abajo con aire despectivo. – ¿No hace falta que te lo diga no? Creo que tú misma sabes a lo que me refiero. Y por cierto, por mucho que tengas las llaves de su piso, eso no te da ningún derecho a entrar como si fuera tu casa.

–No solo eso, si no que el dueño de esta casa no conocía la existencia de esas llaves. Según la ley has cometido allanamiento de morada. – a Laura y Beatriz se les desencajaron las mandíbulas. Brendam acababa de aparecer por la puerta de la habitación, y no parecía muy contento de ver lo que estaba pasando en su casa. – Beatriz, ¿Por qué tienes un juego de llaves de mi casa, cuando te pedí que me devolvieses las que te di?

–Brendam... yo...

–No sé si te das cuenta de lo que has hecho, pero ahora mismo si quisiese, podría llamar a la policía y estarías metida en un buen lío. Así que hazme un favor, dame las llaves y lárgate de mi casa. No quiero volver a verte.

Las lágrimas de Beatriz hicieron acto de presencia enseguida, a la vez que su cara se volvía poco a poco de color carmesí a causa del enfado y la rabia que se estaba acumulando en su interior. Cogió las llaves y se las lanzó a Brendam a la cara, se fue gritando como una loca, soltando todo tipo de improperios. Brendam, que por suerte era de reflejos rápidos, había conseguido coger las llaves en el aire antes de que impactaran en su cara, después se giró para mirar a Laura y comprobar que ella estaba bien. Ella le devolvió la mirada con incredulidad por lo que acababa de pasar. Le parecía de película.

–Nena, ¿estás bien? – ella asintió con la cabeza. – Ven aquí pequeña. – le dijo en un susurro. Laura no dudó y corrió a sus brazos, ahora que había pasado todo, su cuerpo comenzó a temblar después de toda la tensión vivida. Brendam la abrazó con fuerza para calmarla, le susurró palabras dulces y consiguió que los temblores poco a poco fueran desapareciendo. – ¿estás mejor cariño?

–Sí...

–Bien, pues si te apetece, vamos a hacer una cosa. – Laura lo miró extrañada. – Como mañana tienes que regresar a España, esta noche te voy a llevar a un bonito restaurante a cenar y después no voy a parar de hacerte el amor en toda la noche. –

Ella le sonrió ampliamente, se deshizo de su abrazo y se marchó corriendo a vestirse, mientras detrás de ella un Brendam más que feliz, no dejaba de reírse.

–Que sitio más bonito. – Dijo Laura asombrada. Brendam le había traído a un restaurante precioso, en el que había reservado mesa en el jardín del restaurante. Hasta donde llegaba la vista era todo un manto verde, acompañado de un bonito estanque que tenía un precioso banco de piedra y en el que se encontraban un par de cisnes y patos nadando. Estaba todo lleno de mesas redondas con manteles de color blanco, con servilletas granates, compas de cristal y unos candelabros. El sitio era una delicia para la vista.

–Acompáñame cariño. – Se sentaron en su mesa y Brendam pidió vino para beber. Miraron la carta y se decidieron por un pescado a la plancha acompañado por una parrillada de verduras. Mientras esperaban la comida Laura no podía dejar de observar el maravilloso paisaje que tenía delante. Brendam la miraba embelesado. – ¿Sabes que eres la mujer más preciosa que he visto en mi vida? – Laura se sonrojó. – Nunca voy a olvidar ese primer beso que me diste.

– ¡Oh cállate! ¡Qué vergüenza! Vaya manera de agradecerte que evitases mi torpe caída.

–Para mí fue la mejor manera de que me lo agradecieses.

–A mí no se me olvidará en la vida, la cara que pusiste cuando me viste aparecer en el bufete. Tenías la cara desencajada.

–Pues como la tuya nena, la verdad es que fue algo surrealista, aunque lo mejor que me ha podido pasar, si no ahora mismo no te tendría aquí conmigo.

– ¿Y tú borrachera? Ay dios... esa noche estabas muy mal.

–Calla y no me lo recuerdes. – dijo entre risas.

Siguieron hablando y recordando todos los momentos que habían vivido mientras cenaban. Cuando terminaron el camarero se acercó para tomarles nota del postre. Brendam se adelantó a Laura y le pidió al camarero unas fresas, una cubitera con champagne y dos copas. Después pidió que se lo llevaran al banco de piedra que había junto al estanque. Brendam se incorporó, le tendió la mano a Laura, que se la dio gustosa, y fueron dando un pequeño paseo por los jardines hasta llegar al pequeño estanque. Allí la hizo sentar en el banco de piedra, cogió una de las fresas, que el camarero ya les había dejado allí y se lo acercó lentamente a la boca. Laura abrió sus labios y mordió sensualmente la punta de la fresa. – Ummm, está muy buena.

– ¿Me dejas probarla?

–Claro... ven, prueba. – Brendam se acercó y le devoró los labios. Cuando terminaron el beso, Laura se apartó extrañada. – ¿Te ocurre algo? – Brendam la miró sonriente, pero eso no la tranquilizó. Entonces Brendam, sin que ella lo esperase, hincó una rodilla en el suelo, y sacándose una pequeña cajita de terciopelo rojo, pronunció las palabras mágicas.

–Cariño, ¿Quieres casarte conmigo?

Epílogo

Al día siguiente Laura regresó a España, aunque era la decisión más dura que había tenido que tomar en su vida, estaba convencida de que era lo que tenía que hacer. Vivir la vida era su nuevo cometido, hacerlo a su manera y sin pensar en lo que podía dejar atrás por mucho que le doliese. Se fue directamente del aeropuerto al bufete. Necesitaba hablar urgentemente con Don Tomás. Cuando llegó al bufete, pasó disparada por recepción y sin saludar. Sus compañeros la iban saludando a su paso, pero ella estaba concentrada en lo que tenía que hacer, así que ni oía ni veía a nadie. Cuando llegó a la puerta del despacho, golpeó en ella y una voz señorial le indicó que podía pasar.

– Buenas tardes Don Tomás.

– Mi querida muchacha, por fin has vuelto. ¿Cómo estás? ¿Y mi chaval, como le va por Londres?

– Ya sabrá que Brendam no va a volver a España ¿verdad? – el hombre asintió.

– Sí, me llamó para comentármelo.

– Bien, pues yo venía para hablar con usted sobre ese tema, bueno más bien para hablar de mí.

– Tú dirás mi niña, te escucho.

– Me he prometido con Brendam. – soltó a bocajarro al tiempo que le mostraba la mano donde llevaba su precioso anillo. El mismo que había llevado la madre de Brendam, y que su padre en su lecho de muerte le había dado para que siguiese la tradición. – Como comprenderá, quiero mudarme cuanto antes a Londres, para poder estar con él. Así que he venido para comunicarle que causo baja en el bufete. – Don Tomás la miraba con una amplia sonrisa en la cara.

– Ya sabía yo, que mi muchacho y tú erais el uno para el otro. Como me alegra esta noticia. Claro que causas baja, pero desde ¡ya! Y si no, te despido. ¡Ven a mis brazos, pequeña! – Laura estaba encantada y a la vez asombrada, pero no dudó en ir y abrazar a su jefe.

Pasados dos años...

– ¡Brendam! – le llamó Laura.

– Dime cielo. – le contestó acercándose hasta donde ella estaba.

– ¿Estoy gorda? – Brendam se carcajeó al ver los morritos que su mujer le ponía.

– Estas preciosa mi vida.

– ¡No me mientas! Ya no te atraigo.

– ¿Pero qué tonterías estás diciendo? Claro que me atraes, ¿Por qué dices eso?

– Porque ya no juegas conmigo, con las cuerdas, las fustas, las velas... lo echo de menos.

– Cariño, me da miedo hacerte daño. A ti y al bebé. – le dijo tocando la prominente barriga. Le faltaban dos meses para ver la carita de su precioso o preciosa bebé. Entre los dos habían acordado no saber el sexo del bebe, y que fuera toda una sorpresa.

– Pero yo lo echo de menos... – dijo entre pucheros. En ese instante sonó el timbre de la casa. Brendam fue a abrir y se encontró con Neithan en la puerta.

– Que bien me vienes hermano.

– Yo también me alegro de verte, ¿Qué ocurre?

– Crisis de gordura de mi mujer. – Neithan se carcajeó.

– Déjame a mí. – Entró en el interior del domicilio y gritó. – ¿Cómo está hoy mi gordita? – Laura asomó la cabeza por la puerta y le lanzó un peine que le acertó de

lleno en la cabeza. – ¡Au! Ya veo que de puntería andas bien...

–Eso te pasa por gilipollas. – le gritó Laura.

–Pero me quieres igual. – ella no contestaba, y cuando no lo hacía sabía que era porque estaba riéndose y no quería que la viesen. – O sales de tu escondite, o como vaya, te aseguro que te torturaré a base de cosquillas. ¡Cuento hasta tres! ¡Uno! – Laura no salía. – ¡Dos! – Seguía sin salir. – y...

–Vale, vale, ya salgo. – Y así lo hizo. Cuando salió de su escondite, su cuñado la esperaba con una amplia sonrisa y los brazos abiertos. Y detrás de él un divertido Brendam, que no podía dejar de mirar lo preciosa que estaba cada día y lo bien que le sentaba el embarazo. Al llegar a su cuñado, este le besó en la frente y le hizo sonreír. Era el único que conseguía quitarle las tonterías de encima. Después se fue hasta su marido, lo miró a los ojos y le preguntó... – ¿Me perdonas cariño? – Brendam le abrió los brazos, y la acomodó en su pecho. Después repitió el gesto de su hermano besándole en la frente, bajó sus labios hasta su oído y le susurró unas palabras que la animaron y le cambiaron el humor. –Si te portas bien, y haces caso, puede que esta noche te dé lo que tanto ansías. – Laura lo miró con una amplia sonrisa.

–Trato hecho. – le dijo ella, sellando el pacto con un leve beso en los labios.

Fin...

Agradecimientos

En primer lugar, me gustaría dedicar este libro a mi editor de Chile, que en paz descansa, Rodrigo Castro, o Rorro como mucha gente le llamaba cariñosamente. Gracias por haber sido uno de los culpables, en haber hecho realidad mi sueño.

Como no, dar las gracias también a mi querido editor Franç Gori, por ser el otro culpable de que este sueño se haga realidad.

A Olivia Ardey por darme la oportunidad de conocer a nuestros editores y ser la primera en ofrecerme la oportunidad de publicar junto a ella en esta editorial. Gran amiga y compañera.

También quiero dar las gracias a mi amiga y compañera de letras Iris T. Hernández. Gracias por todas y cada una de las charlas que hemos compartido día tras día y noche tras noche. Gracias por estar encima de mí (metafóricamente hablando) y apoyarme en todo, al igual que aconsejarme. Eres una gran amiga, y espero que esto solo vaya a más y vivamos muchos momentos juntas.

Como no también quiero dar las gracias a mis chicas **las cococalas**, gente estupenda, magnífica y maravillosa que cada día están ahí apoyándome. Ellas son mi rubia Connie Jett, Loles López, Estefanía Fernández, mi trianera Rosa González Moncayo, Beatriz Pérez Gómez, Encarni Maldonado y por ultimo pero no por ello, menos importante, mi querida Beatriz Cortijo Domínguez. A ella en especial quiero dar las gracias por revisar siempre mis manuscritos y ayudarme a cambiar esos pequeños detalles que hacen que perfeccione un poquito más la novela. GRACIAS.

Agradecer también, todo el apoyo que me brindan día a día toda la gente que me sigue en *Facebook* o *Twitter*, en especial mención a Susana Granados, Susy Mata, Patricia Menéndez, Isa Cantos, a todas las **Indasex, Brujas Maxwell** y las chicas de **Libros Paraíso Romántico**. No sé si me dejo a alguien, pero como he dicho antes Gracias a todos.

También a mis amigas Cris y Lola, quienes en estas páginas tienen su papel "protagonista" ¡¡Espero que os guste chicas!!

Y por último, pero no menos importante, las gracias a mi chico, José Luís Álvarez, a mi hijo Aarón, que es lo mejor que hay en mi vida y a toda mi familia (mamá, papá, mis hermanos en especial mi peque David Jr., mis tíos, abuelos y primos... Sobre todo mi prima Montse que es como una hermana para mí.), que siempre están ahí apoyándome y queriéndome.

Y gracias también a todas y cada una de las personas que han adquirido este libro y se han tomado la molestia de leerlo. Espero que disfrutéis mucho de la historia.



Bibliografía

Marta de Diego

Nacida en Zaragoza el 6 de Noviembre de 1982. Actualmente residente en Palma de Mallorca, habiendo pasado antes por Sabadell (Barcelona), aunque su ciudad adorada es Sevilla, donde ha vivido fantásticos veranos junto a su familia. Estudió en varios colegios, Miguel Catalán (Zaragoza), Pau Casals (Sabadell), Colegio público Son Ferriol y Sant Antoni Abad (Palma de Mallorca). Finalizada la E.S.O quiso hacer un F.P de peluquería, hasta que empezó a trabajar. Actualmente trabaja en El Corte Inglés, como profesional, asesorando a los futuros papas. Tiene un hijo de 7 añitos al que adora, cuyo nombre es Aarón. Amante de los animales, con dos perros a su cargo Drako y Dicky. Autora de El Secreto de Emma que salió publicado el 7 de febrero del 2014. Autora del relato Un encuentro definitivo, finalista del primer concurso de relatos RaEntropía. Componente de uno de los 14 relatos que componen la Antología de verano SEX!

